

CAMINAR sobre las AGUAS

Nueva cultura, mística y ascética



Benjamín González Buelta, SJ

Benjamín González Buelta, SJ

Colección
«PRINCIPIO Y FUNDAMENTO»
-2-

Caminar sobre las aguas

Nueva cultura, mística y ascética

editorial 
SAL TERRAE

Ediciones  Mensajero

Questo documento, sa an excepție prezintă în limba română traducerea
reproducție, distribuție, comercializare publică și transformarea de
acestea pot conține conținut care încalca drepturile de autor sau alte drepturi
legale. Dacă în încălcarea acestor drepturi este identificată o persoană,
Plata de daune cauzate va fi de 100.000 lei. Codul ISBN: 978-84-293-1877-7
El Centro Español de Danzas Reprograma (www.cedre.org) este el
responsable de la cultura de danza.

Impresión:
Vicente Jiménez Zamora
Calle Príncipe de Asturias 36
05-06-2010

Diseño de cubierta:
Mario Pérez Aguilera
mario.perez.aguilera@gmail.com

Editorial Sota Torns:
Polígono de Fines PARCELA 14-1
39600 Molledo (Cantabria)
Avenida 17 - 39080 Santander
Email: sotatorns@sotatorns.es
www.sotatorns.es
ISBN: 978-84-293-1877-7

Ediciones Mensajero, S.A.U.
Sociedad de Arrenda 7 Bilbao
Avenida 13 - 48014 Bilbao
Email: mensajeros@mensajero.com
www.mensajero.com
ISBN: 978-84-271-1310-9

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión y distribución:
Grafo, S.A. - Besauri (Vizcaya)

ÍNDICE

I. El desafío del «mundo líquido»	9
1. La cultura que respiramos	9
2. Caminar sobre las aguas	11
3. Dialogar con la noche, los vientos y las olas ..	17
II. La integración personal	21
1. El cuerpo: ¿envoltorio o transfiguración?	27
<i>La bondad del cuerpo</i>	27
<i>La religión de cuerpo</i>	27
<i>La cultura de los sentidos</i>	29
<i>El Hijo de Dios en un cuerpo humano</i>	32
<i>Transformar el propio cuerpo</i>	33
<i>La ascética: «amar el cuerpo»</i>	36
<i>La mística: la transfiguración del cuerpo</i>	43
2. El pensamiento: ¿aprobación mediática o la «locura de Dios»? ..	47
<i>Un pensamiento propio</i>	47
<i>La apertura a las diferencias</i>	48
<i>Una cultura de la información</i>	49
<i>La adecuación del espectáculo</i>	50
<i>Jesús, la «exhibición de Dios»</i>	52

<i>La «sabiduría de Dios» se encarna en cada uno de nosotros</i>	55	III. La integración en la realidad	111
<i>La ascética del pensamiento</i>	60	1. El cosmos: ¿grantera para el saqueo o un hogar sin exclusiones?	113
<i>Mística: la locura que nos ilumina</i>	64	<i>Nuevo acercamiento al cosmos: de máquina a misterio</i>	113
3. La afectividad:		<i>Más responsables de la tierra</i>	114
¿la trucción del adicto o la pasión creadora?	68	<i>Un mundo más comunicado</i>	115
<i>El corazón en el centro</i>	68	<i>Las heridas que nos desajistan</i>	115
<i>Nuevos intentos de reencantar la vida</i>	69	<i>La tierra prometida</i>	116
<i>La urfundal que respiramos</i>	73	<i>Ante el «universo mundos»</i>	118
<i>En el corazón del Evangelio</i>	75	<i>La ascética: un cosmos habitable</i>	120
<i>Liberar, centrar y llenar de pasión el corazón</i>	77	<i>La mística: un cosmos habitado</i>	122
<i>La ascética: una afectividad que se libera</i>	82		
<i>La mística: la pasión por Dios y por su reino</i>	87	2. El otro: ¿conexiones útiles o relaciones fecundas?	131
4. La decisión: ¿huir en la vida líquida o acoger la novedad de Dios?	90	<i>Existimos en relación</i>	131
<i>La decisión</i>	90	<i>Más conectados, pero ¿mejor relacionados?</i>	132
<i>«La agravación permanente»</i>	91	<i>Encuentro de «identidades incógnitas»</i>	133
<i>«La tiranía de las posibilidades»</i>	91	<i>La pluralidad de los encuentros</i>	136
<i>«Decir sí sin decir no»</i>	92	<i>Dios se hace un Tú en Jesús</i>	137
<i>«El yo colonizado»</i>	93	<i>En el encuentro con el Otro, mi encuentro</i>	139
<i>¿Decidimos o somos llevados?</i>	94	<i>Ascética: el encuentro con el otro</i>	140
<i>«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»</i>	95	<i>La mística: la debilidad y la fuerza del Otro en el otro</i>	145
<i>La nueva propuesta de Dios para cada uno de nosotros</i>	97		
<i>La ascética: hacer y asomir</i>		3. La historia: ¿sucesión de episodios o apuesta por lo germinal?	152
<i>La nueva propuesta de Dios</i>	101	<i>La caída de las utopías</i>	152
<i>La mística: unirse a Dios en cada decisión</i>	105	<i>La sociedad desorientada</i>	153
		<i>El dinamismo más hondo de la historia</i>	159

<i>Servidores de la «vida verdadera» (EE 134) ...</i>	162
<i>La ascética de la historia ...</i>	164
<i>La mística de la historia ...</i>	168
4. La comunidad: ¿confluencia de individualismos o un cuerpo sin exclusiones? ...	172
<i>Redefinió la comunidad ...</i>	172
<i>Del yo solo e inseguro a lo comunitario ...</i>	173
<i>El reino era a comunidad y se anuncia desde ella</i>	178
<i>Liberar el corazón para vivir la comunidad ...</i>	181
<i>La ascética de la comunidad ...</i>	182
<i>La mística de la comunidad ...</i>	185

IV. Un solo dinamismo inseparable: integración personal e integración en la realidad

1. El Dios de mi intimidad es también el Dios de toda la realidad ...	191
2. Buscar el mundo en el corazón de Dios y a Dios en el corazón del mundo ...	193
3. En la visibilidad del Hijo y la discreción del Espíritu ...	194
4. En relación: cercanía y distancia ...	196
5. El proceso: urgencia y pausa ...	197
6. Ser desde la frontera novedad evangélica en el centro ...	199
7. La poda inevitable : persecución y bendición ...	200
8. El fuera y el dentro de la alegría necesaria ...	203

L

El desafío del «mundo líquido»

1. La cultura que respiramos

La cultura nos envuelve como el aire. No podemos respirar sin respirarla. Por todos nuestros sentidos se adentra en nuestra intimidad. Se hace caricia sobre la piel en la suavidad de las telas que vestimos y las cremas que nos ungen; aroma en los perfumes que compramos en los «Duty Free» de los aeropuertos; sabor en el brandy que hemos visto caer en la pantalla del televisor a cámara lenta girando en la copa de cristal; calor seductor en los estantes de los centros comerciales bajo el juego de la luz que embellece la mercancía; música y voz viajando con nosotros en los transportes climatizados...

Sería pretencioso creer que podemos estar todo el día sumergidos en esta atmósfera que respiramos sin que se sienta en nuestra interioridad ni una sola de las semillas que transporta el aire. Los técnicos de la comunicación y del comportamiento humano han estudiado minuciosamente cómo entrar en nuestra casa sin que nos demos cuenta, con estímulos que a veces son subliminales. No es necesario que pretendamos ver nada. Los objetos de consumo nos miran a nosotros y nos persiguen donde quiera que vayamos. Tampoco hace falta que les indiquemos el camino. Ellos saben cómo moverse por nues-

tras rutas interiores, pues son como las misiles inteligentes, que pueden cambiar constantemente de rumbo hasta que impactan contra el objetivo que se desplaza de un sitio para otro. Las sensaciones nos perseguirán adonde quiera que vayamos.

No todo es consumo y seducción en la cultura. También hay tragedias que estremecen a los pueblos, como los terremotos de Haití o de Chile; protestas contra las cumbres en que se reúnen los jefes de las naciones más ricas; reportajes sobre situaciones humanas que urgen nuestra solidaridad; alternativas al mundo dominante que vivimos y propuestas de vida justa que se va abriendo paso cada día desde la audacia de su debilidad germinal. Pero, de alguna manera, todas estas noticias son transmitidas dentro del esquema de la sociedad de consumo. Se compran y se venden. Tienen dueño. Competen. Buscan clientes. Se transmiten de forma que puedan impactar la sensibilidad del que las consume.

En medio de toda esta cultura tan estudiada para hacernos clientes y militantes, también alienta el Espíritu. Hay vida nueva buscando corazones donde alojarse. El Espíritu también encuentra el camino para encarnar su propuesta de vida nueva y hacerla llegar a nuestros sentidos, a veces incluso en las mismas imágenes que pretenden esconderlo. En el brillo de los ojos de un niño en medio del caos de la guerra en Afganistán, podemos sentir que hay Alguien que empieza a rebaverlo todo.

Necesitamos transformar nuestros sentidos para percibir la realidad de otra manera. Las dimensiones escondidas que no son presentadas porque no interesan o porque no existen para los técnicos de la información y de la publicidad. La hondura de la realidad, donde Dios trabaja sin descansar, sólo es percibida por la sensibilidad

que ha sido transformada en la contemplación. También necesitamos en determinados momentos buscar otros espacios ecológicamente sanos, para desintoxicarnos y recrear una intimidad al estilo de Jesús. Otras sensaciones llegarán a nuestros sentidos, nos transformarán, y podremos movernos por el mundo como una propuesta de vida alternativa más humana. Este es nuestro desafío y nuestra vocación fundamental.

La ascética nos hace disponibles para Dios, física, psicológica y espiritualmente disponibles. La mística nos transforma cuando Dios nos «abraza en su amor» [EE 15]. Las dos dimensiones del encuentro con Dios son necesarias para integrarnos como personas y para situarnos de manera libre y creadora en nuestra cultura.

No podemos acercarnos a una época de cambios profundos con la ascética de otros tiempos, pues estaríamos fuera de la realidad donde Dios vive y se comunica hoy; ni podemos tampoco buscar a Dios en los signos de un mundo que ha dejado de existir en gran medida. Buscamos a tientas una nueva ascética que nos haga disponibles para Dios, y esperamos una nueva mística, una comunicación de Dios donde antes no podríamos ni siquiera imaginarlo. Tal vez, desde nuestra frágil barca flotando en el «mundo líquido», nuestro dedo sorprendido pueda señalar las nuevas orillas de nuestra cotidianidad y decir como Juan, «Es el Señor» (Jn 21,7).

2. Caminar sobre las aguas

En el «mundo líquido» sólo tenemos una opción: aprender a caminar sobre las aguas. Los discípulos se habían apartado con Jesús a un lugar despoblado para descansar

y compartir lo que estaban experimentando al anunciar el reino de Dios por las aldeas de Galilea a las que él los había enviado (Mc 6,7-12). La situación era especialmente dramática. Ante esos pequeños inicios del reino, la comunidad había recibido un golpe muy duro. Herodes había mandado degollar a Juan el Bautista (Mc 6,14-29). Además, todos estaban agotados, pues «eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer» (Mc 6,31). En esta coyuntura de persecución, de miedo y de cansancio, toman distancia. Se retiran lejos de las calles donde la sinagoga contaba los pasos de los caminantes en sábado, donde las fuerzas de seguridad de Herodes vigilaban cualquier movimiento sospechoso y donde los soldados del imperio controlaban el orden. Atravesaron el lago y se alejaron hacia un lugar despoblado, un espacio de libertad.

Pero el pueblo se enteró y salió de todas partes a buscar a Jesús; y él se sintió conmovido por la búsqueda tenaz y esperanzada del pueblo abandonado, «como ovejas sin pastor», y se puso a enseñarles largamente. El tiempo pasó rápido. Se hizo tarde, y la gente no había comido. Los discípulos le sugieren a Jesús: «Despídeles para que vayan a los campos y a los pueblos vecinos a comprar algo para comer» (Mc 6,36). Pero Jesús les respondió con claridad: «Dadles vosotros de comer» (6,37). Trajeron a Jesús cinco panes y dos peces. Algo insignificante para tanta gente. Jesús los bendijo y empezaron a compartílos. El gran milagro consistió en que una multitud desorganizada de desconocidos, después de escuchar a Jesús, fuese capaz de sentarse de manera ordenada, en grupos, y que todos compartiesen los panes de la tierra y los peces del mar, sin que nadie acaparase ni negociase con el pan. Este signo anuncia que los bienes ne-

cesarios para vivir son para todos, y que la tierra debe ser devuelta a los hambrientos, a los pobres.

LEYENDO LA MISMA ESCENA EN EL EVANGELIO DE JUAN, vemos que los discípulos, junto con la gente, querían hacer rey a Jesús (Jn 6,15). Un pueblo reunido compartiendo el pan y la palabra en paz sobre la hierba verde al final del día, era un claro signo mesiánico. Pero Jesús sabía que eso era sólo un signo que señalaba hacia dónde caminar, qué era lo que el reino de Dios ofrecía. Pero no era en despoblado, al margen de las calles y casas cotidianas, como se iba a realizar esa utopía haciéndolo a él rey, que era el sueño compartido por el pueblo. El reino de Dios no se realiza en despoblado, en un momento de entusiasmo compartido, sino que hay que construirlo en la vida cotidiana, en medio de los trabajos y encuentros de siempre, entre alegrías, dolores y amenazas. Por eso Jesús obligó (Mc 6,45) a los discípulos a embarcarse y navegar hasta la otra orilla, hacia los poblados donde habían experimentado los inicios del reino, pero donde pesaba ahora la amenaza de Herodes, que había sido capaz de asesinar al Bautista, tan querido por todo el pueblo.

El lago siempre causaba temor. Era culturalmente un espacio de malos espíritus que hacían daño a los navegantes. En el lago, como en su habitat natural, se precipitaron los cerdos destructores en los que habían entrado los malos espíritus que salieron del hombre de Gerasa cuando fue curado por Jesús (Mc 5,13). Los discípulos estaban confundidos y desencantados. No entendían a Jesús (Mc 6,52). Se le había presentado una misión magnífica para un éxito contundente, y él la desaprovechó. En medio del lago los sorprende la noche: hay viento fuerte; reman, pero no avanzan; se esfuerzan con toda su pericia de pescadores, pero están siempre en el mismo si-

to. Jesús aparece, pero ellos tienen miedo, creen que es uno de los fantasmas del lago. Se tranquilizan cuando reconocen a Jesús. En el evangelio de Mateo, Pedro le dice a Jesús que le mande caminar por el agua hasta él. Pedro empieza a caminar, da algunos pasos... pero cuando sopla el viento fuerte, siente temor y empieza a hundirse. Pedro era un experto nadador, pero se asusta porque ya no puede caminar sobre el agua. Lo hundió el miedo, la poca fe. Jesús extendió la mano y lo sostuvo (Mt 14,28-31). Con Jesús en la barca, la tempestad se calma y pueden llegar a tierra.

Podemos leer esta escena como una parábola de nuestro mundo. Nos desorientamos porque hemos confundido los signos del reino que encontramos en tantas reuniones del pueblo sencillo, en comunidades de diferentes estilos, en congresos teológicos inspiradores, con la realización próxima y triunfal del reino de Dios. Ahora vivimos en un «mundo líquido», donde todo fluye, no sabemos dónde hacer pie, y el Señor nos obliga a embarcarnos, porque hay que atravesar esas aguas profundas y turbulentas para llegar a la tierra donde se realiza el reino de Dios. Algunos prefieren quedarse en la costa, separados del pueblo, cantando y pidiéndole a Dios que divida las aguas por el medio, como hizo en el mar Rojo ante los ruegos de Moisés. Pero Jesús «nos obliga» a caminar sobre las aguas hacia la tierra cotidiana, atravesando la noche, los vientos en contra y el desconcierto. Tal vez, como Pedro, podamos dar algunos pasos sobre el agua en momentos excepcionales, pero normalmente atravesaremos el lago en la pequeña barca de la comunidad.

No todo es líquido en nuestro mundo. Hay muchos que han construido la casa sobre la roca firme, alentados por el Espíritu de Jesús (Mt 7,24-27). Mientras las aguas

curren rápidas y turbulentas, hay personas, grupos, comunidades y familias que están bien construidos. Pero no podemos quedarnos aislados en nuestras seguridades. Hay que moverse por las fronteras de nuestro mundo, donde la vida se precipita con incertidumbre, y hay que saber navegar sobre las aguas. Tan importante es la destreza para manejar los remos y la pequeña vela como tener ánimo en el corazón para no mirar hacia atrás, presos de la nostalgia del prodigio vivido en la tierra firme del desencampado. Tan necesario es poner con total disponibilidad nuestras habilidades y destrezas al servicio de esta travesía como sentir en el corazón la esperanza que nos regala Jesús y la certeza de que más allá del mundo líquido hay tierra firme donde brotan las nuevas manifestaciones del reino de Dios entre nosotros. Pero ahora nos toca caminar sobre las aguas alentados por la presencia de Jesús en medio de nosotros.

Necesitamos una ascética de navegantes en el mundo líquido y la mística que experimenta a Dios caminado en medio de la noche sobre las olas encrespadas. En el pasado, la *ascética* tuvo acentos que la deformaron: voluntarismo; exaltación del dolor para merecer gracias de Dios; considerar al cuerpo como malo y acosador del alma; sospecha y recelo de los bienes de este mundo que Dios nos ha dado para nuestro disfrute; la imagen de un Dios con el ceño fruncido, juez implacable y minucioso en sus contabilidades ante nuestras limitaciones y pecados... Hoy comprendemos mejor la necesidad de una ascética propia de nuestro contexto cultural. La falta de ascética es un engaño. Consideramos la ascética como estar disponibles para Dios, física, psicológica y espiritualmente disponibles. Lleva consigo algunas prácticas concretas, como la oración, el examen, el diálogo con un

acompañante, etc. que ayudan a vertebrar la vida. Pero va mucho más allá, pues va creando en la persona entera una actitud de disponibilidad y de acogida, de ninguna manera acartonada, sino ungida por la gracia de la mística que se refleja en la cordialidad y la esperanza con que se acerca a los encuentros y tareas.

«El elogio de la espontaneidad y la naturalidad en una cultura en que la espontaneidad está colonizada y la naturalidad sigue unos patrones de comportamientos socialmente inducidos, también está llena de peligros. Lo que se pretende que nos haga libres y nos abra a la gracia nos deja encerrados en nosotros mismos y a merced de los vientos que soplan» (J.A. GUERRERO ARVIA, *Hacia una espiritualidad para nuestro tiempo*. Idatz, San Sebastián 2007, p. 92).

Consideramos la mística como experiencia profunda de Dios. También la mística ha tenido acentos nada sanos: desentendemos del mundo para experimentar a Dios; conceder excesiva importancia a las manifestaciones corporales extraordinarias; buscar visiones y no tanto tener una visión nueva de la realidad; considerarla como un don de algunas personas excepcionales y no como una dimensión de toda persona... También hoy se busca a veces una experiencia de Dios que fuerza la afectividad, se sitúa al margen de la comunidad eclesial o no es discernida a la luz del encuentro con los últimos de este mundo, donde Dios se nos revela de manera privilegiada. Necesitamos la ascética de los remeros, su sentido de orientación en medio de la noche de la historia, su esfuerzo, su conocimiento del mar y su destreza para lidiar con los vientos y las olas. Necesitamos tam-

bién la mística, que sabe discernir a Dios entre las sombras, lo invita a subir a nuestra pequeña barca y llena nuestra vida de sentido.

3. Dialogar con la noche, los vientos y las olas

Los vientos no son necesariamente un obstáculo insalvable. Si sabemos dialogar con ellos sin temor, orientando de manera adecuada nuestra vela, pueden impulsarnos. Imágenes de la noche que aparecen como fantasmas amenazantes en un primer momento, pueden revelarnos la presencia de Jesús, que no se queda solo en tierra firme mientras nosotros sentimos la angustia del naufragio. Las oleadas diferentes que llegan hasta nuestra barca pueden ahogarnos, pero también nos permiten avanzar sobre las aguas.

Necesitamos inculturar el evangelio en nuestra realidad, ser signos de integración en medio de la fragmentación y creadores apasionados del futuro consistente en medio del mundo líquido. Podemos definir la cultura como un «sistema de creencias (sobre Dios, la realidad, etc.), de valores (bueno, bello, verdadero) e instituciones (Iglesia, familia, escuela)» (J.M. FERNÁNDEZ MARTOS, *Ser Sacerdote en la cultura actual*. Sal Terrae, Santander 2010, p. 89). Ya decía Pablo VI que «la ruptura entre evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo» (*Evangelii nuntiandi*, n. 20, 1975). «La síntesis entre fe y cultura no es sólo una exigencia de la cultura, sino de la fe. Una fe que no llega a convertirse en cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada y no fielmente vivida» (JUAN PABLO II, *En la Universidad Complutense*, 3 de diciembre de 1982).

El diálogo respetuoso con nuestra cultura sólo podemos realizarlo siendo personas de nuestro tiempo, respirando dentro de las estructuras que la configuran y en la cercanía de los encuentros. Somos invitados a vivir y difundir el evangelio en este mundo, que fluye sin detenerse y al que Dios ama con una creatividad infinita. Por un lado, tenemos que vivir desde Dios y, por otro, vivir en medio de esta cultura, con su ateísmo y su indiferencia hacia Dios. Si no vivimos intensamente la relación con el Dios de la intimidad que nos unifica por dentro y con el Dios de la historia que nos propone crear el futuro de la «vida verdadera» juntamente con él, seremos poco a poco invadidos por la cultura de los sentidos y asimilados a ella desde dentro. Nuestra propia identidad será líquida, derramada, agua del lago agitada por la tempestad.

El gran desafío para nosotros es aprender a descubrir a Jesús en medio de la cultura que nos envuelve con una sensibilidad nueva, diferente de la propuesta por la cultura de los sentidos, de tal manera que se nos revele la acción de Dios en el mundo como la última verdad de lo real. El camino no es mirar primero a Dios, por un lado, en los espacios religiosos, y al mundo, por otro, viendo sólo su inconsistencia y su pecado, sino mirar con amor nuestra cultura y descubrir con la misma mirada a Dios en el fondo de ella. Puede que a veces la figura de Jesús sólo sea al principio una claridad amenazante entre las sombras de la noche. Pero si lo reconocemos y le permitimos subir a nuestra pequeña harea, podremos navegar sobre las aguas sin diluir la consistencia de la vida evangélica, sin quedar paralizados por el miedo y sin perder el rumbo por el que nos impulsa hoy el viento del Espíritu.

VIDA CONTAMINADA

Respiramos la cultura
que nos envuelve a todos,
el oxígeno que nos da vida
y los virus que nos socavan.
Bebemos las relaciones
que llegan a nuestro rostro,
la sonrisa que nos hidrata
y las bacterias que nos miran.
No podemos andar por la calle
con una máscara en la cara
que nos aparte del pueblo
para filtrar los cantos y los besos.
No podemos huir al vacío
de la soledad y la asepsia,
donde no hay vida ni muerte
luchando por el futuro.
Al acoger en nosotros
la vida contaminada,
te acogemos a ti,
que estás dentro de la vida
y la purificas con tu aliento
en el horno ardiente
de nuestra intimidad.

II

La integración personal

En la cultura fragmentada en la que vivimos, que también está dentro de nosotros fragmentándonos por dentro, nos inspiramos en la transfiguración (Mc 9.2), en la que Jesús aparece integrado plenamente en su decisión de ir a Jerusalén, en el encuentro con el Padre que lo confirma en su camino, precisamente en el momento en que está sometido a fuerzas desintegradoras que lo presionan desde fuera. Ha tomado la decisión de subir a Jerusalén para anunciar el reino de Dios, decepcionando las expectativas del pueblo, superando la incomprensión de los discípulos, que intentan desnadirlo de realizar ese viaje, y la amenaza de las instituciones judías, que buscan la oportunidad de eliminarlo. Ir a Jerusalén era meterse en la boca del lobo (cf. B. GONZALEZ BURITA, *Orar en un mundo roto*, Sal Terrae, Santander 2002).

Respiramos constantemente una cultura que tiene muchos elementos desintegradores que actúan en nosotros casi sin que nos demos cuenta y nos erosionan por dentro. Pero también *en esta cultura actúa el Espíritu* que nos habita y que nos puede integrar plenamente, sanándonos de nuestros desgarros y proponiéndonos la novedad de Dios en la historia que Él busca realizar juntamente con nosotros.

La verdadera experiencia de Dios es *integradora de la persona* (cuerpo, pensamiento, afectividad, decisión) y nos *integra en la realidad* (cosmos, otra historia, comunidad), donde Dios trabaja construyendo el reino que nos anunció Jesús. Buscamos definir la experiencia mística y ascética que experimentamos en el encuentro con Dios en nuestra realidad, como Jesús se encontró con el Padre en la suya, ayudados de manera especial por la propuesta mistagógica que nos propone Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales.

Para iniciar este camino retomáramos la trayectoria que sigue la realidad que se adentra en nosotros por nuestros sentidos, nos recorre por dentro y regresa a la realidad en nuestra acción como respuesta.

«Los sentidos originan la sensación; ésta, la percepción; ésta, el pensamiento, que a su vez causa el sentimiento y la emoción, los cuales producen la cualidad del ser, y éste la cualidad del hacer, del obrar. O, de otro modo: obramos como sentimos, somos lo que sentimos, sentimos como pensamos, pensamos como percibimos, de acuerdo con nuestras percepciones; y éstas dependen de los objetos que pueblan nuestro ambiente. Tal es el flujo espontáneamente evolutivo de la vida mental del hombre» (P. FURBER, *Comprenderse a sí mismo y entender a los demás*, Paulinas, Madrid 1982)

Sin embargo, este esquema tradicional no nos describe plenamente nuestro proceso interior. La investigación actual de la neurociencia nos muestra que no sólo tenemos una «*inteligencia racional*» que piensa y procesa las sensaciones que llegan a nuestros sentidos. Tenemos también una «*inteligencia emocional*» que tiene un

peso muy importante en nuestra vida y que puede actuar con independencia de nuestro pensamiento. En algunas ocasiones, ante determinados estímulos, podemos tomar decisiones y actuar con gran rapidez, de tal manera que ni hemos podido pensar nuestra respuesta. En ese momento se produce un verdadero «secuestro emocional». Podemos tomar decisiones que no son acordes con nuestros valores y opciones conscientes. Esto puede suceder en grandes tragedias, como un asesinato repentino, en una acción sorpresiva que salva una vida, o en las pequeñas reacciones de cada día que pueden deteriorar la calidad de la existencia.

Es importante detenernos en este punto para ver cómo se realiza este proceso interior. Los estímulos que llegan a nuestros sentidos son enviados al tálamo, y desde aquí sale una conexión al neocórtex, a la *inteligencia racional*, pero sale también otra conexión a la *amígdala*, que es una especie de archivo emocional y que, en un momento de gran impacto emocional, puede dar órdenes instantáneos a todo el organismo para actuar sin dilaciones, antes de que haya habido tiempo de pensar. Esta reacción nos puede salvar la vida en un momento de peligro inminente, o puede perdernos si actuamos contra otra persona arrastrados por la ira o por el pánico. La importancia de tener bien configurado nuestro mundo emocional es decisiva.

«Cuanto más intensa es la activación de la amígdala, tanto más profunda es la impronta y más indeleble la huella que dejan en nosotros las experiencias que nos han asustado o nos han emocionado» (D. GOLEMAN, *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona 2008, p. 59). De ninguna manera se trata de suprimir el universo emocional. Lo importante es que la «*inteligencia emocional*» y la «*sin-*

teligencia racional» dialoguen constantemente para orientar nuestra vida con dinamismo (cf. *ibid.*, pp. 23-30).

Nuestra cultura ha trabajado con éxito la manera de entrar dentro de nosotros a través de los sentidos. La comunicación es hoy menos racional y más emocional, corporal, narrativa e imaginativa. Los estímulos que llegan a nuestros sentidos tienen una gran fuerza para impactar nuestra inteligencia emocional y configurar nuestras reacciones, creando en muchos casos conductas adictivas y compulsivas.

«No hace falta insistir en la importancia que toda la psicología contemporánea ha otorgado al concepto de "estímulo". Una importancia que algunos no dudan en calificar incluso de mítica. En cualquier caso, lo que está ciertamente probado es que nuestra conducta es más interdependiente de los estímulos externos de lo que nuestro narcisismo quisiera suponer. Nuestra tonalidad interior cambia una y otra vez en función de los campos estimulares en los que estamos inmersos» (C. DOSTOYEVSKI, *La Psicofisiología de los Ejercicios Ignacianos*, Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander 2003, p. 63).

El encuentro con Dios, la mística, se experimenta no sólo en nuestra razón, sino también en nuestro mundo emocional, resuena en nuestro cuerpo, nos unifica en la decisión y se expresa en nuestra acción en una vida llena de dinamismo y creatividad.

La *experiencia mística* de Ignacio de Loyola junto al río Cardoner nos puede inspirar para comprender cómo la experiencia de Dios nos unifica por dentro y nos abre al futuro. Para Ignacio cierra una etapa que había empe-

zado en Loyola. Desde la experiencia primera de su conversión durante la convalecencia, y después de atravesar las intensas experiencias de Manresa, profundas consolaciones y desolaciones con escrúpulos y depresión que lo llevaron a tener pensamientos suicidas, inesperadamente, al lado del río Cardoner, Dios llega hasta Ignacio cuando estaba sentado al borde del camino contemplando la corriente del río. «Se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de las cosas de la te y de letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas» (*Autobiografía*, 30).

Lainez, comentando esta experiencia de Ignacio, dirá: «fue especialmente ayudado, informado e ilustrado interiormente de su divina Majestad, de tal manera que comenzó a ver con otras ojos todas las cosas, y a discernir y probar espíritus buenos y malos, y a gustar de las cosas del Señor» (*Carta a Polanco de 1547*, FN 18).

Dina Nadal que «así le quedó una actuación de contemplación y unión con Dios, que sentía devoción en todas las cosas y en todas partes muy fácilmente» (FN II, 153) Tiso indica que Ignacio propuso esta experiencia del Cardoner en la «Contemplación para alcanzar amor», donde nos invita a mirar toda la realidad para ver a Dios trabajando en ella por mí. Es la transparencia, la dialamía de la realidad.

Tanta la persona y la historia de Ignacio quedan integradas de tal manera que «le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes» (*Autobiografía*, 30). Nace un hombre nuevo, el que se fue gestando lentamente desde Loyola. Ignacio quedó profundamente marcado por esta experiencia fundante. Nos

evoca las palabras de Jesús a Nicodemo: «Si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Jn 3,3).

A partir de la iluminación interior («mística de ojos cerrados»), Ignacio empieza a verlo todo de otra manera («mística de ojos abiertos»). Ve la acción de Dios en el mundo, no sólo los elementos destructores. Es la mirada del que ya comienza a orientar su vida para encontrarse con Dios en la realidad, en una misión apostólica en la que se une a la acción de Dios con su propio trabajo creador. Pero tendrá que recorrer un largo camino personal para poder realizar el proyecto para el que Dios lo irá preparando.

En el centro de la espiritualidad ignaciana estará siempre ese mirar todas las cosas de tal manera que podamos descubrir en ellas al Dios que está presente trabajando, en una intensa relación creadora con nosotros. Las cosas más sencillas son palabras que nos dirige el Dios que nos sirve, que está en toda la realidad «ad modum laborantis», como el campesino que labra la tierra con el sudor de su frente.

Nosotros estamos ante el desafío de crear una sensibilidad nueva, para no dejarnos configurar por la imagen de este mundo, sino por la Imagen de Dios encarnada entre nosotros, que es Jesús, y por su constante encarnación en cada una de las situaciones humanas en las que nos debatimos y en las que es posible encontrarlo a él. También nosotros estamos destinados a ser imagen de Dios en la cultura de la imagen.

1. El cuerpo: ¿envoltorio o transfiguración?

La bondad del cuerpo

La nueva cultura enfatiza que el cuerpo no es malo y que no hay que castigarlo ni esconderlo. No es un cuerpo separado del alma, cuerpo malo, origen de nuestros instintos debocados, y alma buena que lucha contra el cuerpo. Nos influyó el dualismo platónico, que concebía el cuerpo como la cárcel del alma, del mismo modo que los barrotes de una jaula apresan una paloma que desea volar. Hoy comprendemos que debemos cuidar el cuerpo para el trabajo, el amor, la alegría, el gozo y la eternidad.

El cuerpo es honrado, no miente. En él se expresa nuestra interioridad. Si lo escuchamos, nos dirá mucho de nosotros mismos, de nuestro presente y de nuestra historia. El desafío es amarlo como regalo de Dios inseparable del espíritu. Si lo separamos del espíritu y lo cuidamos en exceso, olvidándonos de nuestra interioridad, entonces estaremos reduciendo el cuerpo a un cascarón vacío que maquillamos, pero que no se puede iluminar desde dentro. El cuerpo no es un envoltorio más de la sociedad de consumo. Si atendemos sólo al espíritu, olvidándonos del cuerpo, tampoco caminamos hacia una verdadera integración personal.

La religión del cuerpo

Un modelo de cuerpo pretende imponerse: el icono de las pasarelas. Para conseguirlo muchas personas se someten a penitencias dietéticas de ayunos y ejercicios físicos que yo no me atrevería a imponer por una transgresión moral. El culto al cuerpo tiene sus iconos, sus sa-

cerdotes y sus rituales. Hay ocasiones puntuales en que las modelos peregrinan a los santuarios de la moda para desfilar sobre la alfombra roja y cumplir el ritual de mirar y ser mirados. El historial, las cremas, las dietas y los ejercicios hacen los milagros.

Los transgresores pagan costosas penitencias de descalificación pública por no adaptarse a los cánones establecidos. Esta tiranía produce enfermedades culturales como la anorexia o la bulimia. Las apariencias, la exterioridad, son trabajadas hasta el escepticismo. El espejo y la báscula emiten un juicio implacable. El narcisismo es el mejor cliente de los departamentos de perfumería y cosmética de los grandes centros comerciales. El hedonismo cultiva pieles climatizadas, uñas, perfumadas, maquilladas, satisfechas.

En esta valoración de la exterioridad hay «una presión mediática hacia el culto narcisista al *look* personal, un *look* que no es otra cosa que la imposición de una ficción embellecedora a una existencia personal insatisfactoria». La realidad virtual es «la expresión más congruente de una cultura hipericónica que tiende a valorar más el parecer que el ser, el *look* que la identidad» (R. GROSS, *Del biótico a la realidad virtual*, Anagrama, Barcelona 1996, pp. 176-177).

Para poder escalar un puesto en la pirámide social es necesario entrar en el ritmo exigente de la sociedad de consumo. Existe toda una industria para quitar el estrés, para energizar el cuerpo y para poder disfrutar de forma compulsiva de la sociedad del bienestar. Una publicidad te incita a disfrutar y comer los mejores manjares, y otra te ofrece rebajar el exceso de peso de forma milagrosa. Se multiplican las enfermedades que provienen de un ritmo de trabajo que descumbe el propio cuerpo. Se ex-

tiende cada vez más una industria farmacéutica para reeducar la existencia en exceso, que alivia los síntomas sin tocar las causas en el estilo de vida personal y en la organización social.

Los cuerpos «modelo», y los cuerpos familiares de los excluidos en las mismas pantallas revelan la esquizofrenia de nuestro mundo consumista globalizado. ¿Cómo pueden existir juntos?

La cultura de los sentidos

Vivimos en una cultura de los sentidos. Cultura audiovisual. Priman en ella el sentido de la vista y del oído, que son los sentidos de la distancia. Después vienen los otros tres, que son los sentidos de la cercanía, de la intimidad. En la Edad Media, la importancia la tenía el tacto, después el oído y la vista. Esa cultura era artesanal, y con las manos se acariciaba, se ungía, se elaboraban los cuadros, las esculturas, la comida, los tapices, los instrumentos musicales, las armas... No había máquinas computerizadas. La vista y el oído pueden ser aliados de relaciones virtuales de escasa profundidad humana.

Las salas de edición de revistas ilustradas y de las emisoras de televisión y los laboratorios de la industria están creando constantemente *sensaciones seductoras* nuevas que impacten la afectividad de manera inevitable.

«El envoltorio sí importa». Su misión seductora es tan importante como la de los perfumes y cremas. Frascos y embalajes se cuidan cada vez más para que, de un vistazo, sepamos qué esperar de lo que contienen». «¿Por qué tomarse tantas molestias en algo que está destinada a acabar sus días en la basura?» (Ana Fernández Parrilla).

El consumidor «experimenta el envoltorio antes incluso que el producto, es su primer contacto con la marca. Los elementos del diseño del cartón, la textura y el tacto del papel, la nitidez de la impresión... todo deja presagiar la eficacia y el lujo que el producto puede proporcionar.» (ESTÉL LAUDER).

Si un anuncio de televisión de un perfume, que tiene que transmitir con elementos visuales algo intangible, crea un impulso irresistible de comprar, es que el embalaje ha jugado su papel «a la hora de seducir».

Al mostrar lo que significa visitar la ciudad de Saint Louis, leí en un artículo para promocionar la ciudad «El resultado es una experiencia multicultural para la que hacen falta los cinco sentidos. Saint Louis se ve, se escucha, se saborea, se huele, se toca» (José Lozano).

Esta cultura trastoca nuestra interioridad, pues las sensaciones son a veces tan intensas, refinadas y continuas que incluso pueden entrar dentro de nosotros sin hacerse percepciones conscientes, y mucho menos trabajadas con un pensamiento propio. Hay un riesgo de vivir permanentemente en el flujo continuo de las sensaciones que llegan a nuestros sentidos.

Las sensaciones seductoras empiezan a circular dentro de nosotros, convertidas ya en sensaciones seducidas, formando parte de nuestro universo interior. Se siembran en los surcos de nuestras humbres naturales y en las artificiales provocadas por el mismo mercado. Se pueden ir adueñando de nuestros sentimientos y de nuestras decisiones.

Esta manera de vivir provoca una dificultad para enfrentarse a lo real y elaborar los desafíos que nos plantea. Se van generando en nosotros conductas aditivas y compulsivas.

«El efecto esencial de los medios consiste en promover y desarrollar una *cultura de sensaciones por la estimulación* y controlar la alternancia entre capacidad de atención y de no atención. Por su modo de funcionamiento, los medios *provocan y aumentan la no atención de cada uno* a través de sollicitaciones visuales y auditivas diversas que no requieren reflexión: ésta necesita tiempo y, en consecuencia, es susceptible de aumentar la distancia, de suscitar la crítica, de abrigar la resistencia, de fortalecer el rechazo. Las dificultades de percibir tienen que ver con la sensación continua, la pérdida de límites, el desvanecimiento de puntos de apoyo sólidos y duraderos: nosotros estamos envueltos por un flujo constante a nivel de la percepción, y discontinuo a nivel psíquico, favoreciendo lo efímero y, por ello, lo indistinto. Los medios ofrecen sensaciones que incitan a la búsqueda de sensaciones retornadas, siempre más sensaciones, siempre más fuertes e inéditas» (C. HATOCHE, *L'Avant du sensible. Les sens et les sentiments en question*, PUF, Paris 2008, p. 225).

Nuestras vidas se hacen líquidas, fluyen sin detenerse en el torrente de las sensaciones que invaden y aturden, que nunca se detienen, sin el espacio ni el tiempo para la reflexión personal, para las decisiones maduras y propias, para la búsqueda de sentido. Sin darnos cuenta, incorporamos nuevos modos de vivir a nuestra propia identidad, que se va haciendo también líquida, inconsistente.

El misterio de la encarnación del Hijo en un cuerpo humano viene a liberarnos tanto del vaciamiento de la interioridad, como de una intimidad que se desentiende del cuerpo.

El Hijo de Dios en un cuerpo humano

En el Evangelio nos encontramos con la *encarnación*, el Hijo de Dios hecho carne frágil que ha entrado en nuestro tiempo y en nuestro espacio. «El que me ve, ve al que me envió» (Jn 12,45). Dignidad máxima del cuerpo humano, que le ofrece un rostro a Dios y se nos revela destinada a entrar en la vida trinitaria por la resurrección.

Contemplamos a *Jesús accesible a nuestros sentidos* (1 Jn 1,1-4). Jesús es la imagen del Padre y la palabra del Padre. Al mismo tiempo, es también la sabiduría del Padre (1 Co 1,25-31), que hoy cuestiona las modas superficiales y cambiantes de ser persona como desafío las de su tiempo.

En Jesús encontramos una *gran sensibilidad* para percibir los más pequeños detalles de la vida de las personas, de la naturaleza y los signos de la historia. Al mismo tiempo, lo vemos alejarse hacia el silencio y la soledad, para enfrentarse a lo real buscando respuestas originales, apartadas de unos gestos rituales que se habían vaciado en gran medida de sentido y en los que ya no cabía la vida nueva del reino que Jesús percibía llegando a sus sentidos por todas partes. Jesús sabe moverse en una *alternancia entre el hundirse* en la muchedumbre del pueblo que lo acosa *y el apartarse a la soledad* y quietud de la oración.

En Jesús, el cuerpo *se trabaja desde dentro*, se transfigura desde su experiencia interior, desde el fuego, desde la pasión que lo llena y lo mueve, desde la apertura y comunión con el Padre que lo impulsa al servicio del reino. Por eso la cercanía de este cuerpo que toca y es tocado en los encuentros produce vida nueva y amistad, salud recobrada y alegría. Los impuros leprosos, aleja-

dos de la comunidad, del beso y del abrazo familiar, accogen estremecidos la mano de Jesús sobre su hombro que los sana. Las mujeres sienten su intimidad transformada por una dignidad que han recobrado en el encuentro con este hombre que mira de una manera diferente en aquella sociedad patriarcal que las denigra y empequeñece.

Su cuerpo crucificado hace accesible a nuestros sentidos la verdad de este mundo, que mata y aleja a quienes inquietan a los instalados con su pobreza o con sus exigencias de justicia, y la verdad del Dios que es Amor más fuerte que el pecado y que la muerte, enquistada en las estructuras y en las instituciones que están a su servicio. El cuerpo resucitado del Hijo nos revela la vocación última del cuerpo y de toda la creación incorporada en el cuerpo de cada persona.

El cuerpo de Jesús nos dice que hay espacio para la sensibilidad ante los bienes de este mundo que nos permiten gozar y alegrarnos, para la cercanía de los cuerpos en el abrazo y la caricia; pero también hay vida para el amor comprometido hasta la muerte y la resurrección. Los cuerpos despojados de este mundo tienen una esperanza cierta.

Transformar el propio cuerpo

El que hace los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, es invitado a trasladarse a otra casa donde lleguen a los sentidos estímulos diferentes a los habituales. Entra en otro espacio, otro tiempo, apartado de los trabajos y relaciones que configuran su vida cotidiana. Estos estímulos externos se unirán a los internos para que el yo se trabaje en el encuentro con Dios [EE 19, 79].

En los Ejercicios Espirituales, el cuerpo *se trabaja desde dentro*. El cuerpo es expresión de la interioridad de la persona con su postura corporal. Orará de rodillas, de pie, con la espalda pegada a la tierra, o de cualquier manera en que pueda expresarle a Dios y a sí mismo lo que siente dentro [EE 75, 76]. Al permanecer en la oración el tiempo señalado, aunque sienta desolación, expresa su deseo de encuentro con Dios y su espera confiada, con el alma a la intemperie desabrida [EE 12]. En el cuerpo también resuena la experiencia interior de la cercanía de Dios, que nos unifica por dentro en la consolación que Él nos regala. De esta forma, la gracia de Dios, al ser *sentada*, se va encarnando en nosotros [EE 2, 124].

También el cuerpo *se trabaja desde fuera*. La fidelidad corporal a los horarios y a los espacios de oración, la resistencia a los cansancios y a las molestias físicas de la desolación, e incluso el ayuno en algunos momentos, son expresión de nuestra disponibilidad para el encuentro con Dios. La relación de libertad con la comida es la expresión de un cuerpo que se va liberando de las compulsiones interiores y de los estímulos de nuestra cultura en la relación con los bienes de este mundo [EE 216-217]. Comienza una actitud nueva, no devoradora, frente al consumismo depredador que se abalanza sobre la creación para la fruición del instante en el que vive, sin pensar en las generaciones futuras ni en los que se hallan sumidos en la miseria [EE 83, 210].

En medio de la cultura de los sentidos, tan superficial a veces, *los sentidos de la imaginación y los del cuerpo aparecen como modo privilegiado de acceso a las dimensiones más profundas de la realidad*, donde nos encontramos con las personas y situaciones de manera nue-

va y, más hondamente todavía, con la presencia activa de Dios asumiendo la realidad de este mundo con discreción infinita, desde dentro de las situaciones y las personas y desde lo más bajo y hundiéndose [EE 47, 10] + [26]. El ejercitante aprende a acercarse a la realidad con sus sentidos de la misma manera en que Jesús lo hacía. Él percibió la salvación que corría por las entrañas de la realidad, la acogió y la brindó a los demás.

En la sociedad hedonista y narcisista, el cuerpo que busca ser configurado al de Jesús *experimenta el dolor*. Sufre por sus pecados y por los pecados del mundo en los que él mismo está implicado [EE 55, 65-70]. Sufre en compañía de Jesús, en su pasión y en la pasión de la humanidad [EE 193, 195]. Este dolor sana el corazón y le da consistencia y fortaleza para hacer frente en la vida al mal de este mundo [EE 147, 157, 167].

La penitencia que nos propone Ignacio es también hoy necesaria. La «penitencia interior» nos llega desde el dolor de los pecados propios que destruyen la vida y desde el dolor de acompañar la pasión de Jesús y de la humanidad. La «penitencia externa», que significa privación de comodidades y sensaciones placenteras, también nos puede ayudar. Es muy difícil tener nuestros sentidos acostumbrados a lo cómodo y agradable y, al mismo tiempo, ver, oír, saborear... la pobreza y la humillación de Jesús, para seguirlo en su mismo estilo de servicio.

En la cultura del gozo disponible a ritmo de clic, de tarjeta, que resbala sobre la piel como un perfume, aparece un gozo más profundo, que es don que hay que esperar humildemente y que surge desde las dimensiones más hondas de cada persona. *En el cuerpo también resuena a lo largo de todos los Ejercicios la alegría* que nos llega como consolación, directamente de Dios (sin

causa precedente» [EE 316, 330] o a través de sus ángeles, de sus mediaciones [EE 331].

Este cuerpo transformado se unirá a Dios para realizar en este mundo su obra de salvación a través de la acción y la pasión, en seguimiento de Jesús, en su servicio. Creará algo nuevo que no tiene nada que ver con las conductas adictivas y compulsivas del consumismo ni con las fijadas por los linderos intocables de las leyes.

Los Ejercicios nos van transformando en la contemplación de Jesús, que *cambia nuestra sensibilidad*, la cual va afinándose hasta que podamos percibir la acción de Dios en el mundo sin que tengamos que ponernos a pensar directamente: «Dios está aquí». Al pasar por las calles, Dios llega a nuestros sentidos incluso sin que lo advirtamos, entra dentro de nosotros y configura nuestra interioridad. La «contemplación para alcanzar amor» nos introduce en el camino contemplativo en medio de la realidad.

La ascética: «amar el cuerpo»

El «mundo» siempre *ha trabajado las apariencias*. El texto de Ignacio de Loyola que recogemos aquí no puede ser más elocuente. Todavía no se había inventado la cirugía estética, pero ya nos encontramos con la determinación firme de Ignacio de mejorar su apariencia en el siglo XVI, cuando la medicina era rudimentaria, no había ni anestésicos ni antibióticos, e Ignacio se jugaba la vida con semejante intervención.

«Y viniendo ya los huesos a soltarse unos con otros, le quedé debajo de la rodilla un hueso embebalgado sobre otro, por lo cual la pierna le quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cu-

su fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir al mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar... Y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto» (Autobiografía, 4).

Somos, en cuerpo y alma, un don de Dios. *Debemos amar nuestro cuerpo* tal como es: belleza y fealdad, fuerza y debilidad, vitalidad y apagamiento, juventud y vejez, crecimiento y deterioro. En todo momento debemos cuidarlo para el mayor servicio de nuestros hermanos, como le dice Ignacio a Francisco de Buzja, que en ese tiempo era el Duque de Gandía:

«Deseo mucho que Vuestra Señoría imprimiese en su ánima, que siendo ella y el cuerpo de su Criador y Señor, que de todo le diese buena cuenta, y para ello no dejase esfluírsele la natura corporea, que siendo ella flaca, la que es interna no podrá hacer sus operaciones».

Al cuerpo tanto debemos que ver y amar, cuanto obedece y ayuda al ánima, y ella con la tal ayuda y obediencia se dispone más al servicio y alabanza de nuestro Criador y Señor.

Y así, cuando el cuerpo por los demasiados trabajos se pone en peligro, es lo más sano, por actos del entendimiento y con otros mediceros Ejercicios, buscarlos [los dones espirituales]: porque no solamente el ánima sea sana, *mas la mente siendo sana en cuerpo sano*, todo será más sano y más dispuesto para mayor servicio divino» (Carta de Ignacio a Francisco de Buzja, 20 de septiembre de 1548).

El conocimiento del cuerpo nos ayuda hoy a encontrar el modo de *cuidarlo mejor para el servicio de los de-*

más, para el trabajo honrado con que debemos ganarnos la vida, para expresar y recoger el amor en las relaciones públicas y en la intimidad. La alimentación adecuada es una ascesis que resiste a una publicidad que exacerba la voracidad de comer sin necesidad, produciendo una obesidad que produce enfermedades. Ella misma es ya una enfermedad. También se libra de sentir que sólo el modelo de cuerpo que destila por las pasarelas es el que vale la pena. Esta dictadura del cuerpo ideal crea frecuentemente trastornos psicológicos serios en adolescentes y jóvenes que no pueden perfilar su silueta dentro de esos cánones que se consideran estelares. El ejercicio necesario, la gimnasia para quitar el estrés o llenar el cuerpo de energía positiva para enfrentar las duras exigencias de la sociedad actual, es también una ascesis. Muchos cuidan su cuerpo para alcanzar reconocimiento social y para competir por los mejores puestos. Otros lo ejercitan para prestar un mayor servicio.

El cuerpo es honrado. Para saber quiénes somos y la que nos pasa, tenemos que escuchar a nuestro cuerpo, pues es una caja de resonancia que nos revela en muchas ocasiones con sus dolores y enfermedades lo que no queremos ver de nosotros mismos, de nuestras miriadas invadidas por ritmos locos, por angustias nunca procesadas, por recuerdos que no han sido escuchados y sanados. Nuestro cuerpo nos está hablando constantemente del pasado que viaja con nosotros, de nuestro presente y de los deseos que van configurando nuestro futuro.

El ayuno siempre ha tenido un sentido especial en la historia de la espiritualidad cristiana e incluso de otras religiones. Ciertamente, no tiene el sentido de merecer gracia, de obtener beneficios que Dios sólo nos otorga

cuando sufrimos. La gracia es gratuita, y Dios no tiene asignadas cuotas altas de dolor a las gracias importantes que necesitamos. Dios no tiene tarifas, ni el dolor que nos imponemos arbitrariamente conquista su decisión. El ayuno es una forma de oración. Con el cuerpo en ayunas expresamos ante Dios lo mismo que con nuestro espíritu vacío de suficiencia y necesitado del don de Dios. Estamos en alma y cuerpo delante del Señor, disponibles para tener su don. Dios responderá a su manera y en su tiempo. Nosotros nos disponemos. A la palabra que expresa su necesidad ante Dios se une el cuerpo con sus sensaciones de carencia y de fragilidad, pero también de hambre de encuentro con un Tú inagotable.

El ayuno es una tierra árida para las compulsiones del consumo. Las compulsiones son como los ciclones tropicales: cuando están en el mar, aumentan su fuerza; pero cuando entran en tierra firme, empiezan a debilitarse y a morir.

En la Biblia, el ayuno tiene también otro significado. Va unido a una *disposición de conversión*, a una relación sana con Dios y con las personas. Con actitud de conversión ayuna el rey de Nínive, junto con todos los habitantes y ganados, ante la predicación profética de Jonás (3,8). La conversión conlleva no sólo una relación verdadera con Dios, sino también el compartir con los pobres nuestras habilidades y recursos para que puedan vivir con dignidad.

«El ayuno que yo quiero es este:
 abrir las prisiones injustas,
 hacer saltar los cerrojos de los cepos,
 dejar libres a los oprimidos,
 romper todos los cepos;

compartir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no despreciar a tu hermano» (Is 58,6-7).

San Ignacio nos dice que debemos *guardar las puertas de los sentidos* de todo desorden. De la misma manera que cuidamos la puerta de nuestra casa para que no entren los ladrones en el momento más inesperado, mientras dormimos o estamos ausentes, también debemos *cuidar las puertas de los sentidos* para que no entren en nuestra intimidad sensaciones que nos hacen daño, que van robando poco a poco lo mejor de nosotros mismos, la *finura de nuestra sensibilidad*. Hay sensaciones excesivas de violencia, de sangre, de sexo y de destrucción que embotan la sensibilidad y exageran los umbrales de la percepción de tal manera que ya nada normal nos llama la atención.

«Por tuigere psiquira y sensibilidad moral, deberíamos poner los filtros al alcance de nuestra mano para evitar esta invasión ensilvecedora» (Mons. J.M. URRUTIA, *Ser sacerdote en la cultura actual*, Sal Terrae, Santander 2010, p. 31).

Los sentidos son la *puerta por donde la realidad entra en nosotros*. Como estamos sumergidos en la cultura de los sentidos, necesitamos acercarnos con más cuidado a esas puertas para ver quién entra y quién sale. Podemos abrirlas de par en par a sensaciones que nos construyen o que nos destruyen. Hay amigos que llaman a nuestra puerta con respeto, y hay ladrones que conocen nuestro código secreto para entrar en nosotros mientras dormitamos, se instalan en lugares escondidos de nues-

tra interioridad y desde ahí empiezan a robarnos la vida sin que nos demos cuenta.

De dos maneras se sitúan mal los sentidos ante la realidad: o con *la codicia que quiere apoderarse de lo que percibimos como bueno y agradable*, aunque sea dañino, o con *el rechazo de lo que percibimos como negativo*, aunque pudiera recrearnos la existencia si lo aceptáramos. En la seductora cultura actual, podemos confundir a los amigos, que se presentan en toda su verdad sin artificio, con los enemigos, que se disfrazan de ángeles que vienen a colmarnos de felicidad y de sentido si seguimos la estela brillante e inagotable de las ofertas que nos proponen consumir.

En el sentido del *gusto* podemos verla con claridad. La gula es el desorden de quien come de manera compulsiva, sin tener en cuenta que está engullendo vorazmente la enfermedad y sin la sensibilidad necesaria para percibir que se está comiendo lo que pertenece a otras personas que en ese momento miran al mundo rico con el estómago vacío. La anorexia y la bulimia son el desorden contrario: se rechaza de manera instintiva lo que el organismo necesita para mantenerse saludable. Por falsas razones introyectadas en las dimensiones afectivas más hondas sobre el peso y la figura ideal, se está rechazando la salud y la vida.

El sentido del *tacto* puede apoderarse de sensaciones placenteras de telas y cremas, de muestras físicas de afecto, torzando la relación con la imposición o con la astucia, y crear pieles climatizadas sin capacidad de exponerse a la intemperie en los espacios abiertos donde se debate la vida de la mayoría de la gente. También es posible mantener a distancia de nuestro espacio vital a personas que sentimos como amenaza, precisamente porque

tienden la mano a tientas buscando otras manos donde avir su existencia, que va huyendo hacia el naufragio. Podemos huir de las sensaciones que experimentamos al realizar trabajos comunes, como curar una herida o hacer una casa.

Hay miradas que se mueven con codicia por el deseo de adueñarse de cuerpos bellos, automóviles lujosos, mansiones millonarias... y que sólo se sienten bien en espacios decorados por la belleza de las formas y colores. Para algunos ojos hay muchas personas sencillas que no existen, aunque pasen todos los días a su lado, porque piensan que no les reportan nada, y mantienen alrededor de sí mismos un blindaje invisible contra el que chocan quienes desean acercarse pero no exhiben el control de calidad requerido.

Muchos ojos andan buscando las palabras halagadoras que les gustan, y tratan de conseguirlas mediante astucias y manipulaciones: o los relatos que denigran a sus enemigos y cuentan los fracasos de los demás, porque se complacen en la negatividad de la existencia de los otros para aliviar el escozor de las propias frustraciones, nunca reconocidas y curadas. Otros ojos se cierran a los gritos de los que sufren, a las quejas justas que reclaman sus derechos, a las lamentos de dolor que buscan un tú donde aliviarse y a las palabras críticas que mellan el propio narcisismo.

El olfato a veces anda a la caza de aromas exquisitos en vinos y perfumes, en pieles y jardines, pero se cierra ante el hedor de las heridas a las que hay que acercarse para curarlas con paciencia, ante el olor de la miseria o del sudor honrado sobre la frente con el que se gana el pan de cada día.

La profundidad del amor exige la pasión. Pero amar con pasión conlleva actuar en la realidad de tal manera que, en muchas ocasiones, provoca la opacificación e incluso la muerte de quien se compromete porque ama. El amor crea novedad, no se recrea en girar en una espiral de egoísmo en torno a un instante de dicha. Hay muchos cuerpos confinados en cárceles, clavados en cruces o mutilados para siempre porque tienen un profundo sentido de compromiso por las exigencias sociales del amor.

También experimentamos la pasión de la enfermedad, del límite físico, en cuerpos que enferman, se deterioran y mueren. Maquillando, anestesiando y negando no se consigue gran cosa. Solo la aceptación humilde de nuestro cuerpo que sufre y muere nos permitirá experimentarlo de manera reconciliada como propio y no como un fardo insoportable con el que tenemos que cargar hasta la cumbre de la montaña.

La ascética es estar disponibles para Dios. *Física, psicológica y espiritualmente disponibles.* Ese es nuestro trabajo: disponernos. La ascética del cuerpo nos dispone para acoger el don de Dios, que transformará nuestros cuerpos desde dentro en las diferentes circunstancias de la vida.

La misión: la transfiguración del cuerpo

San Ignacio expresa en los Ejercicios en términos muy corporales la experiencia de Dios que nos puede cambiar la vida: se trata de una bella expresión que resume nuestra realidad de seres encarnados. Cuando Dios llega hasta cada persona, «abrazándola en su amor» (EE 15), no sólo toca nuestra alma, sino también nuestro cuerpo. Este abrazo nos hace disponibles para seguir el camino que Dios nos proponga.

Todos experimentamos que al sentir el amor de Dios y el verdadero amor es siempre de Dios—, toda nuestra persona cambia. Se ilumina nuestro pensamiento, se enciende nuestra afectividad, nuestro cuerpo no siente el cansancio y se llena de vida para el trabajo, la fiesta y el encuentro humano. El cuerpo no solo está hecho para alimentarse con todas las sensaciones que ofrecen los supermercados. «¿Por qué gastas dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura?» (Is 55,2).

El texto de la transfiguración de Jesús (Mc 9,2) nos dice que *su rostro se transfiguró*. Todos hemos visto rostros transfigurados de manera ocasional por el brillo en los ojos, la sonrisa sin trampa, la acogida sin rechazos... También conocemos rostros que llevan una luz tenue de transfiguración de manera permanente. Cuando los contemplamos, nos sentimos ante otra dimensión de la vida que enciende lo mejor de nosotros mismos.

La experiencia profunda de Dios resuena en el cuerpo. Ya en el Éxodo se dice que, cuando Moisés regresaba del encuentro con Dios, su rostro brillaba de tal manera que tenía que cubrirlo con un lienzo. San Pablo nos dirá que nosotros andamos con el rostro descubierta reflejando la gloria de Dios. Utiliza la imagen de la luz que llevamos dentro y que es capaz de hacer transparente nuestro hazo (2 Co 4,6-7). «Y nosotros todos, reflejando con el rostro descubierta la gloria del Señor, nos vamos transformando en su imagen con esplendor creciente» (2 Co 3,18).

El Salomista expresa su propia experiencia cuando afirma:

«Consulte al Señor,
y me respondió librándome de todas mis ansias.

Contemplado y *gacelotéis calientes*,
vuestro rostro no se sombrará» (34,6).

«Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha *no vacilaré*.
Por eso se me alegra el corazón
y *gozo en mis entrañas*.
Y *mi carne descansa serena*» (16,8-9).

Al sentir y gustar internamente en nosotros la presencia de Dios, las luces que nos regala en el reposo contemplativo, las gracias de Dios, se van haciendo carne en nosotros, se van «encarnando».

Con resonancias corporales diferentes, místicos y místicas experimentan la presencia de Dios. Algunas pueden parecernos desmesuradas. No son lo más importante. Pueden darse o no. Dios mantiene con nosotros una relación de «justa cercanía». Ni se ausenta de tal manera que nos congelemos, ni se acerca tanto que ardamos al instante como leña seca. Lo importante es la unificación de la persona en la paz que impregna el cuerpo y el espíritu, la apertura a los demás con una acogida cálida que nos recuerda la de Dios mismo, y la entrega a la misión de servir a los demás con un cuerpo disponible y dichoso, tanto en las empresas importantes como en los pequeños gestos de la cotidianidad.

Las experiencias de transfiguración nos recuerdan que nuestro cuerpo tiene *vocación de resurrección*. Los verdaderos místicos tienen cuerpos sensibles a los crucificados de este mundo, a los que merodean constantemente los linderos de la muerte. No pueden apartar sus ojos y su carne de esos crucificados. También saben ver en ellos la imagen de Dios, el cuerpo profanado del Hijo y al Padre a su lado. Getsemaní y el calvario no son un

retroceso después de la transfiguración en el Tabor, sino su dinamismo hacia la resurrección tomando de la mano a los crucificados de la historia. La transfiguración no sólo se vive en la quietud de la oración, sino también en medio de los trabajos del servicio al reino de Dios. Callejones marginados de miseria, salas de hospital, aulas y oficinas... pueden ser espacios que nos hablen de Dios con más fuerza que un claustro gótico.

El cuerpo transformado por el abrazo de Dios, es enviado a evangelizar. ¿Qué dice a los demás de Dios y de mí mismo mi propio cuerpo? Esta es una pregunta necesaria. Las palabras que pronunciamos pueden decir algo de Dios, pero la auténtica Palabra de Dios encarnada en un cuerpo humano, habló del Padre y de su reino en la cercanía, en el abrazo, en el amor comprometido y servicial a los últimos de este mundo hasta la muerte y la resurrección. La pascua, muerte y resurrección de nuestro cuerpo en el servicio amoroso a los demás, dirá la verdad sobre Dios en una cultura de adicciones y compulsiones.

EL LIMITE DE DIOS

En los límites
donde yo acabo
crece tu presencia
como el más allá
de mí mismo.
Sólo puedo ser ilimitado
al adentrarme en ti.
En los límites
donde tú acabas
crece mi presencia
como el más allá
de ti mismo.

Sólo puedes ser ilimitado
al adentrarte en mí.
Tu ser infinito
es mi frontera,
y nada me detiene.
Mi yo limitado
es tu frontera,
y yo te detengo.
¡Humilde Amor
que tanto te limitas
para que en ti
yo sea plenamente!

2. El pensamiento: ¿aprobación mediática o la «locura de Dios»?

Un pensamiento propio

Nuestros sentidos originan la sensación; ésta, la percepción; y ésta, el pensamiento. Con ideas y con imágenes vamos elaborando nuestro pensamiento, analizamos la realidad, discernimos lo que nos hace daño y lo que nos realiza, lo que es razonable y lo que no es humano.

La modernidad ha pretendido crear un mundo más humano por medio de la razón científica y técnica, superando la visión mágica y religiosa de la premodernidad. Pero en gran medida no ha sido así. La ciencia ha creado una mejor calidad de vida, pero en muchas ocasiones ha servido para controlar, reprimir y extirpar de la tierra a millones de personas. Hemos creado una brecha digital con los pueblos más pobres. Con las tecnologías más avanzadas en el mercado, nunca hemos podido contem-

plaz en nuestros televisores tantos millones de personas mal alimentadas deslizando hacia la muerte. Cerrada la existencia al misterio, a la trascendencia, se empobrece la vida humana.

Existimos en una contradicción. Por una parte, tenemos delante todas las diversidades y, por otra, constantemente somos seducidos o conminados a pensar de una única manera como «pertenecientes» a alguien que nos compra o que nos da órdenes. Mientras caminamos por las calles, llevamos «consignas» militantes en la cabeza y «márcas» comerciales en las costuras de la ropa.

La apertura a las diferencias

Los medios de información y de comunicación nos hacen presentes una multiplicidad de diferencias. Es una dicha para la familia humana. Por nuestras calles y por nuestras pantallas desfilan razas, religiones, modos de gobierno y culturas extendidas por toda la tierra. Cada una lanza su propia lógica al torrente mediático. Este pluralismo ensancha nuestros horizontes y expresa la humanidad común que todos compartimos en el mismo planeta, convertido en aldea global.

Por nuestras oríentinas, escuelas y pantallas desfila una multiplicidad de respuestas ante las grandes preguntas de la vida: si existe Dios y cuál es su verdadera imagen; cuál es el sentido de la vida y de la muerte, de la sexualidad, de la familia y los modos de organizar la vida económica y política.

Las diferencias no son sólo exóticas muestras a las que permitimos crecer a nuestro lado, porque todos estamos inevitablemente plantados en la misma tierra, sino que debe darse una interacción que nos enriquezca a to-

dos y nos permita ser plenamente humanos. Pero constatamos que hay árboles grandes que extienden sus raíces hasta los subsuelos donde crecen los más pobres para apoderarse de sus recursos naturales, y su sombra globalizada no deja a los más pequeños un espacio al sol, que sale para todos.

No basta con la tolerancia del que permite que otros existan, sino que es necesario el respeto, por el que buscamos y ofrecemos en el encuentro lo que todos necesitamos para ser plenamente nosotros mismos en una casa común, en una sola mesa compartida (Is 25,6-8; Jc 14,15).

Una cultura de la información

¿Podremos digerir tanta información como llega hasta nosotros, o viviremos indigestados? Es necesario estar informados. El conocimiento, la dominación y la solidaridad entre personas y pueblos tienen hoy arterias para moverse por el cuerpo de la humanidad. Según los artículos de Ignacio Ramonet...

«...durante los últimos treinta años, en el mundo se ha producido más información que durante los cinco mil años anteriores, mientras que un solo ejemplar de la edición dominical del *New York Times* contiene más información que la que una persona culta del siglo XIX consumía durante toda su vida» (I. Ramonet, *La tyrannie de la communication*, Galilée, Paris 1999, p. 184 [trad. cast., *La tiranía de la comunicación*, Debate, Madrid 1999]).

Nuestro pensamiento puede parecerse a una mesa de trabajo a la que llegan muchos documentos con informaciones diferentes, artículos interesantes a los que se echa un vistazo y se dejan para leerlos más tarde, en un

momento más tranquilo que nunca llegará. Hasta que se corrompen como comida vieja y se tiran, o se les da sepultura en archivos que nunca más se volverán a abrir.

Estas informaciones son vistas, en gran medida, a través del ojo del que paga y vende la información. Tienen una *entraña de negocio o de militancia*.

Por otro lado, las diferentes culturas y situaciones humanas son presentadas en muchas ocasiones a ráfagas superficiales, con grandes brochazos, de tal manera que puedan impactar la sensibilidad del consumidor y asegurar la clientela, sin cuidar el rigor de su contenido.

Informaciones tan contradictorias unas de otras sobre regímenes políticos, sexualidad, bioética, corrupción, narcotráfico..., pueden crear la impresión de que todo vale, creando un *relativismo permisivo* que erosiona la propia identidad. Pero si todo vale, nada vale; nada es tan importante que justifique apostar la vida, la reputación, el tiempo y los recursos. En algunos provoca un *fundamentalismo defensivo o impositivo* que se blindó contra lo diferente y lo excluye, o pretende imponer por los medios más manipuladores y violentos su propia visión y organización de la vida.

Para algunos, esta primacía de los medios es tan importante que sólo se imaginan existir realmente cuando pueden aparecer *por un solo instante*, un día cualquiera, en cualquiera de los innumerables programas («reality shows») que pretenden mostrar la realidad de la gente desnudando su vida ante millones de personas.

La alienación del espectáculo

El espectáculo necesita e impone imágenes y ritmos que sorprendan y alienen. Las sensaciones constantes y ca-

da día más intensas nos dificultan pensar, elaborar un auténtico yo.

«Las sensaciones omnipresentes e intensas, los flujos sensoriales continuos, tendrán como efecto suprimir la alternancia entre continuidad y discontinuidad, condición de la capacidad de pensar; *tematizarán y petrificarán*, mientras que invitarían o, mejor, *impondrían el movimiento*. El carácter, en otros tiempos discontinuo, de las percepciones sería actualmente continuo; *las sensaciones habrían sustituido a las percepciones, descartando la alternancia entre el movimiento y la pausa*... condición del pensamiento—, imponiendo el movimiento continuo a la persona, poniendo trabas al pensamiento, *«abstrayendo el movimiento de la persona en el pensamiento»* (C. HAROLD, *L'avenir du sensible*, cit., p. 2)

Fluyendo en la «modernidad líquida», expuesta a todas las diferencias, saturada de informaciones contradictorias, con los sentidos invadidos por sensaciones constantes que no la dejan pensar de manera propia, con la referencia debilitada de las instituciones tradicionales, ¿cómo encontrará la persona su propia originalidad y cómo podrá expresarla en un discurso claro y consistente sin dejarse diluir en el relativismo? Todos, con mayor o menor intensidad, estamos expuestos a este desafío.

Este contexto cultural contribuye a crear «identidades inciertas» que tienen que construirse en medio de tantas visiones diferentes de la vida y fluyendo con angustia en el vértigo de los cambios. Estamos ya muy lejos de la modernidad, donde las visiones de la sociedad, de la religión, de la escuela y de la familia creaban un marco estable de referencia.

Se desarrollan identidades «auto-referenciadas», sin apertura a la trascendencia ni a valores sólidos y aceptados, con un alto componente de confusión, inseguridad y miedo (cf. H. BEJAR, *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*, Herder, Barcelona 2007, p. 98). Entre los que pueden construirse su identidad «a voluntad», «a la carta», porque tienen recursos y poder, y los que viven soportando su ausencia porque no pueden competir en esta sociedad y forman una «infracaste», muchos viven

«Desgarrados por la ambivalencia cultural de la modernidad líquida, que ordena a la vez construirse una identidad y no terminarla nunca, porque las identidades estables se ven como equivalentes de la rigidez psicológica, la intransigencia moral y el anquilosamiento laboral, por citar algunos de los enemigos de la triunfante cultura de la flexibilidad» (H. BEJAR, *op. cit.*, p. 188).

En nuestra cultura no parece tan importante la autonomía y consistencia de un pensamiento propio como la flexibilidad sin estructura interior que permite irse articulando a las circunstancias siempre cambiantes en las que fluye la vida. La flexibilidad puede ser un gran valor cuando expresa la capacidad de adaptarse a las circunstancias cambiantes desde una consistencia interior bien construida, pero con frecuencia no es más que un fluir gelatinoso sin columna vertebral.

Jesús, la «sabiduría de Dios»

Jesús no es sólo la «imagen de Dios» encarnada en un cuerpo y la «palabra de Dios» articulada en un lenguaje concreto. Jesús es también «la sabiduría de Dios» en

una existencia humana situada en un tiempo y en un espacio, pero ofrecida a todos los tiempos y espacios (1 Co 1,30). También es ofrecida hoy a nosotros, a quienes navegamos en las aguas rápidas de la modernidad líquida. Las palabras y signos de Jesús explicitan su propio misterio, la lógica de Dios enteramente orientada hacia nosotros, para que tengamos vida en abundancia.

Esta sabiduría *nunca se impone* a nadie, como pretendía el tentador en el desierto, ni con la reducción de lo humano a las necesidades inmediatas e insoslayables del alimento, como esperaban las muchedumbres hambrientas de Galilea, ni con la seducción de los prodigios, como querían los dirigentes judíos en las calles y en el templo, ni mediante el uso de la fuerza para asegurarse el poder, como pretendían algunos grupos armados (Mt 4,1-11). Jesús ofrece la *sabiduría expuesta*, no *impuesta*, en encuentros humanos de máxima calidad y respeto hacia las personas, en su propia situación, allí donde tienen sus raíces existenciales y son consistentes.

Esta sabiduría del Padre no hemos podido encerrarla en nuestros conceptos y enseñanzas. El Espíritu nos enseña constantemente a comprender todo lo que Jesús nos dijo con su vida, porque es una *palabra siempre nueva* (Jn 16,13). «Jesús trajo toda la novedad trayéndose a sí mismo» (San Ireneo).

Jesús viene a *dominar* a todos (Jn 1,9), y su Espíritu actúa en todas las personas, situaciones y culturas. Como vemos en Pentecostés, el lenguaje del Espíritu lo entienden todos los pueblos (Hch 2,9-11), porque es el lenguaje del amor y no necesita traducción para ser comprendido. Cuando nosotros nos acercamos a Jesús desde otras situaciones humanas —las que viven los excluidos, las naciones hundidas en la miseria, las culturas fragmenta-

das por los impactos agresivos de la globalización, las religiones que han surgido en otros contextos distintos de los nuestros—, entonces nosotros vamos a descubrir *nuevas dimensiones de la sabiduría de Dios* que se nos revela en Jesús de Nazaret.

Jesús no es la existencia virtual de uno de los ídolos modernos de la sociedad de consumo, que, tal como nos son presentados para nuestra admiración, sólo existen en el universo mediático de las celebridades, de los famosos. Jesús es una palabra universal precisamente porque, al estar plenamente *entraigada en una tierra pequeña*, despreciada, alcanza la plenitud de lo humano con una creatividad sorprendente, abriéndose paso en medio del omnipotente imperio romano y de la sinagoga judía, que regalaba hasta el número de pasos que se podían dar en un sábado.

Jesús se convierte así en una *novedad imagotable*, fuente de inspiración para todos, especialmente para los que no figuran ni existen más que como noticia trágica que venden por su exigencia de justicia, por sus heridas y por su sangre derramada, porque volaron al aire en pedazos por una carga de dinamita, sed ven amenazados por la desertización o han sido barridos de la tierra por un tsunami. La cotidianidad sencilla de los millones de personas que no figuran se alimenta de la misma sabiduría que se nos revela en Jesús de Nazaret.

La sabiduría de Dios se nos revela en *la fragilidad*. Muchos desinstalados y débiles de este mundo se reconocen en ella y la beben como una fuente permanente de fortaleza, de dignidad, de sentido y de finuro.

Las diferencias son un desafío para la contemplación, que busca descubrir ahí la presencia de Jesús, y para la acción, que se compromete en su seguimiento para

unirse de manera creadora con él, para conducir toda diferencia verdaderamente humana, desarrollando plenamente su originalidad, a la reconciliación definitiva con Dios.

*La «sabiduría de Dios»
se encarna en cada uno de nosotros*

En los Ejercicios Espirituales entramos en un proceso de encuentro con Dios, con el totalmente Otro, que se nos ha revelado en Jesús. Aunque el centro de los Ejercicios es remover las afecciones desordenadas para ordenarlas [EE 1], la afectividad y la razón van unidas en un diálogo constante. Los Ejercicios no nos pierden en una experiencia afectiva de fusión acrítica con Dios, desconociendo y desentendiéndonos de nuestra propia identidad personal y del mundo en el que vivimos. A través de nuestra razón, vamos comprendiendo, discerniendo y elaborando el don de la «sabiduría de Dios», la que él nos regala y que afecta a toda nuestra persona. No siempre es fácil comprenderla y recogerla, pues en muchas ocasiones aparece como locura inaceptable para la lógica que rige nuestro mundo.

Dios *creada sustanta de manera original todas las diferencias* como expresiones distintas de sí mismo. Cada persona revela un rasgo de Dios que sólo ella puede expresar. Toda persona, sea quien sea, «es creada para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma» [EE 23]. Aquí se expresa el mismo origen de todas las identidades, el mismo dinamismo desde el que se construyen y el mismo destino al que están intrínsecamente orientadas. Toda persona está dinamizada por el Espíritu para la alabanza que con-

templa la bondad radical de este mundo, tanto en las más bellas y justas realizaciones humanas como entre los fragmentos que la amenazan y la esconden. Desde esa contemplación se relanza la creatividad que recrea la existencia de todos.

Al encarnarnos con la historia del mal, debemos *reflexionar y nombrar con la mayor claridad posible el pecado en nuestra sociedad actual y en nuestra propia persona*. No podemos quedarnos sólo en sentimientos, abrumados por los pecadores que somos o lo mal que está el mundo. No nos quedamos atrapados en la «cultura de la queja» ni en la culpa malsana. Al meditar el pecado, no sólo somos invitados a dolernos, a llorar, sino también a «traer a la memoria» [EE 56], «ponderar» [EE 57], «mirar» [EE 58], «considerar» [EE 59], «discurrir» [EE 60], «razonar» [EE 61]. Pedimos «*conocimiento de mis pecados*» y «*conocimiento del mundo*» [EE 63]. Ignacio había vivido en el impulso ascendente del mundo que lo sedujo, y sabía muy bien la importancia que tiene conocerlo con toda su lógica, capaz de encandilar los sueños de cualquiera.

En la encarnación *contemplamos todas las diversidades de razas y culturas sobre la redondez de la tierra*. Es una visión universal. Sólo así se sitúa bien la contemplación del lugar concreto de Nazaret donde se encarna el Hijo. Esa concreción lleva dentro un alcance universal, pues Jesús es la Palabra para todos, enraizada en el humus concreto de la tierra de todos [EE 102-109]. Al contemplar el mundo hoy, *constatamos* que las diferencias no se viven como complementarias, en una relación de comunión, según el deseo de Dios, sino divididas, confrontadas hasta las heridas, la exclusión y la muerte. De esta manera se crean los infiernos de la existencia humana.

No sólo pensamos con ideas; también lo hacemos con imágenes. La mayor parte de los Ejercicios se centra en la contemplación de Jesús. Al final del día nos sumergimos con todos nuestros sentidos abiertos en el misterio que contemplamos. De esta manera se nos va transmitiendo un «conocimiento interno del Señor» que va más allá de las ideas que reflexionamos. Con respecto a la tradición espiritual, Ignacio presenta la novedad del uso de la imaginación en la oración. Oramos con «los sentidos de la imaginación» [EE 47]. Ignacio, como otros autores espirituales de su tiempo, pone de relieve la importancia del afecto y su origen en el pensamiento. Hay pensamientos tristes y pensamientos con pasión.

Después de cada punto de la contemplación, Ignacio nos invita a «*reflexionar para sacar algún provecho*» [EE 106]. Esa palabra tiene un doble significado: *reflexionar, constatar, darse cuenta* y, al mismo tiempo, *reflejar* en nosotros al contemplado. La repetición de las contemplaciones se hace *notando siempre algunas partes más principales donde haya sentido la persona algún *confortamiento, consolación* o *desolación**» [EE 118].

En la meditación de las banderas *encuentramos la lógica de Jesús y la del enemigo*, que están confrontadas como caminos contradictorios en nuestra sociedad y en nuestra interioridad. Es una meditación de *huelga evangélica* que va más directamente dirigida a la claridad de nuestro pensamiento. Pedimos «*conocimiento de los engaños del mal caudillo*» y «*conocimiento de la vida verdadera*» [EE 139].

En la contemplación para alcanzar amor, al contemplar cómo Dios me da todo y se da El mismo en cada don, yo soy invitado a *reflexionar en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mí*

parte ofrecer y dar a su divina majestad» [EE 234]. Podemos y descumos «en todo amar y servir», como Dios mismo nos ama y nos sirve a nosotros, «en todo».

A través de las *meditaciones*, las de la primera semana y las de la segunda, vamos reflexionando, razonando. Este razonar no es abstracto, frío y calculador, sino que está marcado por el afecto que conlleva el encontrarse con Dios encarnado en el Hijo [EE 45]. Por ejemplo, podemos fijarnos en el coloquio del primer ejercicio sobre el pecado: «Y así, viéndolo tal, y así colgalo en la cruz, *discutir* por lo que se ofreciere» [EE 53]. Ese discutir está empapado de sentimientos muy hondos sobre nuestra fragilidad pecadora y sobre la hondad inimaginable de Dios.

Después de cada hora de oración debo preguntarme cómo me ha ido, para darme cuenta de lo que ha sucedido y formularlo en un pensamiento claro. Aconseja Ignacio amar, escribir lo vivido. En cuanto a las repeticiones, recomienda hacerlas «*notando siempre algunas partes más principales*, donde haya sentido la persona algún conocimiento, consolación o desolación» [EE 118].

Todo este esfuerzo por clarificar lo que va sucediendo dentro de nosotros está orientado a vivir *un auténtico proceso de discernimiento espiritual*. El proceso del *encuentro con Dios y su resonancia dentro de nosotros es muy complejo*. En nosotros actúan Dios y sus ángeles para transformarnos en Jesús, pero también actúa el ángel malo, disfrazado de bueno [EE 332]. Para orientarnos en las mociones que sentimos nos ofrece las *Reglas de Discernimiento*, que nos ayudan a llamar por su nombre lo que vivimos, lo que viene de Dios y nos constituye, y lo que viene del mal espíritu y nos destruye. No se trata de nadar en un océano de sentimientos e ideas sin linderos ni

dirección. Son reglas «para en alguna manera *sentir y conocer* las varias mociones que en el ánima se causan» [EE 313-336], y así dejamos configurar por el Espíritu.

El pensamiento no es inocente. En algunos momentos, el *pensamiento es precisamente el diablo* que usa el mal espíritu para engañarnos. Por eso dice Ignacio que «debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos» [EE 333, 334]. Afecciones desordenadas inconscientes buscan adueñarse de nosotros, pero para ello necesitan esconder su desorden en pensamientos razonables que parecen evangélicos. Así hacen muchas racionalizaciones y justificaciones que enmascaran nuestra verdad. El ejercitante engañado se encamina hacia el deterioro personal, hacia la desazón interior y hacia una acción menos perfecta que la novedad propuesta por Dios. Por eso es necesario «mucho examinar» [EE 336].

El momento apropiado para hacer bien la elección del estado de vida que Dios nos propone es cuando el alma está en paz, sin grandes consolaciones ni desolaciones, en «*tiempo tranquilo*» [EE 177]. Entonces el discernimiento se realiza «*discurriendo bien y firmemente con un entendimiento*» y eligiendo conforme a su santísima y benévola voluntad» [EE 180]. Para ello es menester «considerar, *raciocinando*» [EE 181] para «*notar dónde más la razón se inclina*, y así, según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propuesta» [EE 182].

En suma, nuestro pensamiento y nuestro corazón se van configurando según la sabiduría de Dios. Para que esto sea posible utilizamos la contemplación y la meditación; el diálogo con Dios y el diálogo con el que da los Ejercicios; el abandono confiado en Dios y la lucidez sobre los pensamientos y sentimientos que se mueven den-

tro de nosotros: la apertura confiada a la propuesta de Dios y la búsqueda incesante de su voluntad, formulada en una propuesta clara que polarice con pasión creíblica toda nuestra vida.

La ascética del pensamiento

La *lógica de Dios* atraviesa la realidad. No es tan evidente. Hay que descubrirla, tiene que ser revelada. Pero entra por nuestros sentidos, pues se ha encarnado en Jesús. No es una racionalidad pura, una elaboración de ideas asepticas. En Jesús, la sabiduría de Dios es imagen, narración, cuerpo, sentimiento, conceptos. Ríe, sangra, huye, abraza y tiene sed. Ofrece y mendiga, ilumina y confunde. Pero este es precisamente el camino del acercamiento a la realidad que esta cultura actual entiende, distanciándose de la racionalidad científica y técnica, que nos ha traído grandes progresos, pero también nos ha llevado a los grandes descalabros de las ideologías y de la sociedad de consumo tal como está organizada hoy en el mundo globalizado. Constantemente tenemos que volver a la persona de Jesús para que su racionalidad sea también la nuestra.

La intensidad y permanencia de los estímulos que llegan a nuestros sentidos nos hacen difícil crear los espacios y los tiempos para elaborar un pensamiento propio que sea nuestra columna vertebral. Hemos de *desacelerar el ritmo de nuestra vida y sacarla a intervalos posibles de los espacios contaminados* por las sensaciones seductoras que no cesan de llegar hasta nosotros. Cada día, cada semana, cada año, necesitamos esos espacios descontaminantes y disponibles para acoger la propuesta de Dios.

Estamos expuestos a un *exceso de información sensuata*, pues las noticias son objeto de consumo y de competencia. Tienen precio y están orientadas por intereses ocultos. Seducir y captar el interés del consumidor es clave. Se presentan las noticias más trágicas sobre guerras y terremotos tratándolas y dándoles seguimiento como si fuesen capítulos de una telenovela. El terremoto en Haití deja de ser noticia cuando ya han pasado los impactos brutales del desastre y empieza el diálogo lento y tortuoso sobre la manera de reconstruir el país. Podemos ser arrastrados por el torrente mediático para vivir sólo en las sensaciones de los grandes desastres o de los espectáculos más alucinantes.

La información vendida a ráfagas, sin matices, también nos dificulta conocer realmente la realidad en la que Dios está presente y actúa. Esta presencia no entra dentro de los umbrales de la sensibilidad consciente de los camarógrafos y reporteros, pero ahí están expuestas las imágenes donde *el ojo contemplativo puede descubrir la acción del Espíritu*, allí donde aparentemente no puede estar y sólo se constata su ausencia. Necesitamos «ejercitarnos» en *crear otra mirada*, la que descubre el fondo de la realidad y es capaz de decir lo que ha visto, la acción de Dios asumiendo cada historia personal y la de toda la humanidad, desde los espacios donde aparecen más hundidas.

Hoy es muy importante el «mucho examinar» lo que ha entrado por nuestros sentidos, en el flujo de estímulos en que vivimos sumergidos en la vida cotidiana, hasta tal punto que muchas sensaciones nunca se convierten en percepciones conscientes con las que pensar la realidad. El «mucho examinar» nos hará interiormente más sabios y lúcidos. Es necesario tener en cuenta que *el propio co-*

nacimiento es el la base de toda acción. Según santa Teresa de Jesús, «es el pan con el que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración». Si no nos hacemos conscientes, si no nos damos cuenta de los pensamientos que giran en nuestra cabeza y de los sentimientos que originan en nosotros, **podemos ir creando un discurso sobre Jesús coherente y abierto, mientras grandes dimensiones de nuestra vida se van configurando clandestinamente según las lógicas dominantes e interesadas de la sociedad o según respuestas mayoritarias, no necesariamente buenas, que han sido introyectadas en nuestro interior.** Parte de nosotros mismos no se moverá en el encuentro con los demás dentro de la gratuidad de la sabiduría de Dios, sino en los forcejeos y astucias del mercado.

El discernimiento espiritual, personal y comunitario adquiere hoy una relevancia especial, si queremos vivir según el Espíritu. Nunca como hoy se ha estudiado con tanta precisión la manera de crear sensaciones que entren dentro de nosotros, se dirijan a las fuentes siempre abiertas de nuestras necesidades y, desde ahí, vayan infiltrándose y contaminando nuestros deseos.

Cuando llegamos al final de cada día, cuando la vida está fresca todavía, es de gran provecho hacer el «examen de conciencia», para hacernos conscientes de los espacios y encuentros, palabras y silencios donde Dios se nos ha revelado para construirnos, y cómo el mal espíritu ha mostrado su agresión - directa o con engaños - para destruirnos. La sabiduría de cada día se va asentando en nosotros. En el examen buscamos «convertir en zonas de presencia lo que eran experiencias ausentes» (C. DOMÍNGUEZ, *La Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos*, cit., p. 126).

Ignacio de Loyola experimentó muy pronto lo que muchos comprendemos hoy también: que si quería ayudar realmente a los demás, debía estudiar y entrar en el rigor académico, aunque ya fuese de mayor edad que los jóvenes que encontraba en la Universidad. «Al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a los ámbros» (*Autobiografía*, 30). El rigor del pensamiento científico, filosófico y teológico implica una ascesis. Pero no basta con el rigor, sino que hay que entrar en la disposición de *estar aprendiendo constantemente* en un mundo que cambia y fluye con rapidez. No es suficiente un «conocimiento profético» de la realidad. Es necesario también, en la medida de lo posible, un «conocimiento científico»: estudiar los mecanismos que configuran la sociedad. Pero el conocimiento científico solo no nos lleva a la entraña de la realidad, que únicamente se revela en la experiencia mística, que salta como un resaca desde el misterio de lo real hasta nuestros ojos.

La sensibilidad para percibir nuestra cultura y la lucidez evangélica para comprender lo nuevo que el Espíritu realiza hoy son necesarias para *formular la propuesta de Dios en un lenguaje nuevo, comprensible para nuestro mundo.* A veces repetimos fórmulas hechas que ya no dicen nada y recitamos oraciones que están empaquetadas de inercia, no tanto por la dificultad de transmitir una sabiduría evangélica que puede ser contracultural, sino porque no somos capaces de percibir la propuesta del Espíritu hoy, ni de elaborarla y transmitirla como «buena noticia» en los códigos de comunicación que **entende nuestro mundo.**

El *encuentro cotidiano con el logos de Dios encarnado en el Hijo*, tanto en la meditación como en la contemplación de los misterios de su vida, nos irá configu-

rando poco a poco en el contemplado, en imágenes de la sabiduría de Dios. Nuestra época no busca textos, sino testigos.

Dentro de la Iglesia hay movimientos que ponen mucho énfasis en el sentir, en *estremecer la afectividad* con sentimientos fuertes, desmesurados, como modo de vivir la relación con Dios. También hay una religiosidad difusa y ligera que no sabe darle nombre a lo que sucede en nosotros. Estos modos de relacionarse con el Dios de la vida necesitan la lucidez evangélica sobre el Dios que se nos reveló en la carne y sangre de Jesús y sobre el mundo que lo mató y sigue destruyendo hoy a sus hijos más pequeños o más lúcidos y justos.

¿Es posible, en nuestra interioridad asaltada y reducida, hacernos conscientes de los pensamientos que se mueven dentro de nosotros impactando nuestra afectividad? Necesitamos más que nunca «ejercitarnos» en esta tarea para vivir una vida espiritual lúcida y dejarnos configurar por el Espíritu, no por los pensamientos de este «mundo», por las mediaciones del mal que se adueñan con engaño de nosotros y nos desintegran desde dentro.

Mística: la locura que nos ilumina (1 Co 1,25)

El «sentido» de la presencia y acción de Dios en el mundo se nos ha manifestado en Jesús. Todo ha sido creado por el Padre en el Hijo. Todo surge desde él y se dirige hacia su encuentro de reconciliación universal. No hay diferencias humanas que estén segregadas de este dinamismo. No existen tierras ni mares inertes mientras todo se mueve hacia el mismo destino. El Espíritu que se nos ha dado nos conduce en todas las encrucijadas del camino.

La sabiduría de Dios suena a locura, pues se nos revela en un crucificado que acabó sus días en un fracaso estrepitoso. No es posible comprenderla desde existencias que no se detienen, constantemente estimuladas por sensaciones placenteras que prometen llenar el sentido de la vida con nuevas sensaciones más intensas y sofisticadas, encandiladas por los astros digitales que exhiben su dicha efímera en los centros del poder y de la fama.

En momentos de gracia experimentamos la *unidad sustancial de todo*. En esa experiencia se abren nuestros conceptos y razones a lo nuevo, se extienden nuestras manos hacia otras manos diferentes, se llenan de gratitud nuestras actividades y se liberan nuestros recursos y habilidades para unirse a esa verdad última que dinamiza la realidad.

La sabiduría que anunciamos se revela a los pequeños y humildes, es inaccesible para los grandes, para los que disponen según su «lógica» blindada y su poder férreo de la realidad humana (Lc 10,21-24). En medio de la fragmentación e incoherencia que llegan constantemente a nuestros sentidos, podemos ser esclarecidos por esta sabiduría que sólo podemos recibir como don de Dios. En ella descansamos y ella nos unifica.

Por eso nos movemos hacia los márgenes y las periferias, a contracorriente de la sabiduría de este mundo. Al peregrinar hacia las fronteras y al echar raíces en ellas, nos estamos alejando de los que controlan el mundo desde los centros de poder y nos acercamos a la locura de Dios, a la tierra blanda donde puede arraigar y crecer su iniciativa. Si la locura de Dios no se encarna en nuestras vidas como *novedad que salva*, si no se hace carne y sangre, ¿qué podemos ofrecer a los demás en esta cultura de los sentidos donde circulan con astucia se-

ductora sabidurías sonrientes y exitosas tan poco humanas, a velocidades desbocadas, rodando sobre las espaldas oprimidas que sostienen la vida de este mundo como si fuesen el asfalto de las calles? Sólo tendrá sentido nuestra palabra en el centro cuando actuemos ahí con la lógica de la sabiduría de Dios que se nos revela en las fronteras.

Cuando miramos la realidad entera sin dejarnos atrapar por los esquemas limitados de nuestras costumbres y creencias, entonces podemos ser iluminados por la acción de Dios en personas de otras culturas y religiones que encarnan valores evangélicos. Mahatma Gandhi en la independencia de la India, Nelson Mandela en la lucha contra un sistema que segregaba a los negros en su propia tierra, y tantos otros líderes de alcance universal, de otras religiones y culturas diferentes de las nuestras, son otras tantas expresiones de vidas entregadas a la liberación de sus pueblos para configurarlos según valores humanos de significado universal. La sabiduría evangélica desborda nuestros esquemas, en los que pretendemos encerrarla con frecuencia.

La sabiduría de Dios está activa, se ofrece a todos, y muchas personas la acogen como un don que da el sentido último a sus vidas. En los espacios más descalificados por las ciencias sociales y los análisis de coyuntura surgen constantemente grandes y pequeños testigos contraculturales que se empeñan en afirmar la dignidad de la vida, la fortaleza de la existencia, la presencia activa de Dios en las situaciones humanas más desesperadas. Estos testimonios son más fuertes que las cárceles que pretenden extirparlos y que los halagos que quieren domesticarlos.

En la cotidianidad sin grandes titulares se nos pueden iluminar *ocasionales pequeñas, segmentos de sabiduría*

evangélica, percibiendo la entraña escondida donde Dios actúa. Vivir en esa claridad serena transforma nuestros espacios habituales y nos permite a nosotros vivir en otra lógica que no viene impuesta desde fuera por los intereses del mercado o del poder de turno.

Nos encontramos con *situaciones humanas de dolor y de oscuridad que no caben en nuestra lógica*. ¿Cómo se sitúan en el proyecto de Dios los millones de personas que mueren en las guerras fratricidas, los pueblos que van languyeciendo hacia el exterminio en las periferias del mundo, los pueblos arrasados por terremotos y ciclones? Los que viven de la mística del evangelio están siempre abiertos a lo incomprensible. No lo niegan ni lo esconden. Constantemente exponen su pensamiento a la acción de Dios y viven su pasión cuando ya no tienen donde reclinar su cabeza atravesada por espinas, pues los caminos de Dios distan tanto de los nuestros como el cielo de la tierra (Is 55:9). Al vivir estas realidades en el misterio del crucificado que ha resucitado, sienten que la última palabra de la realidad es la Vida que todo lo rehace.

TU RESPUESTA

Te grité una pregunta
más grande que yo mismo.
Quise tu respuesta al instante
con un clic en el teclado.
Pero me respondió tu silencio
entre ausencias digitales.

Cada día y cada noche
la pregunta me horadaba
con su hilo de espiral,
taladrando mis saberes.

En mi herula abierta
sembraste una palabra
nunca antes pronunciada
y la cubriste de silencio
con la palma de tus manos.

Al crecer dentro de mí,
dilató mis certezas
y ensanchó mi cuerpo
para acoger su estatura.

Sólo cuando nació
como palabra mía,
ya fue respuesta tuya
engendrada en mis entrañas.

3. La afectividad:

¿la fruición del adicto o la pasión creadora?

El corazón en el centro

El pensamiento califica la realidad percibida a través de los sentidos y provoca los diferentes sentimientos, de simpatía, de miedo, de placer, de rechazo... Nuestros pensamientos provocan sentimientos de distintas tonalidades e intensidades. Pero hoy se preguntan muchos sobre el impacto que tiene en nuestra afectividad el flujo continuo de estímulos que llega hasta nosotros en la cultura de los sentidos.

«Nosotros establecemos aquí la hipótesis de que ellos [los estímulos continuos] *afectan a la capacidad de experimentar sentimientos, fundamentalmente el sentimiento de existencia del yo y del otro*. El sentimiento del yo supone, en efecto, una cierta for-

ma de continuidad, de duración: requiere un límite entre interioridad y exterioridad. Este límite cuestiona hoy las formas de las tecnologías contemporáneas, lo cual tiene consecuencias – por una parte conocidas, por otra inéditas – sobre el funcionamiento de la subjetividad y, más aún, del yo» (C. HARRISON, *L'Arrêt du sensible*, ed., p. 212).

Los estímulos que llegan a los sentidos sin interrupción son a veces tan fuertes e impactan la afectividad de tal manera que el pensamiento queda paralizado, o son tan sutiles que no percibimos el camino que van haciendo dentro de nosotros, cómo van impregnando la afectividad, cómo se apoderarán de nuestras decisiones y de nuestra vida.

Necesitamos una afectividad que no esté disuelta en el océano de los estímulos, ni atada a las ideologías, ni anestesiada ante el dolor humano, ni desencantada con este mundo, como si a Dios se le hubiese agotado el amor y la imaginación para transformar nuestra realidad.

Varios intentos de recontar la vida

Durante los grandes proyectos de la modernidad, la afectividad estaba tan absorbida y polarizada por la totalidad del compromiso y la urgencia de la tarea que casi no quedaba espacio para las necesidades afectivas personales de la vida ordinaria (amistad, enamoramiento, encuentros gratuitos, sentimientos artísticos...). La posibilidad del cambio social se veía posible y próxima. No se podía perder la oportunidad.

Pero cuando se caen esas utopías, entonces empiezan a surgir las necesidades afectivas personales largamente reprimidas o pospuestas. Se constata un empobrecimien-

ta de las relaciones humanas mientras la persona estaba polarizada y absorbida por el proyecto del cambio de la sociedad. Las relaciones con los demás y con nosotros mismos escondían realidades interiores que estaban posponiendo y aumentando la intensidad de sus demandas.

La caída de las grandes utopías ha dejado paso al *desencanto*, algo similar a un gran fraude que parece vacunar a las personas contra los grandes relatos. Cayeron las mayúsculas: Patria, Pueblo, Clase... Se anunció la llegada de la liberación, y lo que llegó fue el neoliberalismo, el «capitalismo salvaje», con desigualdades muy profundas, con un crecimiento cuyos beneficios han sido muy mal repartidos, con la violencia del narcotráfico y la delincuencia, que estremecen a grandes ciudades y llenan de miedo las calles. Por otro lado, el comunismo prometido y buscado en los países socialistas en medio de tantos sacrificios no ha llegado.

Las instituciones importantes y respetadas de la modernidad ya no significan lo mismo: son sentidas con «indiferencia», con «descompromiso emocional».

«Por todas partes se propaga la ola de deserción, despojando a las instituciones de su grandeza anterior y, simultáneamente, de su poder de movilización emocional. Y, sin embargo, el sistema funciona, pero por inercia, en el vacío, sin alfileres ni sentido, cada vez más controlado por los especialistas» (G. LISSVITSKY, *La era del vacío*, Antaguana, Barcelona 2010, p. 36).

En la vida cotidiana ya no se vive trágicamente el sinsentido de los acontecimientos. Se suplta con lo espectacular, lo frívolo, lo divertido. *Las grandes preguntas*

no interesan. Lo que en otros tiempos aparecía rodeado de un halo de respeto, ahora se banaliza en un *factum corrosivo* que no deja nada a salvo, ni personas ni instituciones ni acontecimientos.

En un lenguaje cristiano, José Antonio García llama «herejía emocional» a este sentimiento de desencanto que puede invadirnos y que nos lleva a vivir en el mundo como si Dios no tuviese ya nada que hacer.

En nuestras sociedades ha habido un intento trágico de reencantar el mundo por el consumismo y la diversión. El *consumismo* promete llenar los deseos, necesidades y carencias con diferentes productos, pero lo hace de manera que nunca quedemos satisfechos y se despierta en nosotros la *avidez*, la *compulsión* de nuevos productos que el mercado produce sin cesar. «Lo que empieza como una necesidad debe convertirse en una compulsión o en una adicción» (Z. BAUMAN, *Vida Líquida*, Paidós, Barcelona 2006 p. 109). Cualquier privación inesperada, irita y frustra.

Mediante las tecnologías actuales la sociedad de consumo ofrece *divertirse* en la cultura del entretenimiento, de la huida hacia sensaciones agradables desconectadas de la vida cotidiana: propicia *ensordecerse*, *aturdirse*, para no oír ni ver la realidad, que se ha convertido en una incógnita amenazante y dolorosa: asegura *aislarse*, para que no llegue hasta nosotros la vida con todos sus absurdos en personas concretas con relatos lacerantes. Podemos viajar con los audífonos en los ojos mientras la realidad está pasando delante de nosotros con toda su intensidad de vida y de muerte, mientras dormitamos con los ojos cerrados en los transportes públicos. En esta cultura del bienestar, de la diversión, con la estimulación continua de los sentidos, es *may difícil*

acercarse a los sentimientos hoidos donde se elaboran las grandes decisiones de la vida.

En esta cultura, *el yo profundo está disminuido, con una capacidad limitada de pensar con honrada, de sentir profundamente, de experimentarse a sí mismo y de experimentar la existencia del otro en encuentros de calidad.* Como no tiene capacidad de ver, sentir y pensar la realidad, huye hacia el futuro en los estímulos constantes y siempre nuevos que ofrece el mercado. Huye de un estímulo a otro antes de que el primero apague su encanto efímero o su utilidad práctica. Sentirse bien implica la capacidad de desprenderse y echar a la basura tanto aquellas relaciones humanas que ya no interesan como multitud de aparatos todavía útiles, pero ya desplazados por los nuevos que ofrece el mercado.

Con razón se promueve hoy una justa *autoestima*, necesaria para la propia consistencia personal en la relación consigo mismo y con los demás. Pero el *narcisismo* es diferente: centra a la persona en sí misma. El narcisista está pendiente de la impresión que causa su apariencia en los demás, busca el elogio, la admiración, y trata de vincular a las personas a uno mismo. Al mismo tiempo, centra su creatividad en la realización de un proyecto personal que cause la admiración en los demás.

Este clima propicia una *distorsión en las relaciones humanas*. Los medios de comunicación favorecen el *estar conectados*, pero no necesariamente *bien relacionados*. La manera de vivir la *sexualidad* nos puede iluminar en este punto. En muchas ocasiones es una sexualidad cerrada sobre sí misma, como puro goce sensorial, sin implicar los sentimientos, sin apertura a la trascendencia, sin capacidad de sacrificarse por la otra persona, sin apertura a futuras vidas posibles y, mucho menos, a

Dios. Un joven me decía: «He dejado de acostarme con esa muchacha porque estaba empezando a enamorarme de ella». Antes, en algunas naciones más desarrolladas, el tiempo para un divorcio se situaba en torno a los siete años de matrimonio. Actualmente lo sitúan algunas sociólogos en los dos años.

La orfandad que respiramos

En la modernidad se afirmó que era necesario «matar a Dios» para que el hombre viviese. Mientras la figura del Padre estuviese dictando, vigilando y castigando, la verdadera humanidad libre no podría nacer. «Dios ha muerto», sentenció la prestigiosa revista *Time* en su portada, recogiendo el sentir de un segmento importante de la población. El marxismo impuso el ateísmo, y en el Occidente rico, sobre todo en Europa, se fue impulsando una sociedad sin Dios. El laicismo extremo y militante pretende hoy encerrar en las sacristías y en la vida privada incluso el nombre y los signos de Dios. Una sociedad cerrada sobre sí misma, sin trascendencia, sin misterio, crea un estrechamiento de la existencia humana y contribuye al desencanto que respiramos, como si a lo único que se pudiera aspirar fuera a un bienestar bien protegido del contacto con los excluidos.

Este proceso ha colaborado al nacimiento de personas perdidas, sin saber hacia dónde mirar para situarse en medio del misterio de la vida y dónde apoyarse para trascender las propias miserias y darle un sentido definitivo a sus amores más puros.

El Dios que se quiere suprimir no es el Padre que nos ha revelado Jesús en el evangelio. Dios no es el competidor nuestro, ni el legislador frío y arbitrario, ni el casti-

gador de la humanidad. Es el creador primero y el origen incesante de las nuevas posibilidades que nos ofrece siempre surgiendo desde las ruinas personales y sociales. Dios no es celoso de nuestros progresos científicos, sino el que ha escandido en el misterio de la creación y de las personas posibilidades insospechadas que están a nuestro servicio y que se han ido preparando a lo largo de los siglos en lo secreto. Dios no permanece sentado en su solio distante, sino que sufre con nosotros, a nuestro lado, el dolor y la injusticia del mundo. Jesús, el Hijo enviado por el Padre, nos revela un Padre de cercanía y bondad infinitas, herido también por nuestra violencia contra los hermanos.

Tratar de eliminar a Dios Padre ha influido en el déficit de figura paterna que sufre la cultura actual. Estudios recientes muestran la conexión de la falta de figura paterna positiva con el surgimiento de comportamientos sociales destructores, como el neonazismo, las sectas extremas, la delincuencia juvenil..., y enfermedades personales como la dependencia de las drogas y la anorexia (cf. M.C. BINGEMER, *Un visto para Deus?*, Paulinas, São Paulo 2005, pp. 55-56).

De todas formas, ha sido imposible ahogar lo sagrado, que ahora emerge de otras maneras diferentes. Muchos buscan una experiencia religiosa sin pertenencia a las religiones tradicionales, sin instituciones, sin normas ni preceptos. Lo sagrado no ha desaparecido, sino que ha emigrado a muchas manifestaciones culturales, deportivas, artísticas, políticas... en las que se puede percibir un rumor de trascendencia.

«Probablemente, el historiador de las religiones Mircea Eliade tuviera razón cuando afirmaba que, en

nuestra época, lo sagrado se ha ocultado en lo profano» (J. OTS, *La interioridad, un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004, p. 147).

Necesitamos una nueva sensibilidad contemplativa para percibir la presencia activa del Espíritu en las realidades profanas y poder *acoger en nuestra afectividad el gozo de su presencia en la ciudad secular*. Tenemos que leer con ojos nuevos las plazas y las calles, los periódicos y las pantallas de cine, para poder sentir y gustar *el encanto de la humildad de Dios que nos sirve a todos con una discreción infinita*.

En el corazón del evangelio

El amor, como sentimiento profundo de ser amado por el Padre y de entrega a él y a su misión, está en el centro de Jesús y de su predicación. En ese amor, Jesús se siente existir siendo plenamente él mismo.

Este sentimiento que llena su corazón se fue formando en los largos años de su infancia, en una vida sencilla donde aparentemente no pasaba nada importante. Más adelante, en su vida apostólica, se formó tanto en el trato con la gente que no le dejaba tiempo ni para comer, como en la soledad de la oración cotidiana donde se remansaba en su corazón lo vivido. Ahí se hacía consciente de todo lo que estaba sucediendo de nuevo con su llegada a la vida del pueblo. En los momentos especialmente importantes se retiraba del escenario habitual de su trabajo, a una ecología diferente (el desierto, el monte y las orillas solitarias del lago) que favoreciese y protegiese los grandes encuentros con el Padre que necesitaban más tiempo.

El sentimiento de ser el Hijo muy amado del Padre, que se expresa en el bautismo, está en el origen de su ser servidor (Lc 3,21-22). No hay oposición entre ser Hijo y servidor. Lo opuesto a ser Hijo es ser asalariado, como dirá Jesús a los dirigentes judíos. El Hijo servidor nos revela al Padre que es nuestro servidor en la historia.

La cercanía de Jesús a los discípulos favorece el crecimiento de una amistad. Va creando una comunidad de discípulos, de varones y mujeres. «A vosotros ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 13,15-14). Jesús ama y es amado, es el Amor encarnado.

Jesús ama a las personas que encuentra en su camino, se compadece de sus dolores y se alegra con su dicha. Lloró la muerte de su amigo Lázaro y la futura destrucción de Jerusalén. Acepta el amor de la mujer del perfume, el ser servido por su amiga Marta o por la suegra de Pedro y la invitación a participar en los festejos de una boda en Caná. Expresa con toda naturalidad sus sentimientos de alegría. «Lleno de alegría, dijo: "Yo te alabo, Padre, porque revelaste estas cosas a los pequeños y se la escondiste a los grandes"» (Lc 10,21-24). Se indigna en la sinagoga de Cafarnaúm ante la dureza de los dirigentes judíos (Mc 3,5) y se admira cuando descubre la fe del centurión romano. La angustia en Gethsemaní ante la amenaza de la pasión lo dobla contra el suelo.

En su predicación afirma el amor del Padre, que se muestra en los pequeños seres de la creación (pájaros y flores); en los enfermos en los que trabaja (Jn 5,17); en los pecadores públicos, a los que ve como hijos de Abraham; en los pobres, los últimos, los pequeños, a los que siente como bienaventurados, en contra de un pensamiento dominante que los veía como castigados y olvidados de Dios. Desde el amor del Padre, su mirada so-

bre las personas es diferente de la que veía la costumbre de la sinagoga.

Jesús ratifica la enseñanza central del Antiguo Testamento: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10,27). El samaritano de la parábola hace la exégesis verdadera de lo que Jesús dice. Lo importante en cada persona es el corazón, de donde brota lo bueno y lo malo, lo que realmente salva o contamina la vida en todas sus manifestaciones (Mc 7,20-23). El amor concreto a los que nos persiguen (Mt 5,20) y a los últimos es lo que mide el valor de una vida humana, lo que refleja en este mundo el corazón de Dios (Mt 25,40). Juan define en una palabra al Dios que nos revela Jesús: Dios es Amor (1 Jn 4,8).

Liberar, centrar y llenar de pasión el corazón

El centro de los Ejercicios Espirituales es *liberar el corazón*, quitar las afecciones desordenadas para poder ordenar la persona y la vida en el amor a Dios y en la entrega apasionada a la novedad que él nos va a revelar y proponer. Todos los Ejercicios van ordenados a este fin [EE 1].

En la afectividad se experimenta la acción de Dios directamente (consolación sin causa precedente), la del buen espíritu (consolación con causa) y la del mal espíritu. El saber muchas cosas con el entendimiento no garantiza ningún cambio profundo ni «satisface al ánima», sino «el sentir y gustar de las cosas internamente» [EE 2]. Por eso, allí donde encuentre lo que quiero en la oración, «ahí me reposaré sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga» [EE 76]. Lo que «dispone» realmente a una persona para encontrar a Dios y avanzar por

el camino que Él le muestra, no son las recomendaciones del que da los Ejercicios, sino la cercanía de Dios «abrazándola en su amor» [EE 15]. Es el abrazo de Dios lo que nos transforma el corazón y nos hace disponibles para acoger la novedad que nos ofrece.

Dios da consolación (alegría, paz, gozo...) al que va «intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios nuestro señor de bien en mejor subiéndolo» [EE 315]. Esta es una afirmación primordial y decisiva ante cualquier visión atormentada de la vida espiritual. Pero a veces Dios nos retira pedagógicamente el sabor de la consolación para que reconozcamos que «todo es don y gracia» de su bondad [EE 322] y para que nos hagamos fuertes para resistir los combates del mal en la historia. Porque no sólo se trata de servir bien y creativamente, sino también de resistir, de crecer en capacidad de recibir golpes, de permanecer sumergidos en las situaciones hostiles, sin gratificación ninguna, que vamos a encontrar en el servicio al reino de Dios.

Como experimentamos tantos sentimientos diferentes en nuestro corazón, en los exámenes de la oración y del día tenemos que recoger las nociones que se mueven dentro de nosotros, para darnos cuenta de ellas, discernirlas y descubrir las propuestas de Dios y las trampas del «enemigo».

A lo largo de los Ejercicios *se va formando el deseo*. No se trata de anular el deseo, sino de orientarlo según Dios, de amar intensamente. Como dirá Jesús: «¿Cuánto he deseado comer esta pascua con vosotros antes de mi pasión?» (Lc 22,15).

«Si el sujeto del deseo en los Ejercicios es esencialmente el ejercitante, el objeto del deseo, de un modo

directo o indirecto, es siempre Dios. Aunque en el lenguaje ignaciano no se expresa tanto directamente el deseo de Dios mismo cuanto el de desear apasionadamente cuanto Dios quiere, lo que se corresponde con el deseo de Dios: desear y conocer lo que sea más grato a la su divina bondad [EE 151], desear y elegir lo que más nos conduce al fin para el que somos criados [EE 23]. [...] El deseo expresa entonces una dinámica que no es tanto la de la negación de sí mismo cuanto la del amor que engrandece» (C. De MORA EZ, *La psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos*, cit., p. 142).

La transformación del deseo sigue un proceso ascético y místico muy bien elaborado.

- 1) *Despertar y situar el deseo*. Ya desde el comienzo, en el «Principio y fundamentos», el ejercitante se sitúa en el fin que busca, sin desviarse por vertientes laterales: «caliente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» [EE 23]. Sólo un objetivo centra el corazón, y en él se enfoca con pasión. El deseo de encontrar la propuesta nueva de Dios para su vida, el mayor servicio, lo pone en camino. «Sólo» es una de las palabras del amor que incorpora toda la vida: sólo, todo, siempre, nada, basta... La pretensión del amor es siempre totalizadora.
- 2) En el encuentro con el pecado propio y del mundo *se purifica el deseo* de toda ingenuidad y suficiencia. Por el dolor de experimentarse pecador y en la experiencia del amor misericordioso de Dios, que es más profundo que el pecado y la culpa, el ejercitante pone su consistencia en Dios, y

desde ahí ya se puede abrir al futuro y preguntarse: ¿Qué debo hacer por Cristo?

- 3) En la reposada contemplación de Jesús, *el deseo se va iluminando y apasionando con su persona y su manera de realizarse y de ayudar a la liberación de todo el pueblo*. La figura de Jesús entra por nuestros sentidos en la contemplación hasta la hondura de nuestra afectividad, donde se nos regala «gustar... la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima, de sus virtudes y de todo» [EE 124].
- 4) Como en nosotros hay un peso cultural muy grande que nos inclina a dejarnos seducir, Ignacio nos confronta con nuestra ambigüedad radical en las meditaciones ignacianas de la segunda semana, para tratar de *discernir y liberar nuestro deseo* de falsas motivaciones que lo pueden atrapar en proyectos y modos de proceder que pueden ser buenos, pero que *no son la propuesta nueva y original de Dios para el ejercitante*. Es necesario que el ejercitante no se deje engañar bajo apariencia de bien, según los criterios de éxito que la cultura aplaude, «de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva» [EE 155]. Más aún, para parecerse más a Jesús quiere y elige «desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo» [EE 107]. El deseo se va configurando con el estilo de Jesús, con la sabiduría de Dios, que parece en muchas ocasiones una locura contracultural.
- 5) Cuando el ejercitante hace la elección y la reforma de la vida según la propuesta de Dios, y se

siente confirmado en ella, entonces el deseo ya está *centrado y unificado en la novedad de Dios que ha entrado en su vida*.

- 6) No podemos ser ingenuos ni evadirnos de la historia. La cruz, de una manera o de otra, se presentará en el camino de la novedad de Dios. Por eso es necesario que *el deseo se fortalezca para «doler y padecer» por Cristo en la historia*, sin dejar que el corazón se escape hacia atrás, hacia el pasado protegido, o hacia el vacío de la evasión por la dureza que le sorprenderá en la vida cotidiana. Recorro la pasión, acompaño a Jesús en comunión y pido «lo que quiero»: «doler con Cristo doloroso y quebranto con Cristo quebrantado» [EE 203]. ¿Medimos el escándalo de semejante petición en nuestra cultura del bienestar? Buscamos la fortaleza del corazón para ser capaces de asumir los exigentes y duros compromisos con que vamos a encontrarnos en nuestro servicio al reino de Dios, y de una manera especial en la solidaridad con los más pobres.
- 7) En el encuentro con Jesús resucitado se *transfigura el deseo en la alegría que vence los sepulcros*, los sellas imperiales y las estrategias de la sinagoga. Jesús nos consuela como un amigo. En la soledad, en medio de la comunidad nacida de la Pascua, y en toda la realidad transfigurada donde me moveré, me encontraré al Señor que está presente, trabajando por mí humildemente. Me uniré al Dios que trabaja humildemente por nosotros. Esa será mi dicha.

A lo largo de los Ejercicios se va configurando un corazón al estilo de Jesús, a través de procesos de los que a veces nos podemos hacer conscientes, y en otras ocasiones no, pues los realiza la misteriosa acción del Espíritu allí adonde no llegan ni nuestro análisis ni nuestro discernimiento: en la dimensión inconsciente, donde se asientan y se nutren muchas de nuestras afecciones desordenadas y nuestras opciones más lúcidas y generosas. En algunos momentos Ignacio une el querer y el deseo: «quiero y deseo» [EE 48, 98]. Si sólo queremos con nuestra voluntad, pero no está implicado el deseo profundo del corazón, ese querer es muy frágil.

«El ideal ignaciano de creyente supone una afectividad integrada y ordenada en todo, un afecto inclinado, una implicación afectiva libre en la oración y en la contemplación creyente de las cosas. No es extraño, por lo mismo, que Ignacio prefiera ver a los jesuitas en formación llenos de fervor en las letras y en el estudio, más bien que remisos o tristes, aunque reconozca la posibilidad del fervor indiscreto» (L.M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «Afectos», en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero, Sal Terrae, Bilbao / Santander 2007, p. 101).

La ascética: una afectividad que se libera

La afectividad es el centro de la persona. «*Amor meus, pondus meum*» (San Agustín): lo que yo amo profundamente inclina mi vida en esa dirección. Blaise Pascal lo expresa bien: «Poterosas razones tiene el corazón que la razón descubre». En muchas ocasiones hablamos según los grandes principios, pero actuamos según los grandes sentimientos. Entre la palabra y la acción está el

corazón. Lo afectivo es lo efectivo, lo que encamina nuestras vidas.

El «deseo» tiene un gran poder estructurador de la persona. Toda ella se organiza en función de lo que deseamos ardientemente. Conozco a una bailarina de ballet clásico y moderno cuya pasión por expresar con su baile los sentimientos profundos la lleva a vivir una vida de asceta. Su deseo le norma las horas implacables de ejercicio diario, lo que debe comer, las horas de sueño, las relaciones.

En algunas ocasiones nos encontramos con personas que toman de repente decisiones inesperadas que sorprenden a todos. Un divorcio, un abandono de la vida sacerdotal o religiosa, un cambio de trabajo de toda la vida... Nada denotaba un deterioro progresivo que presagiase esa ruptura. Pero poderosas corrientes afectivas subterráneas iban engrasando su caudal día a día, hasta que en un momento inesperado rompieron las apariencias y saltaron a la superficie, para sorpresa de todos e incluso de la misma persona. Los consejos de los amigos y las técnicas de los expertos ya no pueden hacer nada. Por la hondura del corazón pasan constantemente sentimientos, pasiones, estados de ánimo que van configurando nuestro universo afectivo. En la cultura actual, nos llegan estímulos destinados a seducirnos que entran sin ruido en nuestro interior y nos van configurando el corazón.

El elemento básico que hay que tener en cuenta es la necesidad de *distenderse de manera regular para examinar el corazón*. ¿Qué se mueve en nuestra afectividad? No se trata sólo de constatar la tonalidad básica de nuestra vida, sino también de los episodios concretos que tienen nombre propio. Necesitamos darnos cuenta de lo que sentimos y llamarlo por su nombre. Del mismo mo-

do que cada día miramos nuestro rostro en el espejo, también necesitamos mirar nuestro corazón.

Cuando hablamos del corazón, la palabra «detenerse» es clave, por oposición a saltar constantemente de una sensación en otra. Los largos momentos que pasan juntos los enamorados, aparentemente perdiendo el tiempo, sin hacer nada, son en realidad necesarios para que la afectividad se vaya impregnando de la nueva presencia. El conocimiento puede ser rápido como un relámpago que ilumina en un instante, pero la afectividad es lenta y necesita que los sentimientos vayan filtrándose hasta las dimensiones más hondas para comprometer el corazón de verdad.

San Ignacio da dos principios hásicos que son de suma importancia en la relación con Dios cuando oramos. «No el mucho saber basta y satisface el ánima, mas el sentir y gustar de la cosas internamente» [EE 2]. El sentir y gustar es lo que nos cambia el corazón. Por eso es importante saber que debo «reposarme» [EE 76] donde hallare lo que quiero. El no buscar con codicia el «mucho saber», así como el reposo contemplativo gratuito, «sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga» [EE 76], se oponen radicalmente a la movilidad incesante del mundo líquido y a la voracidad de las relaciones en una sociedad donde todo puede ser objeto de consumo.

Nuestra afectividad necesita relaciones hondas. Por supuesto, la primera relación a la que hay que dar tiempo de calidad, no las sobras consueñas de nuestro día asaltado por un ritmo frenético, es al encuentro explícito con Dios en la oración, para que podamos vivir todo el día en el sabor de ese encuentro. Las amistades humanas profundas y duraderas le dan al corazón raíces para alimentar

su consistencia. El acompañante espiritual, la persona que nos conoce en nuestra historia, nos facilita objetivar nuestros sentimientos, reforzando los positivos y desemmascarando los destructivos que se esconden bajo el disfraz brillante de justificaciones y racionalizaciones.

Las relaciones del círculo más próximo a nosotros por vínculos comunitarios, familiares o laborales también se enriquecen cuando el amor une a las personas. «Amigos en el Señor» se llamaban los primeros jesuitas, muy diferentes unos de otros.

«De París llegaron aquí, mediado enero, nueve *colegos míos en el Señor*, todos maestros en artes y *usar* versados en teología, los cuatro de ellos españoles, dos franceses, dos de Saboya y uno de Portugal» (*Carta de Ignacio a Juan de Verdolay*, 24 de julio de 1537)

El amor sitúa las relaciones en una apertura donde el evangelio puede comunicarse. Ignacio despedía a los jesuitas enviados a Alemania con las siguientes recomendaciones:

«Lo que primera y principalmente ayudará es que, desconfiando de sí mismos, confíen con gran magnanimidad en Dios y tengan un *aviente deseo*, excitado y fomentado por la obediencia y la caridad, de conseguir el fin propuesto» [...] «Tengan y muestren a todos *afecto de sus etia variedad*» [...] «Con obras y verdad muestren el amor, y sean benéficos con muchas personas, ora sirviéndolas en lo espiritual, ora en lo temporal, como después se dirá» [...] «Haganse *amables por la humildad y caridad*, haciéndose cada uno todo para todos» [...] «No dejen ir a nadie triste en lo posible, si no es para bien de su alma» (*Carta de Ignacio a los Padres enviados a Alemania*, 24 de septiembre de 1549)

Francisco Javier hace una recomendación parecida a su discípulo Mansillas, pero añade un elemento importante: no basta con que el apóstol ame al pueblo, sino que es importante que *el pueblo lo ame a él*:

«Ruegas mucho que con esta gente, digo con los principales y después con todo el pueblo, os hayáis con mucho amor; porque si el pueblo os ama y está bien con vos, mucho servicio haréis a Dios» (*Francisco Javier a Mansillas*, 20 de marzo de 1544. Cf. X. LLÓY-DUFOUR, *San Francisco Javier, Mensajero* / Sal Terrae, Bilbao / Santander 1998, p. 169).

Una gracia especial para crecer en un corazón evangélico es la *amistad con personas descalificadas* que no están hechas para competir en la lucha de la sociedad de consumo para ocupar los primeros puestos. Ignacio lo formula así: «La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno». No es algo extraño al evangelio, pues ese fue también el camino de Jesús:

«Los evangelios amaron a los pobres, sobre todo en el Nuevo Testamento, comenzando por su santísima Madre y los apóstoles y siguiendo por todo lo que va de tiempo hasta nosotros, comúnmente fueron pobres» (*Carta de Ignacio de Loyola a los Padres y Hermanos de Padua*, 7 de agosto de 1547).

La ascética de la afectividad nos lleva a *revisar y situar constantemente nuestro universo afectivo*, para que nuestro corazón se vaya haciendo como el de Jesús. Él mismo nos dio este consejo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). La relación profunda con Dios y las relaciones humanas verdaderas, que nos dan alas y raíces al mismo tiempo, nos ayudan a

liberar nuestro corazón de ataduras malsanas y nos ofrecen la posibilidad de construir una afectividad como la de Jesús. «Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2,5).

La mística: la pasión por Dios y por su reino

Lo que verdaderamente transforma la existencia humana es el «abrazo de Dios en el amor» [EE 15]. Sólo en esta experiencia que Dios nos regala, el corazón humano está «dispuesto», preparado para acoger la novedad que nos ofrece a cada persona individual y a una comunidad entera cuando todos se sienten unidos por el mismo abrazo, que es algo más fuerte y aglutinador que las otras visiones de la realidad que podamos tener entre nosotros.

Todos estamos hechos para el *encuentro con un Tú inagotable*. Existe en cada persona una apertura última a la trascendencia, a Dios. La originalidad que somos sólo encuentra alimento específico en esta relación única en la que vamos avanzando siempre, adelantándonos cada día más en el corazón de Dios. En la medida en que nos unimos más con él, vamos siendo cada día más nosotros mismos, desarrollando nuestras posibilidades. La relación con Dios no nos anula, ni en ella nos perdemos, ni nos hace como un guante de su mano. Sino que nos propone ser servidores de su misión en la historia con toda nuestra originalidad, como lo fue Jesús.

Este es un punto clave. No nos encontramos con un Dios alejado de la historia, inmóvil en una eterna seriedad, ni accedemos a su presencia desligándonos de la realidad con toda su pesadumbre. Al encontrarnos con el Dios de la historia, inevitablemente nos encontramos con que Él se mueve a nuestro lado, se compromete con

nosotros, pero no desde el poder ni desde la distancia aséptica, sino desde el servicio humilde, asumiendo la historia humana desde las situaciones más duras y desgarradas juntamente con nosotros.

Al encontramos con Dios, no sólo nos adentramos cada día más en su intimidad, sino también en su acción en la historia. Avanzamos con él, nos unimos a su manera de servir, pobre y humilde, tal como se nos ha revelado en su Hijo Jesús. Nos vemos entrando en situaciones que pueden ser muy duras, donde el reino de Dios crea conflicto, contradice las estructuras e instituciones injustas y a las personas que las sostienen. Podemos ser marginados, descalificados, y sufrir la erosión cotidiana de una oposición casi invisible que nos puede desgastar y desintegrar.

En situaciones extremas, sentiremos que Dios ha desaparecido y que nos ha abandonado. Ese fue el grito de Jesús en la cruz que sigue resonando hoy por todos los calvarios del mundo. En el *Getsemani de los místicos*, caeremos de rodillas con una angustia que suda sangre y nos arroja contra el suelo. En la oscuridad de la noche sin testigos le diremos al Padre que, si es posible, pase de nosotros este cáliz. Pero ya no es posible. El Padre no puede retirar de la historia, de repente, los dinamismos armados contra los justos que ha desencadenado el anuncio del reino de Dios, al que ven como una amenaza para sus intereses.

La experiencia de Jesús resucitado, que abre los sepulcros de los justos y se aparece cuando estamos con las puertas y ventanas cerradas, paralizados por el miedo, nos devuelve la alegría y la paz, porque las situaciones de muerte han abierto las puertas y ventanas hacia la vida nueva. No es que llegue desde fuera otra realidad, si-

no que la que parecía sin salida se ha abierto por su mismo centro hacia el futuro. Personas sencillas del pueblo emergen con una alegría y una audacia que desconcierta los sistemas bien armados y los análisis y previsiones de los más audaces visionarios.

Los grandes místicos suelen abrir caminos nuevos en la Iglesia y en la sociedad, precisamente porque el Dios de la intimidad es también el Dios de la historia. Se sienten bien en la soledad con Él y se mueven libres y audaces por las calles cotidianas con una sencillez que desafía costumbres, leyes y estadísticas.

RECONCILIACION

La sangre del justo
y la del malvado,
pasan por tu mismo corazón.

La espada del que golpea
y la que recibe el latigazo
son parte de tu mismo cuerpo.

En tus lágrimas lloran
el dolor del bueno
y la confusión de su agresor.

Tu misma ternura abraza
el rostro de tu madre María
y la del soldado que te clava.

En tu corazón no hay excluidos,
en tu cuerpo todos cabemos,
en tus lágrimas todos lloramos,
en tu ternura todos existimos.

¡Déjame entrar contigo,
Señor, en tu misterio,
y vivir en el hogar de tu pasión
donde reconcillas lo imposible!

4. La decisión: ¿fluir en la vida líquida o acoger la novedad de Dios?

La decisión

La decisión se toma bien cuando nuestro pensamiento, nuestra afectividad y nuestro cuerpo dialogan entre sí al situarse ante la realidad, para hacer opciones consistentes que respeten lo que realmente somos y la realidad en la que vamos a actuar. En algunas culturas, ante una propuesta nueva, se preguntan: ¿cómo se te pone el cuerpo?, no sólo ¿qué piensas? o ¿cómo te sientes?

Con nuestra acción respondemos a la solicitud del mundo exterior que se acerca a nuestros sentidos, se clarificó en nuestro pensamiento, impactó nuestra afectividad y, después de recorrerlos por dentro, nos expresa en la realidad. Lo que en definitiva buscamos al decidir es, entre tantas novedades como brillan seductoramente delante de nosotros, ¿qué es lo nuevo que Dios nos está proponiendo hoy y cuál es su colaboración exacta? En el mundo líquido, donde todo se mueve en un torrente sin reposo, tomar auténticas decisiones es más necesario que nunca.

La no decisión, el inhibirse, es también una decisión. Entre hacer el bien y hacer el mal no existe un término medio (Mt 25,31-45; Mc 3,1-4). No hacer nada cuando se puede hacer algo, es también una decisión de muerte.

«La agitación permanente»

La agitación permanente para trabajar sin cesar, y así poder viajar a más sitios diferentes y adquirir los bienes de consumo que son sustituidos por otros más avanzados antes de que los anteriores se gasten, nos hace entrar en un ritmo destructor que en gran medida nos arrastra.

«El *movimiento* ha llegado a ser un insulto, como si el hecho de agitarse permanentemente fuese una cualidad. La idealización del *movimiento perpetuo* es un mecanismo de defensa contra la angustia del momento presente. Al no soportar el mundo tal como es, la persona se proyecta hacia el futuro según el principio de la alucinación del deseo. Al diferir siempre la satisfacción en el tiempo, no tiene necesidad de confrontarse con lo real» (C. HARLOWE, *L'Avant de la sensible*, cit., p. 3).

Muchas actividades que podrían parecer la expresión de una gran capacidad de decisión pueden ser en realidad la incapacidad de detenerse para implementar decisiones que respeten lo que somos y nuestras opciones más profundas.

«La tiranía de las posibilidades»

Constantemente estamos recibiendo propuestas que llegan a nuestros sentidos por la publicidad, o simplemente por el despliegue de la sociedad de consumo delante de nosotros, desplazándose por nuestras calles. Constantemente hay que decir sí o no. Es una cultura del acoso. Estamos sometidos a la «tiranía de las posibilidades» innumerables. Las veinticuatro horas del día, y en casi to-

dos los espacios, a través de los celulares, del teléfono, de internet, de los periódicos, del buzón de correos..., estamos recibiendo ofertas, compañías de seguros, medicinas alternativas que sólo se venden «on line», vacaciones con descuentos tentadores... Y estas ofertas suelen terminar con el persistente «¡llámame ahora!». Muchas personas compran objetos que nunca usarán sólo porque están baratos o son atractivos.

Las grandes marcas comerciales de prestigio internacional, que encontramos en los medios y en las calles, están representadas por símbolos que son trazos simples, de color y de diseño único, que parecen inocentes. Pero los símbolos hacen alusión a una calidad, y en su discreción la esconden. Al ver en el pecho de una persona el símbolo de una marca exclusiva, sin que nosotros lo advirtamos estamos recibiendo un mensaje que despierta en nosotros todo un significado de prestigio, de calidad, de pertenencia a un grupo privilegiado que viste ese tipo de ropa. La persona camina por la calle satisfecha por la autoestima prestada que esa marca le confiere, suscitando en quien la mira el deseo de comprarla.

«Decir sí sin decir no»

Otra de las características de esta cultura es la dificultad para renunciar a lo que es incompatible con lo que hemos decidido. *Se hacen opciones dejando todas las puertas abiertas: «renuncia» es una palabra sin sentido.* En opciones muy importantes de la vida se dice «sí», pero se deja la puerta abierta a otras opciones más adelante. No se escoge dejando morir las otras opciones. En muchos casos, las personas no pueden soportar decisio-

nes de largo plazo, de toda la vida, simplemente por la necesidad de moverse, de no estar siempre en lo mismo, porque la cultura les ha creado entrañas impacientes. Para muchos, las decisiones clave de la vida ya no son «hasta que la muerte nos separe», sino «hasta que el tiempo nos separe». Todo —las relaciones, los trabajos, los lugares y las pertenencias— parece tener fecha de caducidad y es desechable.

«El ya colonizado»

El «yo saturado» de información, de propuestas de consumo, de posibilidades diferentes de organizar la propia vida, de relaciones reales o virtuales, de ofertas de todos los estilos... se va convirtiendo en un «yo colonizado». Cuando se nos presenta una situación nueva, ya tenemos infinidad de respuestas posibles archivadas dentro de nosotros (cf. K.J. Gergen, *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo moderno*, Paidós, Barcelona 2006, pp. 79-121).

En la medida en que una persona va siendo más colonizada, se va convirtiendo ella misma en un muestrario de supermercado donde aparece todo tipo de respuestas que no tienen coherencia unas con otras, sino que simplemente están unas al lado de otras. Al pertenecer estas muestras a diferentes racionalidades, uno ya no sabe qué es lo razonable a la hora de decidir. Lo que es razonable en un ambiente ya no lo es en otro. «Nuestra esfera privada ha dejado de ser el escenario donde se desenvuelve el drama del sujeto reñido con sus objetos [...]; ya no existimos ni como dramaturgos ni como actores, sino como terminales de redes de ordenadores múltiples» (Jean Baudrillard).

¿Decidimos o somos llevados?

Las innumerales sensaciones que se van alojando en nuestras hambres naturales, o en las artificiales creadas con habilidad por la sociedad de consumo, en muchas ocasiones van imponiendo decisiones que son ya inevitables cuando nos venimos a dar cuenta. *Corrientes subterráneas* se han ido formando dentro de nosotros que, cuando salen a la superficie, ya no hay modo de detenerlas. En la cultura actual podemos perder el control para decidir sobre nuestra propia vida.

«Con la ausencia de referencias sociales estructurantes, una educación que ya no inculca el sentido de los límites y una inmensa oferta hedonista, muchos individuos dejan de tener control real sobre sí mismos. En este aspecto, el individualismo hipermoderno se identifica muchas veces con un individualismo caribíen, desestructurado, cacofónico. Por un lado, *crece la soberanía del individuo; por otro, el desposeimiento del individuo, que se vuelve incapaz de comprometerse a sí mismo* (C. LIMOVSKY, *O Futuro da autonomia: uma sociedade de indivíduos?*, Unisinos / PUC, Rio de Janeiro 2009, p. 64).

En algunos momentos podemos creer que estamos decidiendo bien, pero un conjunto de corrientes subterráneas que se mueven dentro de nosotros pueden ir desviando nuestra ruta hacia puertos que no habíamos escogido. Aquí están en juego no sólo las grandes opciones, sino la calidad de nuestra vida cotidiana, que puede ser devaluada sin que nos demos cuenta por los dinamismos desintegradores de la cultura que se han ido asentando dentro de nosotros.

«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»

En el evangelio nos encontramos con Jesús, que es la propuesta que Dios nos hace y, al mismo tiempo, la respuesta verdaderamente humana a la propuesta del Padre. Para poder ver la realidad y oír la propuesta de Jesús, los ciegos y los sordos son curados. Los paralíticos de pies y manos son liberados de sus ataduras y devueltos a la vida para que puedan realizar la respuesta. Otros muchos son desligados de ataduras que los amarraban al pasado y les impedían acoger la novedad de Jesús.

«*Cómo toma Jesús sus decisiones?* Por un lado, Jesús está inmerso en la realidad de su pueblo. Él ha crecido en este pueblo; él es pueblo: un carpintero de Nazaret. Al mismo tiempo, toma distancia de la gente, de su visión de la realidad, que no deja salida, y de sus expectativas desmesuradas, que no van a la raíz de los problemas. No son capaces de percibir la propuesta nueva del Padre, el reino de Dios que Jesús ve surgir por toda Palestina. En la soledad de la madrugada mira el día que comienza para decidir qué hacer, si tiene que quedarse en ese lugar o dirigirse a otro. En los momentos de encrucijada necesita retirarse a la soledad, porque tiene que tomar decisiones clave y difíciles: comienzo de su misión después del bautismo, elección de los apóstoles, viaje a Jerusalén, en el camino hacia la pascua en el Tabor, en Getsemaní antes de la pasión. Orará solo, pero también con sus discípulos (Tabor, última cena, Getsemaní...). Esta manera de actuar le permite ser al mismo tiempo profundamente del pueblo y del Padre, encarnar en la realidad del pueblo lo que éste necesita como una novedad inesperada.

Cuando Jesús realiza la propuesta del Padre, lo hace desde una unión con él sin fisura alguna. Pero Jesús no es el guante de la mano del Padre, sin consistencia propia. La unión de Jesús con el Padre es la del amor, que hace que Jesús llegue a su plenitud personal precisamente cuando se entrega hasta la muerte para crear la vida nueva que el Padre nos ofrece a todos.

¿Cómo hace Jesús su propuesta e invita a tomar una decisión? Hay una propuesta fundamental: el reino de Dios llega como liberación de toda la realidad y como reconciliación de todo lo que merma la vida de las personas y de los pueblos. Sólo el que vea esta realidad creciendo por todos los rincones de la sociedad podrá entusiasmarse con ella.

Hay un cambio de perspectiva en cuanto a los actores de este proyecto. Hay muchos justos presos de sus marañas de leyes, y muchos ricos acorralados en su riqueza y su poder social, que no son capaces de doblar la cabeza, llena de saberes religiosos, para entrar por la puerta pequeña, ni de desprenderse de bienes y seguridades pegados a los costados para atravesar el callejón estrecho que lleva al reino (Mt 5,13-14). Sin embargo, hay muchos descalificados de la sociedad y de la religión, pobres, pecadores, publicanos, viudas, niños... que se convierten en bienaventurados y son invitados a dejar de ser los mendigos de la historia para convertirse en sal y luz, en creadores pascales de la nueva sociedad, del reino de Dios (Mt 5,11-14). La decisión del seguimiento de Jesús sólo se puede realizar cuando uno se ha encontrado con él y ha quedado transformado en el encuentro.

Jesús exige decisiones radicales que pueden estremecer la vida entera de una persona. No las dulcifica ni las esconde. Nadie debe sentirse engañado por las apariencias

ni seducido por la lisonja. Nada ni nadie se puede interponer. El reino es lo más importante, incluso más que la propia vida. El que quiera ir con él, que cargue con su cruz para ser crucificado en ella y que lo siga (Mc 8,34-37).

A nadie se le da un programa concreto de actividades con un guión preciso. Tendrá que ir descubriendo de manera creadora la novedad del reino, sin dejarse deslizar hacia posiciones ya adquiridas y seguras, ni precipitarse hacia adelante arrastrado por su propio deseo impaciente y desligado del don de Dios y de la comunidad concreta, que tienen su ritmo y su momento. Hay que aprender a vivir en el surgir del ahora nuevo como don de Dios.

Sólo el que siga a Jesús con pasión podrá seguir hasta la pasión y la resurrección. Numerosos procesos pascales son necesarios a lo largo de la vida para ser realmente fieles a la vida de calidad evangélica. No es apto para el reino quien pone la mano en el arado y mira hacia atrás. Sin una experiencia fuerte de trascendencia no se pueden superar los marcos impuestos, las referencias en las que hay que moverse porque la cultura lo impone así, con su inagotable capacidad de seducción y su poder de descalificación social para quienes construyen su vida al margen de las modas imperantes.

La nueva propuesta de Dios para cada uno de nosotros

Los Ejercicios Espirituales arrancan de un presupuesto fundamental: necesitamos encontrarnos con Dios, que se nos ha revelado en su Hijo Jesús, para liberar nuestra corazón de aficciones desordenadas y así poder ver y oír la inédita propuesta de Dios para cada uno de nosotros a través de un proceso profundo de encuentro con él en lo más hondo de nuestra intimidad (cf. EE 1). No busca-

mos hacer cualquier cosa buena, sino «lo que es mayor servicio de Dios nuestro Señor», que es precisamente la propuesta concreta que Él nos hace. El proceso en el que entramos no es como la cultura del clic en la que vivimos, ni podremos disponer de él con la tarjeta en la mano. El don que acogemos es gratuito e impredecible.

La decisión de acoger la propuesta de Dios, lleva consigo una ruptura fundamental con una vida sin capacidad de compromiso.

«Los medios ofrecen un gozo inmediato. Los medios permiten ver sin interrupción, *con un compromiso paucísimo o nulo*, estar engañados sin contacto» (C. HAROUFI, *L'Avenir de l'visible*, cit., p. 235).

Para tomar distancia de este aire cultural que respiramos y que nos ha ido configurando, nos movemos a otra casa para aislarnos de las sensaciones que habitualmente llegan a nuestros sentidos en el trabajo y en las relaciones. Salimos del ritmo acelerado de los horarios competitivos para entrar en el tiempo del Espíritu. Nos alejamos de las relaciones donde dominamos y disponemos, o donde somos dominados y nos manejan, para entrar en una relación de libertad en la que pueda elaborarse una decisión nueva sobre nuestra propia realidad (cf. EE 20). Porque *la propuesta que Dios nos hace, no puede llegar desde fuera como una voz extraña en la montaña, sino como el parto de una gestación misteriosa del Espíritu en nuestra intimidad*. Y hay que rodear de silencio y de respeto esa gestación. En nuestra cultura, donde la interioridad está disminuida, acosada e invadida, nosotros entramos en ella para desalojarla de mercaderes y de amos, para situar allí el encuentro decisivo con Dios.

Nadie puede tomar por nosotros la decisión que buscamos, pues es dentro de nosotros donde se va haciendo, primero como propuesta intransferible y después como respuesta nuestra. Así como en la sociedad somos constantemente invitados a dejarnos llevar, de manera consciente o inconsciente, por las ofertas seductoras, en el encuentro con Dios sucede todo lo contrario: tenemos que vaciarnos de todas las seducciones que se mueven dentro de nosotros, y el que da los Ejercicios tiene que tener un cuidado extremo para no influenciar las decisiones del que los hace, sino conducirlo hacia Dios, al único encuentro que puede proponerle algo decisivo y transformarlo para que pueda vivirlo.

Dios nos prepara para la propuesta y para la respuesta. A través de las meditaciones y contemplaciones se van transformando nuestro cuerpo, nuestros pensamientos y nuestra afectividad a niveles muy profundos, hasta el oscuro inconsciente donde están escondidos nuestros desórdenes afectivos desconocidos y desde donde pueden salir disfrazados de ángeles de luz para robarnos las mejores decisiones. Constantemente pedimos «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104]. Los exámenes de la oración y del día, las reglas para discernir los espíritus y el diálogo con el acompañante nos ayudan a darnos cuenta de lo que sucede dentro de nosotros y a transitar el camino hacia la decisión sin dejarnos engañar por las sugerencias de nuestro desorden afectivo, que está agazapado en nuestro interior tratando de resistir cualquier desalojo. Al sentirse amenazado por la luz que está llegando desde la contemplación de Jesús, se disfraza también el cobarde «ángel de luz» [EE 332] para no ser removido del corazón y así poder viajar sin ser

notado, enturbandolo y erosionando la novedad que Dios nos propone, nuestra manera de percibirlo y nuestra propia decisión (cf. EE 333). El ejercitante desea que lo «nuevas» «sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor» [EE 169, 155].

Llega un momento en el que la propuesta de Dios nace y se puede ver con claridad. Puede cambiar nuestra vida de manera radical o darle un sentido nuevo al estado en el que ya vivimos. La propuesta de Jesús debe quedar muy clara y confirmada antes de asumirla, tanto el «sí» que se acoge como el «no» que se rechaza como algo incompatible. No se le proponen al ejercitante placeres fáciles ni éxitos asegurados ni aprobaciones públicas, sino un sentido que le hará atravesar con «humildad amorosa» (DE 178, 182; cf. EE 165-167) la alegría de creer y la pasión inevitable que le marcará la carne y el espíritu. Llega un momento en el que ya puede expresar de manera concreta: «Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada...» [EE 98].

Las decisiones importantes se hacen en la apertura a Dios, que se acerca a nosotros y nos propone algo. Sólo podremos vivirlas en la cotidianidad desde una relación continua con Él, donde nos llegará cada día la fortaleza y el sabor de su propio compromiso con nosotros. Dejar a Dios cuando salimos de los Ejercicios es renunciar a tenerlo a Él como dimensión insustituible de nuestras propias decisiones. No podemos olvidar que *toda decisión verdadera es una alianza con Dios. Debemos permitirle que Él cumpla su propio compromiso con nosotros.* El Señor nos invita: «El que quiera venir conmigo...». Sólo nos envía adonde él va y donde ya está. Sin él, sólo podemos extinguirnos poco a poco.

Hay que regresar a los *espacios habituales de la vida*, donde se verifica la veracidad del proceso vivido que culminó en una decisión personal. Transitaremos los mismos espacios de antes, pero todo será distinto. Una nueva sensibilidad ha nacido en el ejercitante y percibirá a Dios y su trabajo humilde en toda situación y persona, bajo la cáscara de lo real, allí mismo donde nos habría invitado a trabajar con él, y más allá de los reclamos que nos urgen con astucia a dejarnos llevar por las ofertas de una jacha inmediata y superficial al alcance de los sentidos.

La ascesis: buscar y asumir la nueva propuesta de Dios

Si deseamos encontrar las propuestas de Dios para nosotros, sobre todo las que comprometen de manera radical nuestra vida, entonces necesitamos entrar en nuestra hondura, allí donde el Espíritu dialoga con nosotros, nos transforma y nos propone. Necesitamos salir de los circuitos en los que se esconde la seducción sutil o se impone con fuerza amenazadora la consigna de los que dominan.

San Ignacio, ya en Roma como General de la Compañía de Jesús, entró en un proceso intenso de discernimiento, dedicando varias horas diarias a la oración para ver la propuesta de Dios sobre el tipo de pobreza de las jesuitas. Y allí se preguntaba:

«Dónde me queréis, Señor, llevar y esto multiplicando muchas veces —me parecía que era guiado—, y me crecía mucha devoción, tirando a llorar. Después a la oración para vestirme con muchas mucrones y lágrimas ofreciendo me guíase y me llevase, etc., en estos pasos, estando sobre mí, dónde me llevara. [...] Siguiéndolos, mi Señor, yo no me pude perder» (*Diario espiritual*, 113).

Encontrar la propuesta de Dios puede llevar un tiempo largo en algunas ocasiones, precisamente porque tiene que abrirse camino en nuestra intimidad en medio de muchas otras propuestas que están agazapadas dentro de nosotros, esperando la ocasión para adueñarse de una parte importante de nuestra vida. El que se pregunta tiene que ser «guiado», «llezado» por el Espíritu, hacia donde no sabe y por donde no sabe, mientras siente irremediablemente el vértigo de perderse.

En cualquier proceso de discernimiento necesitamos tener el *deseo de tratar nuestra persona en nuestras manos y decir*: «Yo quiero y deseo», sin abandonarnos flotando en el devenir de la vida líquida que nos va a conducir a los estanques mercantiles de intereses ajenos. Somos conscientes de que muchas fuerzas tiran de nosotros y nos someten a «la tiranía de las posibilidades» que nos acosan desde fuera y que, cuando han interiorizado en nosotros sus íconos, también pretenden adueñarse de nuestras decisiones desde dentro, después de haberse infiltrado en nuestros sueños y deseos más puros.

Dios se manifiesta en nuestro deseo. Ahí sentimos lo Él que nos propone y cómo nos va transformando para poder percibirlo y acogerlo. Dios no impone. Dios no atropella nuestros sentimientos. Dios expone su oferta de vida nueva dentro de nosotros y se expone en la realidad juntamente con nosotros. Necesitamos esperar el tiempo necesario para que la propuesta de Dios madure en nuestro corazón y se nos haga transparente.

Ante la luz de las fuerzas oscuras que se mueven dentro de nosotros, tenemos que *discernir tanto solos como acompañados*. Nadie puede decir por nosotros lo que sentimos, y al mismo tiempo necesitamos compartir

con algún acompañante nuestro proceso para que nos ayude a ver si lo que vamos viviendo es sano o está perturbado por los dinamismos afectivos desordenados y desacomodados que se mueven dentro de nosotros, pero que para hacerse aceptables se distrajan con pensamientos luminosos. Justificaciones y racionalizaciones de todo tipo pueden esconder procesos que nos atrapan en círculos de muerte, mientras pensamos que esgemos el mayor servicio. Lo que otros ven en nosotros con claridad meridiana, puede ser invisible e inofensivo inaceptable para nosotros si alguien se atreve a insinuarlo. Sólo un espejo, aunque no sea de grandísima calidad, puede permitirnos ver la arruga de nuestro rostro que todos ven, menos nosotros mismos.

En una buena decisión *escuchamos toda nuestra persona*, nuestra afectividad, donde sentimos la propuesta de Dios, nuestro pensamiento para ver la lucidez evangélica de lo que sentimos, y nuestro cuerpo, donde resuena el proceso interior con la novedad que surge dentro de nosotros. La paz y la alegría de una decisión, aunque sea la elección de algo doloroso y amenazador, suelen ser la respuesta de Dios a la aceptación de su propuesta. Esto se puede resumir en la despedida con que San Ignacio concluía sus cartas en muchas ocasiones:

«Plega a la eterna sapiencia darnos a todos sentir siempre su santa voluntad y en ella hallar paz y contentamiento y enteramente cumplidos» (*Carta de Ignacio a Jerónima Olaja y Teresa Rejadell*, 5 de abril de 1549).

El *discernimiento comunitario* es muy importante en nuestra cultura individualista. Pero no es fácil. De la misma manera que todos llevamos dentro afecciones

desordenadas personales, también existen afecciones desordenadas comunitarias. El discernimiento comunitario es muy exigente, y la comunidad necesita también salir del «propio amor, querer e interés» [EE 189] comunitario. Hay discernimientos comunitarios que bautizan decisiones de un egoísmo de grupo que no se ha dejado cuestionar a fondo por Jesús de Nazaret y por la realidad que tenemos a nuestro lado.

Somos conscientes de que la sociedad actual trata de crear en nosotros *adicciones y compulsiones*. Si no tenemos al instante el producto al que somos adictos, empezamos a sentir el síndrome de abstinencia. Con lenguaje casi religioso hablan los técnicos del mercado de «fidelizar» a un cliente, de hacerlo fiel a una marca de tal manera que sólo esperen lo nuevo que esa marca ponga en el mercado en cada estación del calendario, para comprarlo de manera compulsiva. También hablan de «blindar» los servicios de un profesional de tal manera que quede atado a la empresa por un número determinado de años. Nosotros podemos vivir hoy la «profecía de la fidelidad», en los compromisos de toda la vida y toda la persona, al Señor y a su pueblo.

También existen *adicciones positivas*. Podemos crear la necesidad de hacer ejercicio con un ritmo conveniente, de detenernos y entrar en espacios de silencio para retomar nuestra vida, de orar con regularidad al levantarnos cada mañana, o de reconciliar el día antes de acostarnos cada noche. «Nos falta algo» y sentimos un desasosiego íntimo cuando dejamos alguna de estas prácticas habituales. No se trata de una fijación legalista y superficial, sino de una necesidad de vida evangélica que ya se ha metido en nuestras entrañas. Prácticas que al comienzo podemos sentir forzadas y tediosas se con-

vierten, a medida que se van llenando de la experiencia positiva que buscan, en agradables y jugosas.

La mística: unirse a Dios en cada decisión

Cuando decidimos bien, acogiendo la novedad que Dios nos propone, nos sentimos *unificados y entregados entera y totalmente a Dios en un amor concreto*. Decidimos en el Amor sin medida de Dios y nos sentimos unidos a Él en el mismo querer que expresa toda nuestra persona. Pero no es una unión fusional donde me pierdo, donde me diluyo en Dios, sino una entrega en la que me encuentro más y yo mismo precisamente cuando me regalo, sin contabilidad ninguna, a Él y a su proyecto, cuando no me busco en la complacencia de mi propio interés. De aquí nace un servicio que no es de esclavo ni de asalariado, sino de hijos con el Hijo.

El mayor placer de Dios es también nuestro placer; nuestro gozo, tanto en el recorrido del proceso de la decisión como en su contenido. Es lo que expresa San Ignacio en su Diario espiritual al anotar lo que va sucediéndole dentro en su discernimiento sobre la pobreza de la nascente Compañía. San Ignacio había pensado que terminaría su discernimiento con una gran consolación que lo confirmase en la decisión. Pero pronto se da cuenta de su engaño. No puede imponerle a Dios sus propias expectativas. Lo que busca entonces es lo que dé más placer a Dios, lo que le agrade, en la manera de terminar el discernimiento.

«También considerando, pues en la cosa no había dificultad, cómo sería mayor placer a Dios nuestro Señor concluir sin más esperar ni buscar pruebas, o para ellas decir más misas, y para esto poniendo en

rado será después el cuerpo crucificado. La Pascua, en su experiencia de muerte y resurrección, de gozo y angustia junto a los olivos de Getsemani, nos atravesará más allá de lo que podamos planificar o comprender. Decidir *turnos al amor excesivo y humilde de Dios en proyectos concretos*, bien situados en la historia, puede ser un riesgo mortal. Este riesgo nos puede llevar a procesos pascales notorios y públicos, o a ir *diluyéndonos* en los pequeños detalles de una cotidianidad que se ha entregado al Amor sin estridencia alguna. *volúndotes a la humilde cotidianidad de Dios en la historia.*

SOLO EN TI

Sólo en ti
mi cuerpo es mío
y es universal,
es flexibilidad de junco
o tensión justa
de arco o de guitarra.

Sólo en ti
mi razón se despega
de mi saber de andamios,
y mi «no saber» brinca
con júbilo de niño
por la llanura de tu porvenir.

Sólo en ti
los huéspedes de mi memoria,
alojados en ella para siempre,
alegran su rostro endurecido
o disuelven con ternura
sus halagos de nostalgia.

Sólo en ti
mi fantasía descansa
como brasa en la ceniza,
o es incendio creador
con pinceles de llanta
en la tela de la noche.

Sólo en ti
mi corazón se unifica
mientras una muchedumbre
de nombres y de fechas
me recorren *por dentro*,
me agredeñ o me abrazan.

Sólo en ti
mis decisiones cotidianas
son siempre de vida,
cuando son agua pura en la roca,
o lodo que se arrastra
hasta el lago de tu casa.

¡Sólo en ti!

III

La integración en la realidad

En la transfiguración, Jesús no sólo aparece plenamente integrado en su persona cuando su cuerpo, pensamiento, afectividad y decisión son alcanzados y unificados en el encuentro con el Padre, que le confirma su subida a Jerusalén para anunciar la «vida verdadera», aunque le ocasione la muerte. También aparece plenamente integrado en la realidad donde se realiza el reino de Dios. El *cosmos* se concreta en el Tabor, un espacio ecológicamente apropiado para acercarse al Padre en una oración profunda, y en la nube que acerca al Padre y lo esconde al mismo tiempo. Jesús no está solo, pues va con *otros*, con tres discípulos, y dialoga su subida a Jerusalén con Elías y Moisés, los grandes profetas del Antiguo Testamento. Jesús no se queda cautivo en el gozo de la experiencia, como pretenden los discípulos, sino que haja al camino donde se realiza la *historia*. A pesar de que sus discípulos no lo entienden, Jesús se adentra cada vez más en la soledad de su misión, se reúne con su *comunidad* y los va formando en el camino. Tomaremos estos cuatro elementos claves en nuestra integración en la realidad: el cosmos, el otro, la historia y la comunidad.

Además de la ilustración del Cardener, la otra experiencia clave de Ignacio la vivió en la Storta, en su ca-

mino hacia Roma, en una pequeña capilla, muy cerca de la ciudad. Ignacio «sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que *Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto*» (*Autobiografía*, 96). A Jesús, que iba cargando la cruz, «el Padre Eterno cercano le decía: *Yo quiero que tomes a éste por servidor. Y así Jesús se lo tomaba diciendo: Yo quiero que tú nos sirvas. Y por eso, recibiendo gran devoción a ese santísimo nombre, quiso denominar la Congregación: la Compañía de Jesús*» (Pedro Canisio). «Ignacio me dijo que Dios Padre imprimió estas palabras en el corazón: *Ego vos vobis Romae proficitus*» (Diego Lainez, FN II, 113).

Esté es un momento clave en la fundación de la Compañía de Jesús. Ignacio entiende que en Roma «habían de tener muchas contradicciones» (*Autobiografía*, 97). Es una confirmación del propósito de Ignacio y sus compañeros de ir a Roma para ponerse a disposición del Papa como un grupo de «amigos en el Señor», para ser enviados en misión por el «universo mundo».

Durá Nadal: «Esta es una gracia especial concedida a la Compañía, no sólo una gracia personal de Ignacio. Por eso, hemos de notar que, si bien Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no vuelve a morir, *todavía sigue sufriendo y llevándolo su cruz en sus miembros*» (*Mem. Nad.*, V, 52).

Si somos asociados a Jesús que carga con la cruz, también somos asociados a todos cuantos hoy cargan igualmente con la cruz. Los «compañeros de Jesús» tenemos la vocación de servir, de ayudar a cargar la cruz a nuestros hermanos, de una manera especial a los más pobres y excluidos. El compromiso por el reino de Dios busca transformar la sociedad para quitar de los hombros

de los pobres todas las cruces impuestas por la injusticia de las estructuras sociales y de las instituciones y personas que mantienen operativas esas estructuras de saqueo, de exclusión y de muerte.

1. El cosmos: ¿cartera para el saqueo o un hogar sin exclusiones?

Nuevo acercamiento al cosmos: de máquina a misterio

Hoy la ciencia ya no aparece para muchos como contraria a la fe, sino como *aliada* del asombro que nos conduce a una visión del cosmos como un misterio que ni conocemos ni controlamos en toda su complejidad maravillosa.

«Las instrucciones contenidas en nuestros genes, entrelazados en una sola espiral de ADN en cada una de nuestras células, llenarían unos mil libros de sescientas páginas cada uno. Y tenemos miles de millones de células en el cuerpo. Nuestros cerebros son más complejos que cualquiera de los productos de la tecnología humana. Hay cien mil millones de centros nerviosos en el cerebro, y cada uno de ellos mantiene hasta 150.000 conexiones» (A. Nor AS, *Jesús hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, San Teres, Santander 2007, p. 167).

«El noventa por ciento de cualquier átomo es espacio vacío. En ese espacio no hay nada, ni siquiera un hipotético éter. Pero los electrones y todas las demás "partículas" que parecen girar dentro del átomo surgen de esa nada y vuelven a desaparecer en ella. En palabras del cosmólogo matemático Brian Swinnar,

"las partículas elementales emergen del vacío mismo... este es el sencillo e impresionante descubrimiento... en la base del universo hierve la creatividad". Más adelante se expresa casi como un místico: "Empiezo la expresión vaburno que lo nutre todos como una manera de señalar este misterio que está en la base del ser... *El universo no es lo que era antes. No es una máquina, es un misterio*" (ibid., p. 71).

Los recientes descubrimientos en el universo, que sigue hoy creciendo de manera imprevista para nosotros, y en el mundo subatómico, donde surge la vida, nos dejan sorprendidos. *El cosmos no es simplemente una maquinaria de movimientos fijos, sino que hierve en plena creatividad. Si no se puede decir que esté vivo, al menos tiene mecanismos de autorregulación que sobrepasan nuestra comprensión.*

Los *prodigios de la tecnología actual* creada por nosotros no son contrarios a la fe, sino que nos llevan también al asombro religioso. Cuando vemos aterrizar suavemente una nave espacial sobre el punto fijado de la superficie de Marte después de haber recorrido 275 millones de kilómetros, nuestro espíritu se abre al asombro de las sorprendentes posibilidades que están escondidas en la creación, que han sido confiadas a la humanidad y que esperan que el ingenio humano las vaya descubriendo poco a poco, en el momento preciso y en la justa medida que nosotros somos capaces de manejar.

Más responsables de la tierra

A pesar de que la última cumbre mundial sobre el clima, celebrada en Copenhague, fue un fracaso, porque no se produjo ningún acuerdo significativo y vinculante entre

los líderes de los pueblos, también hemos constatado una presencia de más dirigentes de diferentes naciones que en ninguna cumbre anterior. Las protestas pacíficas de los activistas fueron mayores y todos los acontecimientos tuvieron una amplia cobertura mediática. Los dirigentes de los países ricos que más contaminan han quedado en evidencia ante el mundo entero por su falta de voluntad política para afrontar el problema, que tendrá repercusiones más trágicas en los países más pobres, que son los que menos contaminan.

Un mundo más comunicado

Existe más comunicación a través de viajes, intercambios económicos, culturales, artísticos, etc. Un mundo más conectado posibilita la información, la solidaridad permanente y la urgente ante casos de emergencia, como terremotos y huracanes.

La mayor información de lo que sucede en cualquier parte del mundo crea en muchas personas el sentimiento creciente de que vivimos todos juntos la misma aventura. Lo que sucede en un país repercute en el otro.

Las heridas que nos desafían

Las *alimbradas*. Son cicatrices de la tierra en muchos casos. Un símbolo de injusticia, porque protegen los intereses de personas privilegiadas y, al mismo tiempo, excluyen a los pobres. Determinan un dentro y un fuera. El neoliberalismo ha hecho crecer los abismos que separan a los pueblos y a los grupos sociales.

Mientras en el tercer mundo se puede visibilizar con claridad la pobreza y la exclusión social en espacios bien conocidos (en las zonas marginales de las grandes ciuda-

des y en el campo abandonado), en el primer mundo, en cambio, la exclusión está escondida, no es tan visible ni localizable en espacios concretos y bien definidos, y los mecanismos de exclusión son complejos y muy elaborados. En los excluidos no existe conciencia de «clase», y más bien parecen naufragos aislados en el mar de la carencia.

Las *fronteras* son expresión de la marginación de los pueblos pobres, succionados por el nivel de vida de los pueblos ricos, que da lugar a los flujos migratorios, al tráfico de personas y de drogas, a la venta del trabajo de los ilegales, a la «exportación del afecto maternal» hacia los países ricos para cuidar a niños y ancianos, a la industria del sexo... Con muros de hierro y de cemento, con barreras informáticas y cámaras de vigilancia, los países ricos, sin embargo, controlan sus fronteras.

Vivimos en un *cosmos agotado* por el consumo frenético y la fruición instantánea, en el que no tenemos en cuenta el agotamiento de los recursos no renovables para las generaciones futuras, ni la contaminación del medio ambiente, ni la desaparición de las especies, ni el calentamiento global, ni la amenaza que supone el cambio climático para pueblos enteros y, a más largo plazo, para todos.

¿Y qué ocurre con los *laboratorios*? ¿Acaso investigan para desarrollar las posibilidades de vida para todos o para el consumo superficial y voraz que reporta ganancias inmediatas?

La tierra prometida

El cosmos es una palabra de Dios. Lo ha puesto en nuestras manos para que lo «domine» (Gn 2,26), como traducimos en la Biblia en Occidente, o para que lo «cuide» y «habitemos», como dicen en la de Oriente.

Jesús nace en los espacios pobres del mundo. Actuando contra el impulso de la cultura, que con embudos o contratos nos empuja a mirar hacia el centro y hacia arriba si queremos ser significativos, tenemos que dirigimos hacia los espacios descalificados, y ahí mirar con calma si queremos encontrarnos con el Dios de Jesús que se nos revela en la geografía marginal y en el vocabulario de los pobres: cueva, pastores, camino, rechazo social, sujeción al imperio, huida clandestina para salvarse... A lo largo de su vida, Jesús se moverá por los terrenos donde están los últimos, a los que busca: leproso expulsado a las afueras de las ciudades; ciegos al borde del camino; enfermos en los pórticos de la piscina donde estaban confinados... En esos espacios él se hace accesible a los que la sociedad rechaza. No se queda en ningún Jordán ni en ningún templo, esperando que lleguen a él los que necesitan algo. Él acude adonde están los que no pueden ir a ninguna parte. Al final, morirá también en la geografía destinada a los ciudadanos peligrosos a los que había que eliminar para tranquilidad de los instalados. Las fronteras, las periferias del mundo, nos siguen ofreciendo un espacio privilegiado para conocer al Dios de Jesús.

Para Jesús el cosmos es una expresión de la ternura del Padre, de lo importante que somos para él. Nosotros valemos mucho más que los pájaros del cielo que él alimenta y que las flores de los campos que él viste de bellos colores para alegrarnos los días. Nadie tiene derecho a apropiarse de los bienes de la tierra ignorando al pobre Lázaro que se sienta a la puerta. El rico no se da cuenta de que Dios le ha asignado a Lázaro una cuota para vivir dignamente y que él se la está engullendo de fiesta en fiesta (Lc 16,19).

La conversión al reino que Jesús ve despuntar por toda Palestina exige una nueva relación con los bienes de la tierra. El reino que Jesús anuncia y su justicia es lo que hay que buscar, y todo lo demás se nos dará por añadidura (Mt 6,33). La relación codiciosa con el dinero hace que éste se convierta en amo, y nosotros en sus esclavos (Mt 6,24).

En varias ocasiones, en una zona desértica, fuera de los espacios que los dirigentes controlaban, congregó a una multitud de personas que, después escuchar sus enseñanzas, fueron capaces de compartir lo que tenían hasta saciarse. Es un hecho simbólico que nos indica hacia dónde debemos continuar y qué es lo que hace posible el milagro de compartir, que es mucho mayor que el prodigio de producir.

El criterio de juicio sobre el valor de la vida humana es la manera en que nos hemos relacionado con los despojados, los que no tienen ni tierras ni nacionalidad, los confinados entre rejas que no pueden moverse por los espacios libres y bellos de la creación, los heridos de la vida pegados a sus camas de enfermos (Mt 25,31-46).

A sus seguidores nos congrega cada día el mismo milagro de la Eucaristía. Pero ahí celebramos que Dios no sólo nos da de manera distante lo que necesitamos para vivir, sino que él mismo es el pan que comemos, que nos transforma para ser capaces de producir los bienes de la tierra y compartirlos entre todos.

Ante el «universo mundo»

El cosmos aparece como obra del creador en el «Principio y fundamento» [EE 23]. «El hombre es creado», en presente, y el creador mantiene una relación de vida con

todo lo creado. Cada uno de nosotros existimos en el punto y la hora exactos donde confluyen los siglos de evolución y la gravitación de los astros que se mueven en sus órbitas precisas. El cosmos se está haciendo, y nosotros somos ahora creadores con el Creador.

En la meditación de los pecados, la creación está a nuestro servicio a pesar de los pecados. La vemos como una parábola de la misericordia de Dios, pues la tierra no se ha abierto para sorbernos en los abismos (cf. EE 60).

Nos situamos delante del «universo mundo» [EE 95], dispuestos a ser enviados a cualquier parte, superando fronteras de cualquier tipo, urgidos desde dentro por el impulso del reino que alienta en nosotros y le da sentido a nuestra misión.

Con mirada universal, contemplamos la tierra entera desde la mirada de la Trinidad [EE 102] para ver cómo, en un pequeño punto del tiempo y del espacio, se encarna el Hijo para ser la salvación de todos los pueblos y generaciones. En el Jesús arrastrado hacia las afueras de los ejecutados contemplamos a todos los crucificados por su pobreza o por su profecía. Al final, el sepulcro, símbolo del triunfo del mal estructural del pueblo judío que encierra al ajusticiado, se abre, se rompen los sellos imperiales, y los guardianes del imperio no pueden hacer nada para detener esa novedad de Dios surgiendo libre desde el fondo de la piedra que lo apresa inútilmente en las afueras de la ciudad.

El cosmos se convierte en una palabra de amor constante, en el que Dios trabaja conmigo, por mí y por toda persona, y en el que yo también realizo mi amor a Dios. Cada paso que doy sobre la tierra está sustentado por la mano de Dios. Las cosas creadas se convierten en mensajeros, en sacramentos. La creación se puede convertir

en un símbolo del don de Dios mismo, pues nosotros no estamos hechos para conformarnos con cosas, que van reduciéndonos a nosotros mismos a cosas, sino para el encuentro con el Tú inagotable que nos permite ser personas al crecer sin fin en Él [cf. 1: E 230-237].

La ascética: un cosmos habitable

El cosmos es la primera palabra del Dios de la vida. Todos buscamos una *relación sana con el cosmos, como expresión de una relación sana con Dios y con los demás*. Es el escenario donde desarrollamos nuestra existencia. El cosmos está vivo y mantiene una interacción constante con nosotros. Si lo cuidamos, nos responde con generosidad; si lo agredimos, vomitamos sus ofertas de vida. Nos ofrece lo suficiente para la alimentación y el descanso de todos. Es un cofre de posibilidades inimaginables que la ciencia va abriendo cada vez que realiza un nuevo descubrimiento, tanto en lo inconmensurable del universo como en los mínimos elementos. Bulle constantemente en la prodigiosa diversidad de la vida para ofrecernos a todos las mejores posibilidades.

La tierra concreta nos ofrece *el humus fértil donde echar nuestras raíces* humanas y cósmicas. Nos marcará para siempre. Podemos decir: «yo soy de aquí». Influirá en nuestra personalidad. No es lo mismo crecer en medio de montañas solitarias que en el centro de una ciudad bulliciosa, en las estepas heladas o en las playas del trópico. En esa experiencia cósmica nosotros encontraremos a Dios de una manera muy concreta, como una tierra que alimenta nuestra existencia original.

Dentro del cosmos hay elementos que no hemos llegado a controlar y que son *un reto constante a nuestra*

creatividad. Los invisibles virus y bacterias que nos enferman o los grandes terremotos y huracanes que nos estremecen son un desafío. Sabemos que los barrios pobres están contruidos en los lugares donde las lluvias amasan con todo periódicamente, pero no *hacemos lo suficiente* para que esos ranchitos se puedan construir en espacios seguros. No es lo mismo un terremoto en Japón, donde los edificios se construyen para resistir seísmos, que en un país pobre con casas de adobe.

Tenemos que realizar dos aprendizajes importantes: *encontrar de vez en cuando espacios de la naturaleza no contaminados* por las imágenes y los ruidos de la cultura del consumo, y al mismo tiempo, *aprender a relacionarnos con Dios en medio de los estímulos* que los ambientes ordinarios encaminan con astucia electrónica hacia nuestros sentidos. Todos, y no sólo las élites privilegiadas de la economía o del espíritu, necesitamos espacios de belleza, de tranquilidad y de contemplación.

Cuando los estímulos externos disminuyen su intensidad, entonces *empezamos a escuchar mejor los estímulos de nuestra interioridad*. No sólo tenemos una sensibilidad más fina para percibirnos a nosotros mismos, sino también *la voz de la realidad* que ha entrado dentro de nosotros, y las ofertas discretas del Espíritu que se asoman a la puerta de nuestra apertura al Absoluto.

El desafío de la cotidianidad puede ser muy retador cuando nuestra vida se desenvuelve en medio de ruidos que contaminan y publicidades agresivas. Pero la mirada contemplativa puede descubrir ahí mismo la acción de Dios. *Crear esa mirada alta* nos permitirá descubrir a Dios surgiendo entre realidades inhóspitas.

No podemos perder la sensibilidad ante un cosmos convertido en *una presa codiciada por todos* cuando lo

explotan de manera injusta, oprimiendo a otras personas con salarios de miseria y trato indigno. Tampoco podemos desentendernos del *desafío ecológico*, porque nosotros no nos sentimos directamente afectados en estos momentos. Hoy día, lo que se deteriora en cualquier país nos afecta a todos. Cualquier tierra es nuestra tierra.

Tenemos aquí la tarea de *crear una ecología santa*, lejos del despilfarro que engulle los bienes de las personas que yacen famélicas a las puertas del mundo rico. No sólo contemplamos la belleza que nos lleva a Dios, sino también la injusticia y la depredación, que nos llevan a crear una alianza con Dios para liberar y cuidar la creación.

La mística: un cosmos habitado

La belleza y sabiduría de mares y desiertos, del cielo y de los bosques, de la tierra y de los espacios siderales, despertan *la admiración y la unión con el Creador*. En los primeros pasos de su conversión, el cielo era para Ignacio de Loyola una fuente de consolación que lo fortalecía.

«Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor» (Autobiografía, 11).

En algunos episodios de la vida de los grandes místicos, *los espacios pobres ofrecen un espacio propicio para una vida de oración intensa*, como le sucedió a Ignacio en la cueva de Mantosa, excavada en la roca en las afueras de la ciudad, y en la pequeña capilla de la Storta, el final del camino recorrido a pie hacia Roma. Esa fue la experiencia de Ignacio y sus compañeros en Vicenza.

«Al peregrino tocó ir con Fabio y Lamez a Vicenza. Allí encontraron *una cierta casa fuera de la ciudad, que no tenía ni puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían llevado*. Dos de ellos iban siempre a pedir limosna en la ciudad dos veces al día, y era tan poco lo que traían que casi no podían sustentarse. Ordinariamente comían un poco de pan cocido, cuando lo tenían, y cuidaba de cocerlo el que quedaba en casa. De este modo pasaron cuarenta días no atendiendo más que a la oración» (Autobiografía, 94).

El paisaje se alía con el estado de ánimo del peregrino Ignacio, que iba sufriendo por el ayuno y los muchos kilómetros recorridos para visitar al espulso que le había robado su dinero en París y que ahora estaba enfermo

«Pasado aquel pueblo con este apuro espiritual, sufriendo a un altozano, le comenzó a dejar aquella cosa y le vino una gran consolación y esfuerzo espiritual, con tanta alegría, que empezó a *gritar por aquellos campos y hablar con Dios*, etc. Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a recogerse en un pajar, y al tercer día llegó a Ruin. En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber, y descalzo, como talia determinado» (Autobiografía, 79).

Todo creyente suele tener *espacios sacramentales* a los que está ligada alguna experiencia de Dios que le ha marcado la vida de manera significativa. Los que viven una relación intensa con Dios tienen también su Taber, su monte Horeb o su Getsemani. El Horeb y el Taber son espacios de experiencias gozosas; Getsemani lo es de experiencias de dolor, pero donde Jesús sintió la presencia

del Padre que le dio fuerzas para afrontar la pasión. Todos tenemos nuestro Nazaret, espacios en los que hemos descubierto a Dios en la sencillez de la cotidianidad y que pueden guardar para nosotros un sabor sacramental que dura toda la vida.

El trabajo de los campesinos para producir los alimentos, implica para muchos una unión profunda con el misterio de la tierra que le da un sabor especial a su tarea. *En la lucha por una distribución justa de la tierra, por conseguir espacios habitables para los marginados de una ciudad o para defender la selva de las madereras depredadoras, también se puede experimentar una comunión profunda con el Dios que mantiene viva la creación para todos.*

Los elementos del cosmos tienen un *destino de eternidad*. También ellos caminan al encuentro definitivo con Cristo. Quien percibe esta dimensión de la realidad hace una experiencia profunda de Dios, activo en todo el cosmos, y entra en comunión con Él. Impresiona de qué manera el cosmos puede hacerse transparente para algunas personas hasta ver a Dios que trabaja cuidando la creación entera. Las palabras de Pablo pueden reflejar la verdad de esta diáfanía: «En Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

El Apocalipsis expresa prácticamente esta integración del cosmos en la reconciliación definitiva: «Y escuché a todas las criaturas, cuanto hay en el cielo y en la tierra, bajo tierra y en el mar, que decían: "Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza y el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos"» (Ap 5,13).

COMUNIÓN CÓSMICA

I

Huésped tuyo
en este bosque
de tus años milenarios,
con qué rapidez acudes
a todos mis sentidos
grises y añados.

Ocre, rojo, blanco,
salpicados sobre el verde
de todos los matices,
me buscan alegres
y me inventan por dentro
con gozo y primavera.

Aromas sin etiqueta
me llegan con derruche
desde el hunkus y las hojas.
Me dejan en la garganta
un sabor de familia
reunida para la fiesta.

Rumores de libertad,
cantos alados de colores
inventan música
en mi cuerpo concertado

Campesinos sin paga
resucitan en los senderos
y me ofrecen su mano arruga
de podas y plantaciones.

¡Tú me recreas!
Me llevo dentro el bosque
como un abrazo inasible.

Hecho ya parte de mí,
en tu eternidad se adentra.

II

A fuego lento
el sol calienta un árbol
de corteza centicenta
sin flores y sin hojas.

En este tranco,
¿está incubando el sol
una primavera
de flores y de frutos,
o lo está secando
para que caiga a tierra
y sea el abono fértil
de otras floraciones?

Entre vida y vida,
¿dónde está la muerte?

III

Día y noche, amenazante,
llega el rumor de la ciudad
que nunca se detiene,
filtrado por hojas y distancias;
suena a crepitar de horno
que abre sus fauces de fuego
hacia los árboles que crecen,
amenaza como sierra
con su ejército dentado
de acero y de avaricia.

para cortar en segundos
caobas de cien años;

ruge con motor obsesivo
en la compulsión de su girar;
no mira dónde lo llevan,
ni sabe bien a dónde va.

El bosque fiel
trabaja la vida sin descanso,
pero la codicia ciega
lleva compulsión y fuego
en sus entrañas seducidas
con el ferriente de la muerte.

IV

Bajo las hojas secas
no hay minas ni violencia
para el piso confiado.
Aquí sólo explota la vida
en las semillas enterradas.

En la curva de los senderos
no hay redes al acecho,
sino intimidades sin explorar
que hesan la existencia.

En la punta de los cipreses
no hay huida hacia lo alto,
sino tierra que sube al cielo
en búsqueda de horizontes.

En las ramas de las palmas
no hay lanzas amenazantes,
sino brazos de bailarina
que nos invita a una danza.

V

Crecen los troncos
como la húsqueda de monjes
en sus claustros verticales.

Se abren en adoración
los capiteles de las palmas,
y las copas despliegan su liturgia
de bóvedas trémulas.

En este monasterio sin testigos
de cedros, caobas y laureles,
la creación entera
trabaja, canta, ora
y reparte vida eterna
por las venas del mundo.

VI

Sumergido en el bosque,
camino por la hondura fatima
de su oleaje verde
que se mece en las alturas.

Aquí te comunicas conmigo
por todos mis sentidos,
musica y color,
tu mano de brisa en mi piel,
aromas primigenios,
proximidad cósmica
y ternura compartida.

Este instante original
nunca antes había existido
ni lo habías pronunciado

Está siendo creado para mí,
en esta soledad humana
sólo yo puedo acogerlo
y alejarlo para siempre
en mi novedad sin fin.

No dejaré en el aire
tu mano extendida,
ni tu palabra susurrada,
ni tu beso, ni tu vino
Ya esmeras dentro de mí,
y tu presencia me recorre
por los últimos capilares
de mi misterio abierto
al soplo de tu caricia.

VII

Esta palabra tuya
es humilde y anterior
a minaretes y campanas,
a catedrales y pagodas,
a textos sagrados,
y numerosos rituales.

Presencia sustancial
sin apellidos ni banderas,
es creación surgiendo
aquí y ahora mismo
rompiendo aguas,
tierras, semillas,
cortezas y horizontes,
es lenguaje para todos
creando la mudez común
y reverente del esombro.

Todos aspiramos
el mismo aire perfumado
sobre nuestras cabezas
como incienso puro.

Todos asentimos
al dogma universal
de la vida que se regala
sin pedirle a nadie
su credo o pasaporte.

Todos comulgamos
el brillo del sol
en el haz de las hojas,
generosa multiplicación
de peces fugitivos en el aire
sobre olas vegetales.

Todos tomamos en la mano
este pan sin propietario
que nunca agota su belleza,
ni raciona su sabor,
ni degrada su aroma.

Todos los fieles a la vida
acuden a este templo
tuyo y nuestro
para la celebración
de tu ritual humilde
con vocales cotidianas.

VIII

Esta es la primera comunión
de tu sabiduría ofrecida
a todo paladar humano.

Después ofrecerás el pan
de tu locura expuesta
para todos los siglos
en el cerro seco del calvario.

Tanto se ahonda la vida
en tu muerte temprana,
que ya corre tu sangre
por los venenos secretos
donde se hunden las raíces
de la comunión humana.

¡Un temblor de resurrección
estremece los silencios
de las plantas y las rocas!

2. El otro: ¿conexiones útiles o relaciones fecundas?

Existimos en relación

El yo sólo puede reconocerse y afirmarse en la relación con un tú. «Cuando se dice "Tú", se dice al mismo tiempo "Yo", del par verbal Yo - Tú» (Martin Buber). Todos necesitamos leernos en otros ojos para ir descubriendo quiénes somos y desarrollar todas las posibilidades que llevamos dentro, para construir nuestra propia identidad. Somos relación, y nos hacemos o deshacemos en la relación. La ausencia de relación es también una manera de situarnos ante el otro.

Exponernos a las diferencias nos permite ser. El otro, el diferente de mí, es la posibilidad de algo nuevo que amplía mi corazón, mi casa, mi visión de la vida... y me ayuda a crecer. Cada persona es una pincelada que am-

plifica el cuadro del ser humano y un matiz del Dios creador que sólo se manifiesta en esa persona. Las innumerables diferencias que pueblan la tierra hoy están al alcance de nuestros sentidos. No sólo en las pantallas, sino también por las calles de las principales ciudades del mundo nos encontramos con gentes de diferentes razas, religiones y culturas.

Al mismo tiempo, la cultura individualista que nos envuelve nos dificulta desarrollar verdaderas relaciones con los otros. El proceso de individualización, en el que cada uno tiene que ir construyendo su personalidad, sin la configuración a la que nos inducían en otras épocas las instituciones básicas de la familia, la religión, la escuela y el Estado, nos obliga a un ejercicio de autenticidad que puede librarnos de adhesiones superficiales, pero que es difícil de alcanzar. La fragilidad del yo que emerge de este proceso segrega incertidumbre y sospecha en la relación con los demás.

Fuerzas muy poderosas del mercado y de la política intentan configurararnos a su imagen y semejanza, perturbando la relación con nosotros mismos y con los demás. La verdadera relación con los otros es una necesidad esencial, pero encuentra obstáculos en la cultura individualista, que tiende a situar el propio yo en el centro protegido de todo lo que pueda perturbar nuestro bienestar.

Más conectados, pero ¿mejor relacionados?

Hoy la tecnología nos ofrece el prodigio de conectarnos al instante y en cualquier geografía con los demás, a través de los teléfonos móviles e Internet. Pero eso no quiere decir que estemos mejor comunicados en una relación de calidad. Numerosas relaciones virtuales sólo son sen-

tinjientos etéreos que se evaporan con el clic sobre el teclado. Hay personas que viven con intensidad toda una red de relaciones virtuales, pero son incapaces de establecer relaciones verdaderas con las que están a su lado.

Sin embargo, los medios de *comunicación interpersonal* nos ofrecen también la posibilidad de mantener relaciones profundas que en otras épocas de la historia no podrían existir. La extensión de los contactos nos puede abrumar, pues no es posible mantener relaciones de cierta calidad con tantas personas como nos podemos encontrar en los distintos espacios donde se mueve nuestra vida: en el trabajo, en los viajes, en los centros de ocio... Nuevos contactos surgen constantemente, y antiguas amistades que se habían perdido aparecen ahora de repente por la pantalla de nuestro ordenador reviviendo el pasado. Es necesario dosificar la intensidad de la relación en cada caso. En medio de esa diversidad, se pueden mantener algunas relaciones de gran profundidad que nos ayudan a crecer como personas y a ensanchar nuestro corazón con nuevas visiones de la realidad.

Encuentro de «identidades inciertas»

¿Cómo influye en la relación con el «otro» el encuentro de «identidades inciertas», tan propias de nuestro tiempo, con una «confianza básica» en sí mismas tan débil? Siguiendo el pensamiento de Bauman, Helena Béjar nos resume algunas características de la identidad actual que flota en la «vida líquida» (H. BEJAR, *Identidades inciertas*; Z. Bauman, Herder, Barcelona 2007, pp. 127-135).

- a) Son personalidades *autorreferenciadas*. «Una vez que hemos asumido que las instituciones y los proyectos históricos que gobernaban nuestras vi-

das y orientaban nuestra existencia han naufragado, la autodirección y la autoafirmación son un deber» (p. 126). Esta autoafirmación «se erige autónoma, pero se transforma en compulsiva y obligatoria» (p. 2). La falta de referencia a lo trascendente, a valores compartidos de manera casi universal, parece libertad, pero supone un encerramiento en sí mismo que empobrece la existencia.

- b) Es una identidad *temporal*, «un yo con forma de tablilla donde se puede escribir, borrar y escribir de nuevo; una identidad temporal hecha de una serie de episodios, cada uno cerrado en sí mismo, como si fuera una colección de fotos» (p. 127). En esta situación, «olvidar, más que aprender», es lo importante para poder escribir de nuevo.
- c) En vez de mantener una identidad sólida, «la identidad es plural, abierta», pues hay que «tener las opciones siempre abiertas». «El mundo social contiene una pléora de oportunidades inexploradas y posibles, como estilos diversos y al alcance de todos» (p. 127).
- d) La *flexibilidad* es fundamental para saber hacer surf en las relaciones difíciles, que son como las olas que no podemos dominar. Flexibilidad es también versatilidad, «capacidad de cambio en un mundo prceloso». Es además moverse con ligereza, sin atarse a «objetos, viviendas, ocupaciones y personas» (p. 128). «La volubilidad y la temporalidad de los compromisos afectivos aparecen más y más como una prueba de racionalidad, de saber adaptarse al medio. Y la ligereza constituye ya una estrategia vital racional dentro de una con-

cepción de la vida como supervivencia» (p. 129). Se piensa que de esta forma las rupturas afectivas no afectarán ni a uno mismo ni al otro.

- e) Lo que cuenta es establecer *vínculos en red* para tener éxito, sin depender de relaciones afectivas que pesan y quitan ligereza, tanto en el mundo laboral como en el privado. Lo importante es *arraigar* en sí mismo, «técnica instanciada de una cierta permanencia en un mundo complejo, incierto e inevitable» (p. 131). «La fragilidad del hombre contemporáneo se explica por la falta de creencias que no sean autorreferenciadas y la necesidad, al mismo tiempo, de establecer relaciones ligeras y descomprometidas» (p. 132).

Los puestos inestables de trabajo en las grandes empresas, la convivencia en espacios protegidos por el miedo a lo que pueda llegar desde fuera, los espectáculos masivos de diversión, los transportes que llevan de un lugar a otro a incontables personas que viajan *juntas sin encontrarse*, propician conexiones funcionales y pasajeras que no dejan huella en la persona que se desplaza sin pata por el mundo líquido.

El *estrechamiento de la interioridad*, que se vive en gran medida ocupada por el flujo siempre en movimiento de las sensaciones que nos absorben, no favorece el encuentro profundo con el propio yo ni, por consiguiente, tampoco con el otro.

Muchas víctimas de nuestros países competitivos ricos, que se han quedado sin nada y sin nadie mientras van rodando hacia el abismo, y que acuden a las instituciones de ayuda, no buscan sólo «objetos» para sobrevivir, como ropa, comida, vivienda..., sino verdaderos en-

encuentros para existir. Una joven que había ido cayendo hasta el fondo de la sociedad me decía un día, mientras acariciaba con su mano derecha las cicatrices que le quedaron en su muñeca izquierda desde el día en que se cortó las venas: «Yo no quiero dinero, sino que me ayuden a recobrar mi dignidad, a ser persona».

La pluralidad de los encuentros

El otro puede ser un *don que me complementa.* Puede ser alguien que desde su amor, sabiduría, fuerza o ubicación social me está ofreciendo algo que yo necesito. Y, sobre todo, puede ser una persona con la que puedo compartir mi intimidad y establecer una verdadera comunión que me saca de la soledad original que somos cada uno de nosotros. Sin la relación con el otro, nos vamos disminuyendo y nos diluimos. Uno de los castigos mayores que se le puede hacer a una persona para quebrarla es confinarla en una celda solitaria. En mí crece algo para los demás, que vendrán a buscarlo en algún momento, y en los demás crece algo para mí y esperan que yo vaya a buscarlo. Si nadie lo busca, se sentirá como un árbol lleno de frutos maduros que se van pudriendo en sus ramas.

El otro puede ser alguien que vive algún tipo de *pobreza que me saca de mi egoísmo,* interrumpe mi programación, detiene mi paso y amenaza mi tiempo, mis proyectos, mi dinero o mi afecto.

El otro puede ser una *diferencia que me desinstala* cuando se presenta ante mí. El emigrante de otra cultura, el creyente de otra religión, el agnóstico... me mueven a ensanchar mis conceptos y mi corazón.

El otro puede ser una *amenaza real para mí.* Un Caín que anda por la vida armado con mecanismos psicológi-

cos destructores, con proyectos que me hieren, con *amargura* que se mezcla con el agua que bebo cada día. Es un desafío grande entrar en relación sana con esta persona. Pero en su frente yo puedo ver el signo de dignidad que Dios escribió sobre Caín para que todos lo respetemos. Respetar es amar. Ser hijo es algo que nunca se pierde.

Todos somos don y límite al mismo tiempo, oferta y carencia, acogida y agresión. Tan importante es ser conscientes de nuestro don como de nuestro límite. El límite asumido también puede ser una puerta indicada para avanzar en una relación: es la «puerta pequeña» del evangelio que nos obliga a agachar la cabeza para entrar.

Dios se hace un Tú en Jesús

Jesús es un **Tú** que crece en medio de nosotros en una relación de máxima calidad con personas que lo querían y que asumieron sin condiciones su futuro imprevisible. Poco a poco, al ritmo lento de los procesos humanos, se fue haciendo un hombre, plenamente *él mismo.*

Cuando Jesús se acercó a Juan el Bautista, ya había adquirido una consistencia capaz de asumir el gran compromiso de anunciar la llegada del reino. Ese momento clave de transición se confirmó cuando oraba después del bautismo, «Tú eres mi Hijo muy querido, mi elegido» (Lc 3,22). No sólo Juan el Bautista, sino también *el completamente Otro le dijo «Tú».*

Cuando Jesús iba por los caminos, le saltaban a la vista todo tipo de personas. A todas estaba abierto, no sólo a los judíos piadosos. Se dejó sorprender por la fe y el buen corazón del centurión romano interesado en la salud de su criado (Mt 8,5), por la mujer siriofenicia (Mc

7,24), por la samaritana con su mundo afectivo rudo (Jn 4,4), por los varones que querían lapidarlo a la mujer adúltera (Jn 8,1)... Para cada persona -mitada desde el amor, no desde el rigor paralizante de la ley- tenía un gesto y una palabra única que le abría como una llave su futuro. Los que no pertenecían al pueblo de Israel le ensancharon su misión, que en principio él comprendía sólo destinada a las ovejas del pueblo judío, le mostraron que se extendía a todos los que encontraba por el camino con sus carencias laceras expuestas con la fe que despertaba en ellos su persona. Jesús no solo enseñaba. También *aprendió de los descalificados todo el alcance de su misión*. No transmitió el reino como un catecismo aprendido de memoria, sino en verdaderos encuentros de calidez insuperable.

En Jesús, Dios tiene un rostro humano que establece *verdaderas relaciones en las que se da y se recibe, abraza y es abrazado*. Dios se acerca a nosotros más accesible a los sentidos que en la brisa de Elías o en la zarza de Moisés. No sólo vino a decirnos una palabra, sino que necesitó de nosotros para ser él mismo la Palabra de Dios y para que cada una de sus palabras tuviese acento humano al ser elaborada en el encuentro con personas concretas, para las que iba creando gestos y parábolas que los guiasen hasta el fondo del misterio. A lo largo de su vida se dejó conmover siempre por los otros que fue encontrando, y desde esos encuentros comprendió su misión, el misterio del reino, y se comprendió a sí mismo.

Muchos enfermos y pecadores se acercaron a Jesús con gran confianza. En algunas ocasiones, *ni siquiera sabían quién era Jesús*. Pero fue tal la *validez humana del encuentro* que muchos sanaron de sus enfermedades y cambiaron radicalmente de vida (Jn 5,13).

En definitiva, el anuncio del reino es el encuentro con una persona, con la Palabra encarnada del Padre, que se explicitará en parábolas y en signos. Sin encuentros verdaderos, en los que mutuamente nos hacemos personas, no es posible anunciar y construir el reino de Dios.

En el encuentro con el Otro, me encuentro

El que hace los Ejercicios Espirituales va a entrar en sí mismo para encontrarse con su verdad y ser capaz de transformarse internamente para asumir su vida. En el fondo de su intimidad *se encontrará con el Otro*, que surge desde lo más hondo de sí mismo y ante el cual puede decir su propio yo sin trampa, porque se siente respetado y querido por el Tú infinito.

Este viaje hacia su profundidad sólo puede realizarlo *con la ayuda de otra persona que lo vaya acompañando en ese camino*. El que da los Ejercicios le ayudará en la medida en que esté atento a lo que vive el ejercitante y le dé «modo y orden» para avanzar en ese encuentro con el Otro. El acompañante debe ser respetuoso, y el que hace los Ejercicios transparente.

Todos los Ejercicios son un gran encuentro con el completamente Otro que le cambiará la vida al ejercitante con una impredecible novedad propuesta por Él y con un ensanchamiento del alma que le permitirá asumir esa novedad. En el encuentro sin trampa con el Otro se transformará radicalmente, no ante una tabla con los mandamientos más importantes y los más minuciosos preceptos de la ley, ni ante un jefe que manda con órdenes cifradas que sólo él conoce.

Este encuentro con el Otro removerá nuestro pasado, se adentrará en nuestro universo interior menos cons-

ciente. En el centro de nuestros Ejercicios nos detenemos a contemplar con calma al Tú encarnado en Jesús. Discerniremos lo que Dios hace en nosotros y lo que nos propone, hasta que llegue el momento en que ya tengamos la consistencia para escoger de manera personal la oferta que él nos presenta delante de nuestra libertad, de nuestro yo que ha sido liberado del desorden afectivo y llenado de la pasión por Jesús y su reino.

Si es en el encuentro donde descubrimos y asumimos lo que Dios nos propone, también será el *encuentro constante con él en las actividades de la vida* lo que nos permita vivirlo. La «contemplación para alcanzar amor» nos ayuda a afinar nuestra sensibilidad para descubrir al Señor trabajando por cada uno de nosotros de tal manera que la relación con el Otro que nos ha cambiado no se diluya al terminar los Ejercicios, sino que se profundice en los compromisos de la vida cotidiana.

En la vida ordinaria yo descubro que en el encuentro con todo otro me estoy relacionando también con el Otro. De esta experiencia nace la «reverencia amorosa» (*Diario espiritual*, 181), la «humildad amorosa» (*Ibidem*) con que me relaciono con Dios en la oración, y con todo otro por los caminos de la realidad.

Ascética: el encuentro con el otro

Encontrarse a fondo con otra persona es siempre una aventura que no se sabe dónde acabará. Establecer hoy verdaderos encuentros entre «identidades inciertas» es un desafío. El individualismo, que se atrinchera en la cultura actual para proteger su propio bienestar, está necesitado de encuentros de calidad que lo salven de su esterilidad narcisista y lo dispongan para ayudar también a otras soledades.

Sólo *el encuentro con la diferencia* nos permite enriquecer nuestra casa, crecer como personas y anunciar el reino de Dios. En el otro crece algo que está destinado a mi propio crecimiento, o se abre una carencia que está esperando mi propio don. Nos resulta fácil acoger la diferencia cuando llega en forma de comunión que llena mi soledad o plenifica mi vida de cualquier manera. Pero nos resulta amenazador acoger al otro cuando lo percibimos como presencia que desequilibra mi instalación. El Dios diferente es a veces desequilibrante, porque nos deja ciegos con una pregunta para que aprendamos a mirar la realidad de manera nueva, como hizo con Pablo camino de Damasco (Heb 9,5).

Una pregunta clave es: ¿de qué manera están presentes en mi vida los diferentes, porque pertenecen a otras religiones o culturas, los que sufren algún tipo de carencia física, psicológica o económica y los amenazantes, porque pueden golpear mi sensibilidad, mi reputación o mi integridad personal?

La ascética no es algo artificialmente impuesto. Si yo entro en el territorio del otro de una manera respetuosa y vulnerable, no sólo tolerándolo, sino acogiéndolo con su diferencia, ya me estoy disponiendo para el encuentro con Dios, que sostiene la vida de todos, que se esconde en el misterio de ese otro que tengo delante. *Cada paso hacia el otro es al mismo tiempo un paso dentro del misterio de Dios, en quien todos subsistimos*.

Cuando entramos en el mundo de los pobres, entramos en una geografía donde se experimentan carencias de muchos tipos diferentes. La vivienda, la alimentación, los servicios públicos... nos pueden someter a privaciones que abran dentro de nosotros un espacio interior donde puede entrar la riqueza que allí mismo encontramos, pero que no

es fácil de percibir y de acoger si nos acercamos hartos de suficiencia. Podremos encontrar en ellos una fortaleza incombustible para emerger desde las ruinas una y otra vez, para luchar día a día por la supervivencia de la familia que Dios les ha dado, una acogida que comparte con nosotros la ternura que ha crecido desde el dolor serenado en sus corazones abiertos a la Bondad infinita.

Cuando Ignacio y los primeros jesuitas se hospedaban en los hospitales públicos donde se acogía a los caminantes pobres y donde iban muriendo los enfermos en condiciones dolorosas, en aquellos tiempos de medicina rudimentaria, no sólo los estaba enviando a un espacio pobre y austero, sino a *encuentros humanos con los seres más vulnerables*. Ahí se realizaba una experiencia de la vida humana y de Dios que permitía después hablar de manera nueva en los templos, en las calles o en el aula del Concilio de Trento. Cuando peregrinaban a pie por los caminos de Europa, no sólo buscaban la dureza del camino como si el dolor mereciese gracias de Dios, sino porque el avanzar con los demás caminantes les daba realismo y encuentro con personas del pueblo con las que compartían relatos e incertidumbres. Un aprendizaje necesario no sólo para caminos ocasionales, sino para las calles de cada día, para el lodo y para el asfalto.

Es en el *amor al enemigo*, en el orar por los que nos agreden y nos ofenden (Mt 5,43-48), donde el encuentro con el otro alcanza su punto culminante. Es ahí donde el espíritu humano hace cambiar el rumbo de la historia, donde detiene y orienta hacia la vida un torrente desbordado de odio y rabia que se precipitaba hacia el abismo. Jesús en la cruz abre, con el perdón a quienes lo crucificaban, un horizonte de vida nueva no sólo para los otros crucificados, sino también para los que estaban a su lado

armados de lanzas, de leyes mortales y de odio. Sólo Dios puede perdonar así y revertir el curso de las historias de cada uno de nosotros. En el corazón pobre y humilde de Jesús se realizó ese milagro.

Los grandes santos suelen ser *muestras del encuentro*. Nosotros somos la misma persona cuando nos encontramos con Dios y cuando nos encontramos con los demás. Por eso mismos, la calidad del encuentro humano mide la verdad del encuentro con Dios.

Ignacio daba mucho tiempo a las *«conversaciones espirituales»*, en las que dialogaba sobre la vida de Dios en las personas. Recomendaba prestar la máxima atención a lo que los demás deseaban expresar y comunicaban, especialmente si eran «menores»:

«En el negociar con todos, y *discutir con iguales e iguales* según dignidad y autoridad, hablan poco o tarde, no largo y con gusto, *oculto largo hasta que acaban de hablar lo que quieren*, después respondiendo las partes que fueren, dar fin [. . .] la despedida presta y graciosa» (*Carta de Ignacio a los Padres Bona y Salazar*, «Del modo de negociar y conversar en el Señor», Septiembre 1541).

Ignacio no es rígido, sino que se adapta a cada situación. Con los tentados ofrece otra directriz diferente de la del poco hablar:

«Con los que sintiéramos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, *hablando largo, mostrando mucho placer y alegría*, dentro y fuera, por ir al contrario de lo que sienten, para mayor edificación y consolación» (*Ibidem*).

Francisco Javier instruye a los que iban a misionar a la India. Lo realmente importante es *leer los libros vivos*,

más que los libros muertos. Interesarse con detalle por la vida de los demás.

«También es informarse de las muchas demandas, huérfanos que por vía de justicia se hacen y por falsos testimonios, sobornos, amistades y otras cosas donde se niega y encubre la verdad; de manera que diciéndolos en suma, en ninguna cosa aprovecharéis tanto en las almas a los hombres de esa ciudad como salvándoles sus vidas muy menudamente; y este es el principal estudio que ayuda a las almas. Esto es leer libros que enseñan cosas que en libros muertos escritos no hallaréis, ni os ayudará tanto para fructificar en las almas, cuanto os ayuda saber bien estas cosas por hombres vivos que andan en el mismo trato; siempre me hallé bien con esta regla. [...] Estos son los libros vivos por los que habréis de estudiar, así para predicar como para vuestra consolación» (citado por X. LÓPEZ-DUFOUR, *San Francisco Javier, Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander 1998*, p. 153).

Le da mucha importancia a la relación en el anuncio del evangelio. «Hacer amistades» es una ocupación espiritual para Francisco.

«Como llegamos a Sanchón, hicimos una iglesia y dije misa cada día hasta que enfermé de fiebres. Estuve enfermo quince días; ahora, por la misericordia de Dios, balloneo con salud. Aquí no fallaron ocupaciones espirituales, como en confesar y visitar enfermos, hacer amistades» (citado por X. LÓPEZ-DUFOUR, *op. cit.*, 255).

El encuentro con el otro nos dispone para el encuentro con Dios, de la misma manera que el encuentro profundo con Dios nos hace capaces de verdaderos encuen-

tros humanos. Los encuentros pueden estar muy sutilmente convertidos en negocio de diferentes tipos: afectivo, económico, de prestigio social..., y necesitan ser purificados por la experiencia mística, donde Dios nos transforma realmente el corazón.

La mística: la debilidad y la fuerza del Otro en el otro

La mística se comprende aquí a partir del encuentro con Dios en el otro, sea quien sea. Hay personas para quienes se ha transparentado esta realidad en un momento determinado, y su vida ya nunca fue la misma. «Yo soy Jesús, a quien tú persigues», le dice Jesús a Pablo (Heb 9,5). Es sorprendente cómo el valor de una vida humana, con todas sus complejidades, se resume en un juicio sumamente sencillo: «Lo que hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños lo hicisteis conmigo» (Mt 25,40). No dice Jesús que lo considerará como si le fuese hecho a Él, sino que se lo hicimos a Él.

Cuando el otro es alguien brillante, cercano, amable, con el que convivir, es más fácil percibirlo como un sacramento del encuentro con Dios. Esa persona puede potenciar mis cualidades y llenar mi vida de dinamismo y de sentido. De hecho, amores humanos como el matrimonio, el noviazgo, la paternidad, la maternidad o la amistad son empleados en la Biblia como lenguaje para hablar de la relación de Dios con cada persona y con su pueblo.

Dios también es carencia en el otro. Dios nos necesita. Lo más triste que hay en la vida de una persona es cuando nadie lo necesita. Las carencias profundas que encontramos en los demás pueden despertar en nosotros dinamismos creadores de vida. ¿Qué sucede en nosotros

cuando experimentamos que es Dios mismo el que nos necesita?

No es tan fácil sentir a Dios en el otro cuando es percibido como una amenaza para mi estabilidad, como alguien que viene a agredirme y despojarme. Un punto culminante de la relación humana es el amor al enemigo. «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen» (Mt 5,44-45). El texto de Lucas es todavía más explícito: «Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldecen, rezad por los que os injurian. Al que te golpee en una mejilla ofrécele también la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica» (Lc 6,27-29). Las espirales destructoras entre personas y pueblos se quebran desde el amor al enemigo. El pericón de Jesús en la cruz abre la historia entera a la esperanza.

Me quiero fijar en la parábola del buen samaritano que auxilia al judío, su enemigo ancestral. Es una vía de acceso a esta experiencia mística, en la que Jesús se expresa a sí mismo tratando de sacar a la luz lo que ahí está escondido bajo un manto de sencillez como sólo Jesús sabía expresarlo en las parábolas.

Ciertamente, el buen samaritano es una imagen de Jesús que se conmueve ante nuestras heridas, nos sana y nos devuelve a la vida. Le llamaron despectivamente «samaritano» en algunos momentos. Todos somos invitados a identificarnos con el samaritano (Lc 10,25-37). Pero Jesús, que vivió en conflicto permanente con la sinagoga desde el comienzo de su vida hasta la cruz, es también el asaltado al borde del camino. Si lo percibimos en esas heridas y acudimos a sanarlo, entonces cambiará nuestra mirada y nuestra actitud ante todo tipo de despojo, porque Dios es también una carencia herida que necesita de nosotros.

Lo primero que nos presenta Jesús es a un judío que ha sido asaltado, golpeado, despojado de todo y dejado medio muerto al borde del camino. El silencio de ese hombre es un grito dolorido de Dios a todo el que pase a su lado.

Vemos que, precisamente porque el asaltado es un grito de Dios, la manera de actuar ante él mide la calidad de la vida de los que se acercan a él, su verdad religiosa y humana, su relación con Dios. Por eso el asaltado se convierte en *intrae ultimum* y universal. Es lo más definitivo y profundo y tiene validez para todos los pueblos y todos los tiempos. El sacerdote y el levita que bajaban del templo, relacionándose con Dios en los sacrificios rituales, son juzgados porque dan un rodeo para que las heridas de ese hombre no vayan a herir su sensibilidad. Sabían encontrarse con Dios en la sangre de los animales sacrificados y en el incienso que subía hacia las bóvedas del templo, pero no fueron capaces de descubrirlo en la sangre derramada del herido ni en ese halo de misterio que nos sobrevoge a todos cuando nos tropezamos con un hombre en el abismo. No se habla en la parábola de los que asaltaron al hombre, sino de los que no hicieron nada cuando lo descubrieron asaltado. Y es que entre hacer algo y hacer daño no hay un término medio, que sería no hacer nada. Ese tercer camino se asienta al que daña, pues cuando uno puede hacer un bien y no lo hace ante una persona que necesita, está haciendo daño. El pasar de largo no es inocente en la parábola de Jesús. Este aspecto ya lo había señalado Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm cuando interpeló a los dirigentes judíos que lo espiaban para ver si curaba en sábado al hombre del brazo paralizado. Jesús lo saca de las sombras, del margen, lo pone en medio y pregunta: «¿Qué está permitido en

sibado? ¿Hacer el bien o el mal? ¿Salvar la vida o dar muerte?» (Mc 3.4). Por ninguna parte aparece una tercera posición, que sería la de «no hacer nada». El que puede hacer bien y no lo hace, daña.

Aparece en la escena *otro hombre marginado, el diferente*, el que tenía otra concepción religiosa, el herético para un buen judío, el enemigo. Para sorpresa de los oyentes, ese hombre se deja conmover en su corazón, y desde esa conmoción interna se acerca al asaltado, le cura las heridas, le carga sobre su modesta cabalgadura y lo lleva a la posada. Adopta una conducta de riesgo, porque andar con un asaltado por los caminos peligrosos entorpecería su paso, lo hacía a él mismo más vulnerable a los ladrones y sospechoso ante las autoridades, precisamente por ser él un samaritano, enemigo público de los judíos. Y el asaltado era judío. Al mismo tiempo, lo trata con una gratuidad sin medida. Le da un dinero al dueño de la posada y le dice que lo cuide hasta que él regrese de nuevo hacia Samaria, sin ponerle un límite en los gastos. Así nos encontramos con un «diferente» que inesperadamente se convierte en la *exégesis viva de la Escritura*, que dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo» (Lc 10.27). «Ve y haz tú lo mismo», le dice Jesús al doctor de la ley que se acercó para preguntarle qué debía hacer para heredar la vida eterna.

Con su modo de actuar, el samaritano, el que no contaba para los judíos, se convierte en el *creador de una nueva relación*, de una nueva manera de entender la convivencia entre esos dos pueblos superando con su actitud una práctica de siglos que parecía completamente sensata e intocable y refrescada por claros argumentos doctrina-

les. El diferente y descartado se convierte en un creador para los dos pueblos. Y lo hace precisamente desde una situación de desastre: la de un hombre arrojado a la cuneta de la vida, ¿Será que los espacios creadores son de manera privilegiada los márgenes, las orillas, donde acaban las seguridades, las certezas, los saberes? En muchas ocasiones, ¿nos llegará la salvación desde los que nos han enseñado desde siempre a verlos como una amenaza?

Lo que nos salva es encontrarnos con Dios en el otro, pero no sólo como un Dios fuerte del que recibo, sino como un *Dios débil que me desbasta*, me contunde en mis seguridades egoístas y me posibilita ofrecer lo mejor de mí mismo que estaba paralizado. Esa es la salvación: Dios débil está realmente necesitado en el otro y se expone en un silencio herido delante de mí.

La parábola adquiere un nuevo significado cuando yo me sitúo en el lugar del judío asaltado. También nosotros podemos ser golpeados y sacados del camino. Heridas viejas, circunstancias que nos agreden de repente, accidentes, quiebra de la salud y otras situaciones imprevisibles, pueden echarnos al margen mientras la vida pasa de largo a nuestro lado. En ese momento podemos experimentar cómo personas, con una gratuidad sorprendente, se detienen ante nosotros, nos escuchan, nos vendan las heridas y nos ayudan a ponernos de nuevo en camino. A veces las que nos ayudan son personas que no conocíamos ni volveremos a ver, pero también ellas perecen en nosotros, de alguna manera, a ese Otro que vive en el fondo de toda persona y que despierta nuestras mejores posibilidades. Huberamos encontrado con un samaritano en esos momentos nos hace esencialmente mejores.

Si Dios es humilde al identificarse en su hijo Jesús con el samaritano proscrito y con el asaltado echado fue-

ra del camino, también nosotros somos invitados a vivir esta misma humildad.

No es fácil acoger en nosotros esta experiencia mística, pues nos puede llenar de un fuego que nos queme muchas relaciones superficiales, interesadas, acomodadas, que nos aíslan y protegen. Pero precisamente esta parábola, en la que una persona sin nada, en la concha de la vida, sin nombre ni referencias, se convierte en el centro de atención y es atendida por otra identidad desprestigiada, puede ser para nosotros inspiradora para tantos encuentros entre «identidades inciertas».

DIFERENTES

Fiesta en La Habana
de jóvenes con síndrome de Down

Hoy tu diferencia
ha subido al escenario
vestida de fiesta.
Colores de Caribe encendido
giran al ritmo de la danza.
Todas las miradas están fijas en ellos,
eterno deseo humano de existir
en otros ojos limpios,
de ser mirados sin codicia
de tiempo y de rango,
con pausa y con amor.
¡Son sus minutos de estrella
en el firmamento humano!
¡Al fin, también Tú eres mirado
en tus criaturas más queridas,
Dios humilde,
misterio de frágiles sonrisas
y lentos ademanes!

¡Cuántos gestos perdidos
que no se dirigen a nadie
sin una plegaria que te busca
en lenguaje citrinas,
y tú los besas con ternura
en su oración incomprensible
para los que estamos a su lado...!

A veces miramos
con un filtro de recelo
a estos profetas menores
de la condición humana.
Ellos manifiestan en el rostro
lo que nosotros escondemos.
También nosotros somos
un poco ciegos,
parcialmente torpes,
desconcertados,
solos y perdidos
entre la muchedumbre
que esconde sus heridas
en colores de camuflaje
y pasos que resuenan.
También nosotros estallamos
en lágrimas repentinas
en la soledad deshabitada
y buscamos algún hombro,
alguna caricia que nos sane.

En algún momento del camino,
desde el embrión humano,
emprendieron una vía diferente.
No están hechos para competir,
ni negociar con astucia.

ni ocupar los primeros puestos
de las escalas humanas.
No son negocio rentable
donde invertir nuestra vida
para buscar los intereses.
Son seres gratuitos
que despiertan
nuestro amor más puro.
¿Qué bien los expresan
los colores alegres
la danza,
la música
y el canto!

Les has enviado ángeles
que jueguen con ellos,
que les enseñen el camino
de la belleza y la sonrisa,
para expresar la melodía
que les suena dentro,
que los sana y los encanta.

¡Nos dejan en el alma
un beso de tu misterio
que nos hace humanos!

3. La historia: ¿sucesión de episodios o apuesta por lo germinal?

La caída de las utopías

La caída de las grandes utopías nos libera de las ideologías de la modernidad que prometían alcanzar el «paraíso» aquí en la tierra. El socialismo nace de las críticas

justas al capitalismo, pero él mismo eliminó a millones de personas y destruyó instituciones justas cuando trató de crear una sociedad nueva. El socialismo real ha caído en los países del Este europeo. Otros países socialistas buscan otro modelo.

El capitalismo, en su versión neoliberal, ha aumentado las diferencias entre las clases sociales y entre los pueblos. Ha creado sociedades de consumo voraces que son una amenaza para todo el planeta. Es un «capitalismo salvaje», en expresión de Juan Pablo II.

Dios actúa en la historia dialogando constantemente con nosotros, de tal manera que ni los descalabros más grandes logran extinguir en la humanidad la esperanza de construir un mundo más humano. Percibir la acción de Dios en medio de los acontecimientos, tanto en los momentos más brillantes como en los más tenebrosos, y unirnos a sus propuestas de «vida verdadera», es el fuego que el Espíritu mantiene siempre vivo en nuestros corazones.

La sociedad desencantada

Con la caída de las utopías se ha producido un *desencanto*. Ya no hay grandes proyectos de transformación de la sociedad que logren unificar la visión de los pueblos, sus esfuerzos, su esperanza. Como consecuencia del desencanto, se da un *retraining de lo político y de lo público*. Lo que queda intangible es...

«...el individuo y su cada vez más proclamado derecho a realizarse» [...] «de modo que, si el proceso de personalización introduce efectivamente una discontinuidad en la trama histórica, también es cierto que persigue, por otros caminos, una obra secular, la de la *modernidad democrática-individualista*» (G. LI-

BOFFISKY, *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona 2002, p. 121.

Se busca vivir *en el instante*, en el presente, disfrutando de los bienes accesibles sin hacerse grandes preguntas sobre la historia humana ni el sentido de la vida. La sociedad de consumo ofrece siempre productos nuevos para llenar el vacío interior. El encanto efímero de la nueva sensación parece el único futuro razonable.

En los países ricos se ha instalado la «cultura de la queja», en la que se critican las condiciones de vida en esos países, las más mínimas molestias, olvidándose de las condiciones de las inmensas mayorías empobrecidas. De esta manera se le roba la queja a los que realmente tienen derecho a quejarse, los excluidos del festín, los que sólo son buscados cuando interesan, y se cierra la puerta a cualquier cuestionamiento que pudiera deteriorar el consumo voraz de la abundancia.

El progreso, que en otros tiempos despertaba entusiasmo y fortalecía la decisión de trabajar para un futuro mejor con ayuda de las nuevas tecnologías, hoy despierta sospecha e incertidumbre. Un rayo láser puede devolverle la vista a un ciego o conducir una bomba hasta un refugio de niños inocentes.

En este malestar cultural ha habido intentos de reencantar la realidad. Pascal Bruckner, en su análisis sobre la sociedad actual (*La Tentación de la Inocencia*, Anagrama, Barcelona 1999), describe dos intentos de reencantamiento muy unidos entre sí: el consumismo y la diversión.

El consumismo se constituye en la auténtica tierra prometida, a la que hay que llegar a través del desierto de los trabajos duros, ingratos muchas veces, impuestos

por una competitividad que no permite vacilaciones ni siente compasión por los que no pueden seguir ese ritmo sin sosiego. Los términos que utiliza evocan el imaginario religioso:

«Entre usted en un supermercado, en un hiper, recorra las calles comerciales de una ciudad: de inmediato se da usted cuenta de que ha penetrado en el Jardín de las Delicias, en el *paraiso terrenal*. Todos los sueños acariciados antaño por los hombres están reunidos aquí» (p. 47). «Lo que sorprende, lo que subyuga, es esa intimidad inmediata con el lujo desde los primeros pasos. Se huele aquí *an aroma a tierra prometida* donde la miel y la leche fluyen en abundancia, donde la humanidad por fin se redime de sus necesidades» (p. 49).

El consumismo es una manera de vivir que llena todas las horas de cada día y se recicla constantemente en cada estación del calendario. La persona se llena de adicciones y compulsiones, porque las sensaciones estudiadas por los técnicos del comportamiento humano y de la comunicación se introducen hábilmente por nuestros sentidos, se alojan en los stress siempre abiertos de nuestras necesidades naturales o artificiales y se van adueñando de nuestros sentimientos, sueños y decisiones. Hay mucha adicción y mucha compulsión, pero poca pasión. Dice el sociólogo inglés A. Giddens, en su libro *Un mundo desbocado*: «Ninguno de nosotros tendría algo por lo que vivir si no tendríamos algo por lo que vale la pena morir» (p. 631).

La diversión es el otro gran intento de reencantar el mundo:

«Al margen de la opinión de cada cual, hay que reconocer que el consumismo y la industria de la di-

versión son una creación colectiva extraordinaria sin equivalente en la historia. Por primera vez, los hombres *borran sus diferencias de clase, de raza, de sexo*, y se funden en una sola multitud dispuesta a aturdirse, a divertirse sin pensar en nada más» (p. 71). «En esas *catástrofes de la vida alegen* el ser humano se libra de la pesadilla de la historia (y de su propia historia), olvida las tempestades del exterior y recupera una simplicidad imprescindible» (p. 71). «Este arsenal de *lunafijas mediático-mercantiles sólo exhibe un espejismo de lo sagrado*: se muestra incapaz de instaurar lo que sigue siendo privativo de las religiones, el espacio de una trascendencia. Pese a su compromiso de redimirnos a todos colectiva y personalmente, nunca es suficiente, y hacen falta otras moléculas, otros narcóticos más eficaces. [...] Se desea lo que ningún objeto puede dar: la salvación laica, la transfiguración» (p. 75).

Podemos presenciar auténticas *liturgias seculares de la diversión*, del entretenimiento, en algunas actividades deportivas y culturales. Las personas aparecen como fervorosos creyentes de líderes y estrellas, sus auténticos ídolos, y se entregan a su causa con toda devoción. Llevan en su cuerpo, en ropas y tatuajes, los signos de equipos y organizaciones, esperan largas horas para conseguir una entrada y participar del espectáculo, para ver pasar a su ídolo en la ráfaga de algunos segundos, pasan frío, calor, y se desplazan de un sitio a otro con fervor de peregrinos y cruzados. Enfrentan a sus adversarios, corren riesgos, gastan su dinero. Esa es la pasión de su vida, entregada a ídolos y modas que sólo duran unos minutos de esplendor en la pasarela roja del universo mediático, en medio de una cotidianidad desahogada, sin ho-

rizantes ni sentido. Tal vez sea la *música*, por su capacidad de evocar dimensiones muy profundas del ser humano, una expresión privilegiada de la experiencia difusa de lo sagrado, sobre todo en los grandes conciertos donde miles de jóvenes participan con una euforia compartida, conulgando en el misterio que se presiente.

Es difícil escapar de esa cultura de la diversión y del consumismo, pues constituye una atmósfera que llega a todas partes perfectamente dirigida a cada uno de nuestros sentidos, hecha imagen, aroma, sonido, sabor y textura, con impactos cada día más brutales para aturdir, o más sutiles para filtrarse hasta los últimos rincones de nuestro yo inaccesible. En esta cultura es difícil que puedan asumirse los grandes desafíos de la vida personal y social, de la solidaridad que debemos vivir todos en este planeta transformado en aldea global, en casa común. El consumismo y la diversión parecen el «pan y circo» romanos en versión digital y globalizada, que llega a nosotros las veinticuatro horas del día. Al acceder a mi página de Internet leo durante las últimas semanas: «Antes, durante y después del partido. El fútbol nunca termina».

Hemos pasado de *los mártires y de los héroes*, figuras de la modernidad, a *los famosos*, que son el modelo a contemplar en las sociedades líquidas. Estos famosos son los que salen constantemente en los medios y buscan aparecer, aunque sea a costa de escándalos bien pensados y a veces muy bien remunerados. Hay muchas personas que tienen fama bien fundamentada por sus notables contribuciones a la humanidad, pero no buscan aparecer tanto. No nos referimos a estos. El mártir moría por una fe más allá de cualquier ganancia constatable en la historia; el héroe moría por una nación y buscaba la eficacia histórica en favor de su pueblo. *Los famosos, las*

celebridades, no mueren por nadie. Los medios esperecen por el mundo su éxito con aureola virtual. Algunos duran un instante en la pantalla como estrellas fugaces, otros duran algo más, pero pueden caer de un día para otro como se desploma un edificio cuando los periodistas les descubren los pies de barro.

«La sociedad moderna líquida de consumo envuelve las hazañas de los mártires, los héroes y todas las versiones híbridas de unos y de otros en hechos sencillamente incomprensibles e irracionales y, por consiguiente, atroces y repulsivos. Esa sociedad promete la felicidad fácil, alcanzable por medios nada heroicos y que, por tanto, debería estar reñida y gratificadora al alcance de todo el mundo o, mejor dicho, de todos los consumidores» (cf. Z. BAUMAN, *La Vida Líquida*, Paulus, Barcelona 2006, p. 66).

En las sociedades actuales aparecen dos realidades que resultan difíciles de armonizar: *la libertad y la seguridad*. Una y otra son atributos de una vida plenamente humana. En algunos países hay mucha libertad individual, pero proliferan los abusos, los robos, la droga, la tenencia de armas, las bandas organizadas, el tráfico de mujeres y de niños... La competencia económica, mal regulada por los gobiernos, favorece el enriquecimiento desmesurado de algunos ciudadanos y provoca la miseria de muchos. En otros países, por el contrario, nos encontramos con sociedades muy controladas y seguras, en las que todo está regulado, la creatividad y la iniciativa personales apenas tienen posibilidades, y la producción de los bienes necesarios para vivir es muy escasa. Estos dos elementos dialogan de distintas maneras en las dife-

rentes naciones. El diálogo justo de la libertad y la seguridad nos podría abrir el futuro.

Pero *la dimensión utópica de la vida humana no ha muerto*. Encontramos hoy causas, como la *ecología*, que reúnen a personas de todos los pueblos y clases sociales en una lucha por salvar el planeta de todos. Los foros internacionales sobre la justicia se congregan bajo el lema «Otro mundo es posible». Muchas ONG canalizan la generosidad de personas solidarias que buscan un mundo más habitable para todos. Muchas comunidades cristianas se congregan cada día con el corazón disponible en torno a la utopía de Jesús para asumir la historia. Es lo contrario de una publicidad de agua mineral: «Vive a tu manera. Fluye como el agua».

El dinamismo más hondo de la historia

El centro de la predicación de Jesús es el reino de Dios, que crece en el interior de la historia desde el Padre como un don que nunca se detiene y que atraviesa la realidad por su mismo centro, en un movimiento de liberación y de vida para avanzar hasta la reconciliación de todo en Cristo al final de los tiempos. El reino transforma y reconcilia a cada persona y al conjunto de la sociedad.

Jesús lo anuncia en medio de una sociedad oprimida por el mayor imperio de su tiempo, que se defendía con ejércitos perfectamente preparados de cualquier agresión anafía procedente de fuera y de cualquier grupo disidente que surgiese dentro.

El reino de Dios no llega como una ideología, sino como un acontecimiento que Jesús, con su sensibilidad de profeta, ve surgir ya en las personas emergetas con las que se encuentra. Anuncia el reino con parábolas que lo

explican y con signos que permiten verlo desplegando ya su fuerza de vida.

Estructurando y resumiendo la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, podemos afirmar:

- a) El reino de Dios nos llama a *convertirnos* a la vida plena y nos ofrece el *peñón* sin condiciones que nos permite entrar en ella. El don de Dios nos hace orientar nuestra existencia hacia la Vida. Es un don irreversible que ha sido plantado en nuestra tierra y que crece hasta la cosecha. Todos somos invitados a entrar en la vida verdadera, regresando al encuentro con el Padre (Lc 15,11), dejándonos llevar sobre los hombros de Dios hasta el hogar (Lc 15,4), permitiendo que Él nos saque de en medio de la basura y nos coloque con gozo en la palma de su mano (Lc 15,8).
- b) El reino no excluye a ninguna persona, se ofrece a todos. No deja a nadie saqueado en la cuneta. Por eso mismo *pavo por los últimos*, los pequeños y sin poder, los desahuciados de la vida, los excluidos por cualquier razón. Hay que acoger a los que están al borde del camino, como Dios mismo hace. Los pobres se convierten, de mendigos de la historia, en *creadores de la novedad de Dios* en dicha historia (Mt 5,13-14; Lc 10,25-37).
- c) El reino llega como un *don del Padre*, como algo pequeño que tenemos que cultivar, pero que ya lleva dentro la plenitud de la cosecha, de la misma manera que el grano de trigo ya lleva dentro el pan compartido en la mesa. Crecerá sin que sepan cómo. Es un don misterioso, como el gestarse y crecer de una semilla, y pide nuestra con-

fianza en el Dios de la historia (Mc 4,26-29). Hay que acogerlo y *confiar*.

- d) El reino llega desde el Padre, que es nuestro servidor, como *don* nuevo, impredecible; por eso tenemos que estar siempre despiertos para *acogerlo* y *discernirlo* de otras novedades falsas, porque también en medio de la noche de la historia llegan los ladrones para apoderarse de nuestra vida (Lc 12,35-40).
- e) El reino *pasa por nuestra persona*, necesita de nuestra colaboración, es una propuesta de Dios, no una imposición. Al atravesarnos y dinamizarnos para crear esa propuesta, el futuro va marcándose con nuestra originalidad, y nosotros mismos nos convertimos en *creadores del futuro*. Ningún talento nuestro puede quedar ocioso (Mt 25,14-29).
- f) El reino introduce una novedad que *crea conflicto* con los instalados en su poder, en su riqueza o en su justicia religiosa. También lo crea dentro de cada uno de nosotros en lo que tenemos de incrustados en las posiciones confortables de este mundo. El desafío es vivir el conflicto *de manera creadora* sin que nos desintegre. Hay que *asumir el conflicto*, el fracaso, la pasión, como algo inherente al seguimiento de Jesús. Los instalados nos combatirán (Mt 21,23-40).
- g) El reino de Dios llegará a su *plenitud*, como ya llegó en Jesús resucitado. La certeza de la cosecha nos lleva a *celebrar* siempre y a testimoniar con la alegría de la Pascua el triunfo definitivo del reino sobre cualquier fuerza de opresión que pretenda

absolutizar la historia con su ideología o reducirla a sus proyectos y realizaciones concretas. (1.c. 14,15-24).

Servidores de la «vida verdadera» [EE 139]

Somos *creados para ser creadores del futuro*, a imagen y semejanza del Dios creador. Sólo siendo creadores podemos ser nosotros mismos. Nos realizamos como personas al colaborar con el reino de Dios, que reconcilia los fragmentos no como quien cose un pedazo de tela nueva en un vestido viejo, sino creando un vestido nuevo, sistemas sociales y políticos nuevos, desde situaciones desgarradas.

Las realidades de opresión, de exclusión y de muerte que destruyen nuestro mundo globalizado, fragmentando en pedazos pueblos, culturas y personas, y que son el «pecado del mundo», no son la última verdad. No es cierto que estamos en el final de la historia y que sólo debemos ocuparnos de los pequeños relatos. El perdón de Dios, que asume nuestra historia personal y comunitaria desde las situaciones más hundidas, desde los infiernos de la historia, *está siempre presente como gracia que sana, abre el futuro y nos lo confía de nuevo cuando se nos ha ido de las manos*. Se nos agotan las ideologías como antorchas que se extinguen en la noche de la historia: se deterioran y se derrumban los sistemas sociales y políticos transitorios. Pero la oferta de Dios sigue siempre viva y nueva. El Espíritu nos inspira siempre: «la vida verdadera» [EE 139].

Tenemos que entrar en la historia, donde crece el reino, que es para todos. Vemos a Jesús resucitado, «rey eterno, y delante de él *todo el universo mundo*» [Lc 95].

Entregados a su persona, nos ofrecemos desde nuestra pequeñez para colaborar en la construcción de su reino, sin saber todavía lo que nos va a proponer. Sólo siendo fieles a la realidad, en las orillas donde parece agotarse y en el diálogo con Jesús, iremos descubriendo todos los acentos nuevos de la vida que suscita en cada etapa del camino.

En la contemplación de los misterios evangélicos vamos comprendiendo cómo es Jesús, enteramente lleno del reino. Nos vamos impregnando de su modo de proceder. Él mismo nace sometido al imperio, viaja a Belén «para conocer subyugación a César» [EE 264], vivirá en conflicto con la sinagoga desde los comienzos de su predicación en Galilea y morirá «bajo el poder de Poncio Pilato». Entre uno y otro extremos de esta opresión en la que discurre su vida, transmite el reino en la cercanía de los encuentros, en los que enseña y sana, devolviendo la dignidad a las personas, poniendo en pie a los caídos y situando en el centro de la comunidad a aquellos a quienes el sistema judío y romano mantiene paralizados en los márgenes. *En la contemplación vamos descubriendo su propuesta concreta para cada uno de nosotros*. Esa oferta de vida nueva estará siempre viva, nunca se apagará en su surgir desde Dios hasta nosotros.

Assumamos su estilo de *pobre y humilde servidor* para ser nosotros también como él [cf. EE 147]. En ese aparente desvalimiento se revela la humildad de Dios, que todo lo rehace desde abajo, en un diálogo de apertura al poder infinito del amor inagotable. Sólo el Amor es *indopoderoso en la historia*.

La pasión por el reino nos lleva a *sufrir la pasión* [EE 197] en compañía de Jesús y de todas las víctimas de los sistemas injustos que intentan reducir la realidad a su

medida, a sus limitadas ideologías, paralizando la vida o desviándola hacia los propios intereses [cf. **EE** 195].

El verdadero servidor al estilo de Jesús pobre y humilde lleva dentro de sí la alegría que le regala el resultado como un amigo [cf. **EE** 221, 224]. Con su servicio a la «vida verdadera» testimonia la presencia del reino en el corazón de la historia. Vive su compromiso en comunión con Dios, servidor nuestro, que trabaja en la historia con una discreción infinita.

La ascética de la historia

La acción del Espíritu es la dimensión más profunda de la realidad. Dentro de la aceleración del tiempo presente que corre sin saber adónde quiere ir, en medio de cambios profundos que en gran medida se nos han ido de las manos, entre las multitudes que se agitan buscando la fruición del instante en el consumismo que llena los sentidos y embota el espíritu, nosotros afirmamos que somos invitados a colaborar con el Espíritu para construir en este mundo la vida verdadera, el reino de Dios. ¿Cómo estar disponibles para construir ese futuro? ¿Cuál es el espacio para encontrarnos con Dios activo en la historia? ¿Quiénes son los protagonistas de este cambio?

Lo primero es situarnos en las fronteras del mundo, donde todo acaba y fermenta, fuera de los centros que instalan y aseguran, donde el poder y el saber pretenden controlarlo todo y donde el consumo y la diversión anestesian la existencia. En las fronteras se acaban los caminos y se sufre la vida. Pero el impulso de crear nuevas realidades surge siempre más fuerte allí donde la vida duele en carne viva. Nos situamos en los espacios donde pesa la injusticia, en las tierras donde se realiza persona

a persona el diálogo inter-religioso, entre los que luchan por la defensa de la tierra, allí donde se buscan sistemas sociales y políticos alternativos, en las energizadas de los flujos migratorios, en los laboratorios donde se descubren las nuevas posibilidades de la vida, en los foros donde se busca con honestidad otro mundo posible.

En una sociedad que corre precipitadamente por las superficies, nosotros afirmamos que en las fronteras hay que permanecer, no sólo dejar la huella pasajera de quien no se detiene en ninguna parte. Cuando echamos raíces, tocamos el dinamismo último de la realidad, donde se succiona el sentido, la visión alternativa y la audacia de crear el futuro. En las fronteras constatamos que el poder vigente traza lo que es justo y lo que es injusto y pretende que por esos cauces corra la vida. Los que buscan tranquilidad lo asumen y se sienten seguros en el agua mansa de la opinión común. Los adictos a la transgresión encuentran algo firme para la rebelión. Entre sumisión y rebelión, lo difícil es encontrar la novedad que surge desde el fondo de la realidad como don del Espíritu para acogerla y comprometerse con ella.

En la cotidianidad se teje con cada puntada menuda el reino de Dios, la vida más humana para todos. La cotidianidad busca ser creativa, sensible, gratuita. Cada día se inventa la vida entre las mismas personas, los mismos espacios y los pequeños rituales de la convivencia. La búsqueda de lo nuevo para la sociedad se apoya en las tareas sencillas que le dan raíces, alimento, soporte, duración. Cuando la cotidianidad está abierta al futuro, se convierte en un útero materno que gesta lo nuevo en silencio y discreción. Cuando la vida común no está ungida por la novedad de Dios, se llena de tedio y de parálisis.

Apoyar el crecimiento de lo nuevo es ayudarte a crecer en medio de muchas dificultades y presiones. Hay una *ascética de fidelidad al rigor del trabajo* para la creación de instituciones que se abran camino en medio de estructuras que no siempre son favorables. Se necesitan medios económicos, sentido de la organización y competencia profesional en muchos aspectos diferentes. Lo germinal de las fronteras necesita el apoyo de otras personas situadas en otros estratos de la sociedad y de instituciones nacionales y de otros países, privadas y públicas. Hay que saber llevar el centro a lo germinal para que vea y oiga la realidad con sus posibilidades, y lo germinal de las fronteras al centro con toda su capacidad de crear solidaridad y vida nueva para todos.

Un ejemplo admirable, tanto de la fecundidad de una inspiración nacida en las periferias como de su implementación en espacios difíciles con el apoyo de muchas personas, instituciones y gobiernos que llevan dentro el fermento del reino de Dios, es la red de centros educativos de «Fe y Alegría» que está hoy extendida por toda América Latina y el Caribe y que comienza a extenderse, también desde lo germinal, por otros continentes. Empezó con unas clases a un grupo de niños y niñas en un barrio de Caracas, y hoy sigue naciendo, de la misma manera pequeña, en muchos otros espacios «donde acaba el asfalto». En su comienzo frágil lleva la mística del horizonte hacia el que se mueve y el rigor de cada paso que le posibilite crecer.

Los *pobres de la tierra* son el símbolo más fuerte, tanto del desajuste del mundo como de la fortaleza de la existencia. En el evangelio ocupan un lugar privilegiado, lo mismo que en la vida de las personas más lucidas. No son sólo las víctimas, sino que son también testigos y

creadores de nuevas realidades. Son los excluidos que Dios incluye. Esta es la experiencia de Jesús, que funda la comunidad servidora del reino entre los pobres y en tierra de pobres. Ignacio de Loyola lo expresa así:

«Son tan grandes los pobres en la presencia divina que *principalmente* para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra: “por la opresión del misero y del pobre, ahora dice el Señor: habré de levantarme”; y en otro lugar: “para evangelizar a los pobres me ha enviado”, lo cual recuerda Jesucristo haciendo responder a San Juan: “los pobres son evangelizados”, y tanto los prefirió a los ricos que *quiso Jesucristo elegir solo el santísimo colegio de entre los pobres* y vivir y conversar con ellos, dejados por príncipes de su Iglesia, constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel, es decir, de todos los hebreos. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso es su estado. [...] La amistad con los pobres nos hace amigos del rey eterno» (*Carta de Ignacio a los Pobres y Hermanos de Puebla*, 7 de agosto de 1547).

Los pobres reales son el símbolo de *todas las pobrezas* que experimenta el ser humano, no sólo por su situación en la organización de la sociedad, sino en todos los órdenes de la existencia, como la salud, la soledad, la insignificancia o el sinsentido.

Frente a la tendencia a refugiarnos en un *individualismo narcisista y hedonista*, alimentado por tecnologías que se renuevan cada día, somos invitados a movernos hacia las fronteras del mundo, donde no sólo hacemos la experiencia de la carencia y de la injusticia, sino también del impulso de crear nuevas realidades en contra de cualquier declaración de que la historia ha terminado. Ante

una cultura que promueve la alucinación del espectáculo constante, busquemos una cotidianidad con sabor.

El desasosiego de *ver a la intemperie* nos abre al don de Dios, que puede llegarnos de muchas maneras diferentes. Los rostros que están a nuestro lado serían las fuentes principales. La ascética de vivir en las fronteras nos dispone para recibir el don de Dios, su novedad impredecible.

La mística de la historia

El místico percibe cómo actúa Dios en la realidad: y cuando la oscuridad es tan grande que no se puede ver nada, lo sostiene la certeza de que Él sigue trabajando en fidelidad al ritmo inescrutable de los procesos humanos. En cualquier momento manifestará su propuesta nueva como algo pequeño y frágil que se nos ofrece y se nos confía para que lo acogamos, porque lleva dentro el futuro. La constatación de que el futuro se cierra de repente y se vuelve amenazador no detiene al servidor del proyecto de Dios.

Muchos ven hoy en los exiliados un símbolo del extrañamiento que vivimos sobre la tierra. Ni esta es nuestra tierra, en la que nos sentimos bien, ni podemos regresar hacia el pasado, ni vemos el futuro. Por eso voy a retomar dos imágenes creadas por Isaías en el exilio del pueblo judío en Babilonia. Expresan la acción de Dios en la historia y la actitud del pueblo en esta realidad: el parto y la semilla.

En medio del exilio largo, sin salida y sin retorno, el profeta Isaías nos presenta la acción de Dios en la historia con la imagen de *una mujer en gestación*, como si Dios mismo estuviese embarazado de futuro. «Desde un-

tigo guardé silencio, me callaba, aguantaba: como parturienta, jaden y resuello» (Is 42,14). Los tiempos de silencio de Dios en la historia no son tiempos en los que Dios se olvide de actuar en nuestra realidad, sino tiempos de gestación en los que lo nuevo se va configurando dentro de nosotros hasta que llega el momento en que se formula y sale a la luz. El embarazo es lento, pero cuando llega, el parto es imparable. Hay momentos en los que Dios soporta sobre sus hombros la realidad dura, aguanta la realidad y se aguanta a sí mismo para no intervenir en la historia suplantando las libertades humanas y nuestros ritmos vitales. Lo nuevo nace con dolor y pequeño, y hay que protegerlo y cuidarlo para que no muera. Nuestra estrechez tiene que abrirse a lo nuevo, que muchas veces es inconcebible y viene a perturbar nuestra existencia acomodada en la esterilidad. Jesús retomará esta misma imagen. La tristeza de los discípulos sacudidos por la pasión se transformará en la alegría que nadie les podrá quitar. Son semejantes a la mujer que sufre con los dolores del parto, pero se alegra con la vida nueva que ha traído al mundo (Jn 16,21).

La otra imagen viene del universo campesino. El reino de Dios es como la *semilla* sembrada. Después del trabajo de la siembra, en la que el campesino arriesga las pocas semillas que tiene, aparentemente no ha pasado nada, la tierra sigue desolada. Él se va y confía al misterio las semillas. Pero en el momento preciso las fuerzas tan frágiles se abren paso en medio de la tierra tan dura. Después habrá que cuidar ese dinamismo de vida que llega constantemente desde la oscuridad. Ese es el grito jubiloso del profeta al pueblo hundido en la desolación del exilio. «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is

43.18). Es una invitación a salir de los recuerdos que entretienen la nostalgia para abrir los sentidos a la historia y percibir lo nuevo que llega, «Abrase la tierra y germine el salvador» (Is 45.8), dice Isaías. Se abre la tierra y brota el reino de Dios, dirá Jesús (Mc 4.26-29).

El místico percibe las señales, y en los dolores y la pesadez del embarazo presiente la vida futura, de la misma manera que el campesino sabe ver el tragal y el pan compartido en la mesa cuando sólo tiene en las manos un puñado de semillas. La cotidianidad es muda para el extraño, pero llena de vida para el que la siente correr por sus venas.

Estas son dos imágenes de incertidumbre por su fragilidad y, al mismo tiempo, de fortaleza por la vida que llevan dentro. Es la fortaleza de la debilidad de Dios. En las fronteras hay que pegar el oído al vientre de la historia para escuchar el latido de la vida nueva, y hay que inclinarse sobre la tierra para ver cómo las pequeñas hojas que nacen son hierba buena que promete fruto. Cuando la semilla se convierte en pan, se congrega el pueblo para compartir; y cuando el recién nacido surge como un profeta, entonces se reúne en torno a él el pueblo para escuchar. El crecimiento difícil, que no devalúa lo germinal, se apoya en la experiencia mística, que sintoniza nuestra obra con el actuar de Dios que trabaja con nosotros.

Llegará inevitablemente el tiempo de la Pascua. Aparentemente, los decretos de instituciones poderosas, las cárceles, los martillos, los clavos y las halas siempre parecen destruirlo todo, pero en realidad siempre llegan tarde, pues ya la palabra está sembrada en muchos surcos y vientres generosos. El profeta extirpado no ha tenido éxito, pero ha sido fecundo en el vientre de la historia, donde se gesta sin receso la novedad del proyecto de Dios.

Jesús utilizó la imagen del fuego para expresar la pasión que llenaba su vida por el reino. Era el mismo fuego que purificó los labios de Isaías, que andó en los huesos de Jeremías o que deslumbraba en el rostro radiante de Moisés. «Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero, sino que arda?» (Lc 12.49). La mística por el reino de Dios, como verdad última de la historia, ha enviado siempre personas a las diferentes fronteras del mundo para iluminarlas con ese fuego.

En la entrada de la capilla de la curia de los jesuitas en Roma hay una estatua de San Ignacio enviando a los misioneros a las fronteras del mundo que se iba descubriendo. En la base está escrito: «Te inflamate omnia». Se cree que Ignacio se lo dijo a Francisco Javier cuando lo envió al Oriente: «Vete, inflámalo todo». Es una imagen poderosa, pues el fuego se propaga por contagio, no se transmite a distancia. Hay que aproximarse a las personas, a su situación concreta, para transmitirles la pasión por este mundo nuestro que Dios ama.

DEMASIADO TARDE

¡La muerte llegó temprano
a la vida de Jesús!

¡Las cruces y los clavos,
los sables y las halas
siempre llegan tarde!

Ya las palabras del profeta
se gestaban escondidas
en los cuerpos maternales
bajo el silencio impuesto,
donde los poderes armados
no podían encontrarlas.

4. La comunidad: ¿confluencia de individualismos o un cuerpo sin exclusiones?

Redefinir la comunidad

En la «modernidad sólida», los procesos de socialización estaban bien marcados, y los jóvenes se iban incorporando a la sociedad transitando sendas comunitarias trazadas y seguras. La dimensión comunitaria de la familia, la escuela, la iglesia, el barrio y otras organizaciones sociales estaba bien delimitada en su contenido y garantizada por sus controles. Los rasgos principales de la identidad se recibían con el nacimiento.

Con la disolución de la capacidad normativa de las instituciones, en la «modernidad líquida» todos nos sentimos confrontados a un mundo de posibilidades que tratan de imponerse, nos retan y nos obligan a entrar en un proceso de personalización. Nuestra propia identidad no viene configurada como una herencia en sus líneas esenciales por valores e instrucciones tradicionales, y cada cual tiene que asumir la tarea de definirla. Este proceso produce en muchas personas un «descontrol» por el que se les van de las manos las riendas de su vida.

Por esta pérdida de control, el construirse a sí mismo provoca en muchas personas una ansiedad que las impulsa a crear una multiplicidad de organizaciones comunitarias de características muy diferentes. A veces vemos grupos que defienden valores sanos, compatibles con la sociedad libre en la que vivimos, pero en otros casos surgen grupos que son una amenaza, como las células y redes terroristas, las bandas que secuestran y extorsionan, los nacionalismos extremos o las organizaciones que reprimen a los inmigrantes.

Nuestra realidad comunitaria ha cambiado y se expresa de muchas maneras. La vida comunitaria tiene que redefinirse con creatividad. Puede ser más auténtica o puede quebrar más aún a las personas y a la sociedad. Pero algo se revela muy claro: las sociedades hipermodernas crean angustia, y la necesidad comunitaria surge con fuerza para disminuir la ansiedad y el desconcierto.

Del yo solo e inseguro a lo comunitario

Todos tenemos necesidad de vivir en comunidad. Nadie puede ser una persona sola, aislada de los demás. Por otro lado, la cultura actual nos presenta diferentes modelos para construir nuestra identidad en medio de formas comunitarias cambiantes y frecuentemente de pobre calidad humana.

Constatamos hoy un *sentido de pertenencia muy débil*, y la pertenencia es un componente básico de la identidad. Todos necesitamos para nuestra propia salud psíquica tener un sentido de pertenencia consistente. Esto supone adhesión a un grupo con el que nos sentimos solidarios, empatía con los miembros y recíproco sentimiento de pertenencia, que «se alimenta de experiencias solidarias de comunión. Convivir, concelebrar, colaborar y compartir son los cuatro verbos generadores del sentido de pertenencia» (cf. J.M. URIARTE, *Ser sacerdote en la cultura actual*, Sal Terrae, Santander 2010, p. 35).

Han surgido diferentes formas de familia. Junto a la tradicional, formada por padre, madre e hijos, encontramos familias homosexuales con dos padres o dos madres, con uno solo de los cónyuges, parejas que viven separadas pero que se encuentran de vez en cuando... Incluso, debido a la escasez de viviendas, hay familias

en las que los esposos divorciados siguen viviendo juntos durante años en la misma casa. En la escuela se refleja el pluralismo de concepciones de la vida que se dan en la sociedad, generalmente con poca capacidad de ayudar a crear actitudes propias. La multiplicidad de ofertas religiosas, tradicionales o exóticas, y las nuevas sectas llegan hoy a todas partes, en el regreso de los dioses a la ciudad secular. El mundo del trabajo, que en otros tiempos podía crear lazos afectivos de solidaridad, sindicales, de un proyecto laboral común, se ve hoy amenazado por la posibilidad de una crisis, de un cambio de empresa, de un despido imprevisto o de tener que realizar un trabajo emergente para el que no nos hemos preparado.

Todas estas formas comunitarias no son realidades estáticas y asentadas, sino que se mueven en una dirección impredecible. No se trata de modos sólidos y bien definidos de concebir la vida, sino en constante movimiento. Intentan desplegar todas sus potencialidades y ocupar un espacio en la sociedad, con reconocimiento legal cuando es necesario. Colectivos que antes se esculaban en la sombra hoy desfilan con orgullo en columnas manifestaciones por las calles de las principales ciudades del mundo.

Entre tantas ofertas diferentes y a veces contradictorias, cada persona tiene que escoger su vida, el tipo de familia que quiere formar, la manera de vivir su sexualidad, su afiliación política, sus grupos de pertenencia. No se quiere vivir cosas impuestas por la tradición. Nada se da por evidente. Todo hay que revisarlo.

El proceso de individualización crea con frecuencia personas inseguras, «identidades inciertas». Por esa misma se siente la necesidad de algún tipo de pertenencia comunitaria. Hay un profundo déficit de lo comunitario.

«Lo que emerge de las muchas normas sociales es un ego desatado, asustado, agresivo, que busca amor y ayuda. En la búsqueda de sí mismo y de sociabilidad afectiva, se pierde fácilmente en la jungla del yo [...]. Alguien que está olisqueando en la niebla de su yo ya no es capaz de darse cuenta de que este aislamiento, "este confinamiento solitario del ego", es una sentencia o condena masiva» (U. BECK, *La individualización*, Paidós Ibérica, Barcelona 2003, p. 26).

En este déficit de lo comunitario surgen muchas organizaciones y grupos que en realidad no son más que individualismos que se encuentran en un momento determinado, llenan alguna necesidad personal y regresan rápidamente a sus cuevas. Divorciados, padres de hijos alcohólicos, adiestradores de palomas mensajeras, coleccionistas de autos antiguos, fanáticos de un artista de moda, seguidores de un equipo de fútbol y muchas otros grupos que se congregan impulsados por necesidades y aficiones distintas, reúnen por un instante a personas que expresan sus temores y expectativas, y después se pierden de nuevo en su individualismo protegido. Junto a estos grupos habría que añadir hoy los grupos asociados en redes de amigos para ventilar sus preocupaciones «on line», para expresarse simplemente, sin ninguna incidencia más allá del propio grupo. Se puede tratar de un «narcisismo colectivo» (G. LIPOVITSKY, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona 2002, p. 14).

El proceso de personalización se puede vivir de modo responsable, es decir, abierto a los demás y preocupado por los problemas que afligen a la humanidad. También se puede vivir de modo irresponsable, con un individualismo que se cierra sobre sí mismo. Cada día se producen nuevos aparatos que favorecen el aislamiento

respecto de los demás y la creación del propio universo virtual, que uno traslada fácilmente consigo donde quiera que vaya en diminutos dispositivos electrónicos, aunque cambie de un país a otro. En la misma familia, en la misma comunidad, cada uno puede tener sus instrumentos de conexión, con los que entra en su propio grupo de relaciones virtuales, mientras la relación con las personas reales que lo rodean puede ser de muy pobre calidad.

Una de las realidades que *distorsiona la dimensión comunitaria en nuestro mundo fragmentado es el «miedo líquido»*, difuso, que nos hace preguntarnos por dónde vamos a ser atacados y cuándo. Las cámaras de vigilancia miran las veinticuatro horas del día a la entrada de los edificios, en las urbanizaciones exclusivas. Las puertas de las casas están cerradas, protegidas por rejas, perros y guardianes privados. Los chequeos en los aeropuertos son cada día más sofisticados y rigurosos. ¿Quién sería esa persona de piel oscura que se acerca por la calle? Las amenazas de los fundamentalistas resueltos, entremidos e inteligentes, llegan regularmente a los medios de comunicación, y ya han demostrado que pueden hacer daños increíbles en el corazón simbólico de las grandes ciudades. La crisis económica, los despidos de los empleos de toda la vida, la volatilidad de los ahorros en los bancos, la vida contra reloj para pagar la hipoteca de la casa y los plazos del auto introducen el miedo en los hogares como un componente inevitable de la vida cotidiana. La amenaza de enfermedades nuevas se extiende con rapidez en este mundo tan interconectado, a pesar de los controles sanitarios, y genera incertidumbre. Las reacciones imprevisibles de la naturaleza maltratada y las amenazas de un ataque nuclear aparecen permanentemente en nuestras pantallas.

«La modernidad tenía que ser el gran salto adelante: el que nos alejaría del miedo y nos aproximaría a un montón libre de la ciega e impermeable fatalidad (esa gran incubadora de temores). Como bien reflexionaba Víctor Hugo, hablando con añoranza y elogiosamente sobre la ocasión impulsada por la ciencia ("la tribuna política se transformaba en científica"), una nueva era vendrá que supondrá el fin de las sorpresas, las calamidades y las catástrofes — pero también de las disputas, las falsas ilusiones, los parasitismos... en otras palabras, una época sin ninguno de los ingredientes típicos de los tiempos. [...] *Los tiempos vuelven a ser tiempos de miedo*» (Z. BAUMAN, *Miedo líquido*, Paidós, Barcelona 2007, p. 11).

Cuando los miedos se enfrentan de manera individual, como suele suceder, se promueve toda una industria de la seguridad y la prevención que reporta grandes beneficios. De esta manera, el miedo no disminuye, sino que confirma aún más los temores de todos los ciudadanos, que no pueden defenderse con esos medios tan sofisticados.

También existen «comunidades de sentido» donde las personas encuentran una experiencia muy profunda que unifica su vida, como sucede en algunas comunidades cristianas. Facilitan que cada cual haga una experiencia de trascendencia, y desde allí se integra la vida, las relaciones con los demás y la apertura a los grandes desafíos de nuestra realidad, superando de esta manera el encerramiento en un yo narcisista o en un grupo que se complace en sí mismo, protegido en el arco de su propia verdad, mientras afuera se ahogan los demás en el diluvio del mundo líquido.

Este proceso de la posmodernidad nos lleva a *valorar más las dimensiones comunitarias de la vida y, por*

lo tanto, a trabajar para que sean más auténticas, no meros moldes formales que nos imponen con rigidez unas pautas de vida que nosotros no asumimos desde dentro. Las familias, las escuelas, las comunidades religiosas, las comunidades eclesiales... tienen hoy el desafío de crear una calidad de vida comunitaria muy superior a la de tiempos pasados, pues la cultura en su conjunto y las tecnologías que aparecen cada día empujan a las personas a un individualismo centrado en las satisfacciones individuales. Pero no es fácil, pues los marcos sociales en que nos movemos no ayudan a realizar este diálogo, y no podemos cambiarlos tan fácilmente como quisiéramos, pues escapan a nuestro control.

El reino crea comunidad y se anuncia desde ella

Con Jesús surge en el mundo palestino una persona de una originalidad inagotable de la que todavía hoy seguimos viviendo. Jesús fue haciéndose poco a poco, ayudado por la vida familiar, en medio de las transparencias y las oscuridades que inevitablemente se encuentran entre las personas que se aman. Entre dolores y alegrías. Esta originalidad asoma cuando Jesús se queda en el templo a la edad de doce años, y su Madre le pregunta: «¿Por qué has hecho esto con nosotros?» (Lc 2,51). María no entendía, pero llevaba todas esas cosas en el corazón. Es decir, las llevaba en el amor, única forma de acoger el misterio de la persona a la que queremos y que nos hace sufrir.

Cuando Jesús aparece en el Jordán, se encuentra rodeado de un grupo del pueblo que se identifica con las palabras de Juan, desean bautizarse para convertirse y comenzar una vida nueva, abrirse con esperanza al futuro liberador que llega desde Dios. Jesús está en medio de la

gente, pues es uno más del pueblo; pero al mismo tiempo está en la soledad de la oración, donde se siente querido por el Padre. Desde la experiencia de sentirse amado puede acoger la misión que se le confía en medio del pueblo, al que invita a una comunión en torno al reino que des-punta y que es más creadora de vida verdadera que la herencia de leyes de la sinagoga repetida hasta la saciedad.

No se quedará como Juan en el Jordán, recibiendo a los peregrinos, sino que *formará una comunidad original, nueva, itinerante*, para ir a buscar a las personas allí donde se encuentran: en los surcos mal pagados, en sus mesas de cobradores de impuestos o en sus camastros de enfermos. No irá solo, pues el reino anuncia la reconciliación de toda la realidad y sólo se puede anunciar desde una comunidad, no desde la valentía carismática de un profeta solitario. Además, es algo tan nuevo, que hace falta el apoyo afectivo de amigos y amigas para enfrentar las resistencias que genera.

En el lento y difícil proceso de formar la comunidad, primero se dan *encuentros personales*, en los que se conversa largamente. Jesús se encuentra con Juan y Andrés en el Jordán (Jn 1,40-41). Andrés le presenta a Jesús a su hermano Pedro. Lo mismo haría Juan con su hermano Santiago. Después, Jesús busca a Felipe y a Natanael. (Jn 1,43-44)

De todas las personas que Jesús va encontrando, escoge en las *orillas del lago* a un pequeño grupo de ellas para que lo *acompañen y permitan ver* lo que está sucediendo en Galilea: cómo las personas se transforman en el encuentro con Jesús y la confrontación que nace muy pronto con la sinagoga judía. Un Mesías muy diferente de lo que se esperaba ha llegado, y lo ha hecho por caminos no previstos. (Mc 1,16-21)

Más adelante, escogerá *en el monte* a doce discípulos para estar con él y para ser enviados prolongando su presencia y su actividad (Mc 3,13-19). Nace una *comunidad de vida y de misión*. El grupo especial de los doce, cada uno con su nombre propio, tiene un rol específico en medio de la comunidad más amplia de hombres y mujeres que lo siguen. Jesús mismo se sentirá maravillado y dará gracias al Padre por la forma en que se manifiesta al mundo a través de esas personas sencillas del pueblo (Lc 10,21).

Esta comunidad de vida se convierte en una *comunidad de destino* cuando Jesús deja la región de Palestina y se dirige a Jerusalén para confrontar a las instituciones del pueblo, que se cierran al reino que llega para todos (Mc 8,31). A Pedro, que se coloca en medio del camino para disuadir a Jesús y no dejarle pasar, le llama «Satanás». Y a todos sus seguidores les dice que quien quiera seguirle también tiene que cargar con la cruz para ser crucificado en ella. En ese momento, la cruz no era una metáfora piadosa ni un adorno de oro en el cuello, sino el instrumento de muerte más denigrante y cruel del imperio romano (Mc 8,32-38).

Sólo después de la pasión de Jesús y la muerte de todas las posibilidades, la *comunidad pasional* surge desde la desproporción de un brote mínimo frente a las poderosas estructuras del imperio y frente al control de la sinagoga judía. Ha nacido la verdadera comunidad cristiana, que vive su originalidad desde lo pequeño, como les sucede hoy a muchas comunidades cristianas que surgen como un milagro del Espíritu en medio de fuerzas muy poderosas que, sin embargo, no pueden acallar con esa fragilidad germinal que llena de sentido y de pasión creadora la vida de las personas, que no se dejan paralizar

por la descalificación social, por la persecución ni por la muerte.

Libertar el corazón para vivir la comunidad

En los Ejercicios Espirituales se vive un profundo proceso de personalización, de liberación interior, para ser plenamente uno mismo, sin poner la consistencia personal simplemente en normas, ritos, dogmas o instituciones, sino en el encuentro con Dios. Cada uno se enfrenta con Dios y consigo mismo desde la soledad de su propio ser original, para encontrar en la profundidad de su corazón la puerta de la trascendencia. Desde el encuentro con Dios se reconstruye la persona, que, al ir avanzando en el proceso espiritual, va integrándose en la *comunidad* como espacio para seguir viviendo su fe y su compromiso por el reino de Dios. «La ley fundamental de la vida espiritual es que el Espíritu tiende siempre hacia el cuerpo, que la misión del Espíritu significa siempre *encarnación y edificación del cuerpo de Cristo*» (Et 4,12). El Espíritu se edifica un cuerpo. Inversamente, reconocemos la autenticidad de los gestos en que la misión se encarna por su conformidad con Cristo» (K. Rahner).

El ejercitante revive el proceso de Ignacio, que al comienzo de su conversión recorría «salo y a pie», con la confianza puesta únicamente en Dios, los caminos de Europa, y al final fue siendo llevado por el Espíritu a crear una comunidad de «amigos en el Señor» que se sirva en el corazón de la Iglesia. Desde la *comunidad eclesial* hay que salir a los caminos donde se encuentra la realidad, porque ahí trabaja el mismo Espíritu en cada uno de los fragmentos; ahí asoman por todas partes los signos su acción, que nos ofrece los brotes de la vida nueva para todos.

Esta misión sólo se puede realizar en una comunidad cristiana de personas frágiles que constantemente van a experimentar en sí mismas y en las relaciones mutuas el peso de los límites. Ahí mismo van a sentir la fortaleza del Espíritu, que no deja que nos paralicen los límites.

Las «reglas para sentir en la Iglesia» [EE 352-357] nos orientan en la manera de pertenecer a la comunidad eclesial, «nuestra santa madre la Iglesia jerárquica», en una síntesis de obediencia y de libertad creadora, de pecado real y de gracia, que supera el pecado, de innegables errores históricos y de apuestas por nuevos comienzos: de profunda inserción humana y de apertura a la trascendencia de Dios, que crea el futuro con nosotros.

La aséptica de la comunidad

Los hermanos no se escogen. Llegan convocados por una realidad que es superior a la decisión de cada persona individual. En la familia nos encontramos con los hermanos que van naciendo. En la comunidad cristiana, los hermanos llegan impulsados por el Espíritu. En la vida religiosa, acuden los que se sienten llamados por Dios a vivir en comunidad con otros que también han sido convocados por el mismo carisma.

En la cultura actual existen dinamismos individualistas muy fuertes que tienden a dispersar las comunidades y a encerrar a cada uno de nosotros en nuestra soledad, protegida con contraseñas electrónicas. Dejamos entrar a quien queremos, y contamos con un clic aséptico a los que no superan el examen. Cada uno de nosotros puede ser el vehículo en el que viaja hasta el corazón de la comunidad algún tipo de dinamismo que tiende a fragmentarla, pues respiramos fuerzas culturales diferentes y contradictorias.

Ante la experiencia angustiosa del individualismo, nacen hoy muchos tipos de comunidades. Existen *comunidades abiertas a la realidad que Dios ama* y con capacidad de dialogar con ella, y existen otras que se cierran como el arca de Noé cuando empezaron a caer los primeros aguaceros del diluvio. Viven con todos los mecanismos de defensa conectados con alarmas. Otras atacan con fuerza y piden que «haje fuego del cielo sobre los que no son de los nuestros».

Cuando la comunidad se siente *enviada al mundo con una misión* determinada —evangelizar, crear una familia, trabajar, en definitiva, por el reino de Dios—, se ve atravesada por un dinamismo de vida que la transforma y la recrea. Desde la experiencia de crear la novedad de Dios entre el pueblo, retornamos a la comunidad con el sabor de esa novedad en la garganta que la proclama y en las manos que la realizan.

La comunidad hay que cultivarla. Cada uno de nosotros debe dedicarle tiempo, afecto, imaginación y recursos. Hay verdaderos orfebres de comunidad, y hay piedras de tropiezo que nadie quiere encontrar a su lado.

La comunicación y la participación son clave para permanecer unidos. Eso facilita la comunión, que no es sólo de sangre o de espíritu, sino también de tiempo, de acontecimientos y decisiones que afectan a todos. La capacidad de *discernimiento* desde nuestro sentido de pertenencia es clave para tomar decisiones que afectan a cada vida concreta y al rumbo de toda la comunidad.

Necesitamos concretar en modos de proceder respetuosos de cada originalidad lo que queremos vivir. *Rituales sencillos y cotidianos nos permiten celebrar* y alimentar el sentido que nos une. En fechas especialmente significativas, organizamos grandes celebraciones que

fortalecen la identidad del grupo dándole cohesión hacia dentro y afirmación hacia fuera, como una comunidad con sus características específicas que la hacen diferente. *Celebrar no es opcional ni superfluo*, es una dimensión de la vida comunitaria que nos recuerda su valor, el horizonte hacia el que nos movemos y la decisión de seguir cultivándola.

Todos estamos urgidos a *aceptarnos unos a otros tal como somos*, abriendo un espacio cálido al nuevo que llega. El criterio de unión se sitúa más allá de la amistad, de la simpatía o del rechazo que yo siento. En toda relación hay transparencia, entendimiento, agrado, pero también existen sombras, misterio y deficiencias que hacen sufrir. Pretender una comunidad idílica en la que todo esté siempre bien es una falta de respeto a las personas reales y a los procesos en los que se van haciendo o deshaciendo, creciendo con todo su potencialidad o desintegrándose en la decrepitud insostenible. La superación de las diferencias nos ayuda a crecer como individuos y como comunidad.

A pesar de todos los esfuerzos por resolver las diferencias, en las comunidades aparecen *problemas que no tienen solución* a corto plazo. Hay que aprender a vivir con hermanos heridos de manera definitiva en su salud física, psicológica o espiritual. En una cultura del bienestar, con componentes hedonistas y narcisistas tan fuertes, donde se valora la eficiencia y la capacidad de luchar para abrirse camino, ¿dónde buscar el sentido para asumir procesos de deterioro irreversible?

El alimento para sostener buenas relaciones se encuentra en el origen del mismo dinamismo que nos une a todos, en vivir desde el Espíritu. Las relaciones están orientadas hacia el crecimiento, si no se corrompen y surgen situaciones ácidas que las corrompen. Por eso mis-

mo hay que crecer en el amor siempre vivo de donde nació la comunidad y desde donde está invitada a crecer en la cotidianidad.

Es sorprendente cómo, contra toda lógica utilitaria o hedonista, existen *comunidades de personas con profundas limitaciones psíquicas y físicas* que constituyen admirables expresiones de la trascendencia que nos une a todos. Nos dicen constantemente que los límites no son razones necesariamente disolventes e insuperables para establecer relaciones humanas de calidad evangélica. Las heridas de los demás pueden abrir en nosotros las puertas de la ternura, que nos transforma también a nosotros llenando de sabor nuestra interioridad.

En una sociedad con tantas personas rotas y solitarias, necesitamos vivir más «la espiritualidad de la caña quebrada y el pábilo vacilante» (Is 42,3) en formas de comunidad inspiradas en el evangelio de Jesús que acorran y ayuden a rehacerse a los heridos de nuestra sociedad (cf. M. IRRIBERRI VILLABONA, *Vida Religiosa e misión social*, Confer. Madrid).

En barrios marginados y campos apurados existen comunidades vivas, lúcidas y comprometidas con su realidad, que acuden a *celebrar la Eucaristía* con una alegría y un espíritu de comunión que desafían la lógica y las estadísticas. ¿Cuánta salvación nos puede llegar desde estas comunidades construidas en las orillas excluidas del mundo, que crecen desconcertando las razones de los instruidos...!

La misteria de la comunidad

Dios es trinidad, comunidad. Se nos ha revelado como Padre que nos envía al Hijo encarnado en nuestra historia y nos alienta con el Espíritu desde la interioridad de

toda persona. Como nos dice san Ireneo, el Hijo y el Espíritu son las dos manos con las que el padre nos abraza. El que se encuentra con Dios entra en ese dinamismo que transforma a cada persona y crea el tejido comunitario a imagen y semejanza de Dios.

San Pablo usa la *imagen del cuerpo* para expresar cómo es precisamente la diferencia unida entre los miembros la que crea una comunidad (Rm 12.4; 1 Co 12.12). Pero todos los miembros tienen que estar movidos con funciones diferentes por el mismo Espíritu. También usa una *imagen musical*: «Sed un himno a la gloriosa generosidad de Dios» (Ef 1.6). En una sinfonía, las notas tienen que ser diferentes y sonar en un tiempo preciso y con una intensidad distinta, pero todas orquestadas por la misma inspiración.

En la *tarea cotidiana*, los ojos de los místicos, como los del evangelista Juan (Jn 21.1-14), son los que perciben al Resucitado en el pescador experto que desde la orilla del lago nos dice dónde hay que echar las redes para ser fecundos, y que nos prepara pan y pescado asado sobre brasas para compartirlos después de una noche de trabajo.

En cada *fracción* elevamos en medio de la comunidad el pan y el vino. En ellos hay realmente trabajos mal pagados de campesinos y de obreros, audacia de sembrar las pocas semillas que quedan en casa y las angustias ante el mal tiempo que puede acabar con la cosecha, andar de hornos y girar de molinos, fermentación en las bodegas, las incidencias del transporte y las transacciones del mercado. Toda esta realidad humana, justa e injusta, está ahora reconciliada en el pan y el vino del altar. Ella se transforma en presencia del Resucitado. Cuando comulgamos esta misma presencia, todos nos

sentimos unidos por la misma inspiración, que nos lleva cada día a construir nuestras comunidades y a salir desde ellas para construir el reino de Dios, que nos incluye a todos.

El sueño de un mundo sin exclusiones se alimenta en comunidades que integran cada día sus diferencias por la fuerza que nos llega desde más allá de nosotros mismos. La *comunidad cristiana*, en sus diferentes concreciones —la familia, la comunidad religiosa y otros grupos dentro de la gran comunidad—, se rehace desde la apertura al misterio que nos sorprende siempre como una presencia amiga en medio de la noche y del mar agitado, mientras avanzamos en la pequeña barca (Mt 14.29), o en la oscuridad de la casa donde estaban los discípulos con las puertas y ventanas cerradas por el miedo, la culpabilidad y el desconcierto (Lc 24.36).

En definitiva, seremos transformados por la misma experiencia del Resucitado para permanecer unidos y para salir a las calles de Jerusalén y anunciar que el sueño del justo, asesinado tres días antes, es el futuro que nos congrega a todos y es más fuerte que los límites personales, el imperio, la sinagoga y la misma muerte.

YA HEMOS RESUCITADO
(Col 3.1; Ef 2.6)

¡Jesús resucitado,
último destino
al que ya ha llegado
todo cuanto existe!

En tu cuerpo galileo
se remansan tus trabajos
de maderas y caminos,

y ya se han hecho eternos
 los minerales y los frutos
 que edificaron tu estatura.
 En tu piel tostada
 reposa el beso lento
 del sol en cada jornada
 y la brisa del lago.
 En tu mirada sin párpados
 festejan los colores
 de flores y de alas.
 Formas parte de ti todo «tú»
 que te permitió decir «yo»,
 al crecer en cada encuentro.

En tu cuerpo de gloria
 veo las huellas serenas
 de la cruz y del sepulcro.
 Hasta ti ya llegaron
 las manos creadoras
 clavadas a maderas,
 los frentes lígidas
 horadadas por espinas,
 los corazones libres
 atravesados por el hierro,
 las espaldas pobres
 congeladas con desprecio.
 En tu cuerpo universal
 danzan los sueños
 de todos los justos
 encerrados vivos o muertos
 con losas de piedra
 y certificados oficiales.

Con tu mano derecha
 nos elevas el mentón
 a los verdugos cabizbajos,
 nos miras con ternura
 y nos sanas con tu abrazo.

Constantemente regresas
 a la comunidad de tus amigos,
 a sus días tullidos
 en la esquina del triado,
 en la confusión del desencanto,
 y los devuelves a las plazas
 como testigos universales
 de nuestra última verdad:

En Jesús resucitado,
 los que vamos de camino
 ya hemos llegado todos
 al encuentro sin fin
 al que se dirige
 todo lo creado.

Ahora
 ya nos adentramos unidos
 en el misterio irreversible
 de su abrazo.

IV

Un solo dinamismo inseparable: integración personal e integración en la realidad

1. El Dios de mi intimidad es también el Dios de toda la realidad

Hemos visto cómo la experiencia de Dios es integradora de la persona porque no está limitada a una parte de nuestro ser, sino que lo abraza por entero, con toda su trayectoria vital, sus sueños y su pasado, lo consciente y lo inconsciente, unificándolo en el amor. *El cuerpo, el pensamiento, la afectividad y la decisión* son alcanzados por el mismo encuentro, superando rupturas, sanando viejas heridas, dinamizando nuestros sueños y nuestros deseos más hondos. A la larga, esta experiencia es consoladora y llena de sentido nuestra vida, aunque, por distintas razones, en la oración podamos atravesar épocas o episodios de oscuridad y sinsentido que también pueden formar parte del itinerario hacia la unificación y la alegría.

En este encuentro íntimo recibimos una propuesta de Dios que nos devuelve a la realidad, al *cosmos*, a *toda otra*, para realizar la *historia* del reino desde la *comunidad*. Su propuesta espera nuestra respuesta. No nos quedamos encerrados en un narcisismo hedonista, preocu-

pados por nuestra propia perfección, nuestro bienestar y nuestra imagen. El Dios de la intimidad nos cita en la historia. Nos dice «Vete», sino «Ven conmigo». Él va a nuestro lado.

Estas dos dimensiones de la relación con Dios son inseparables y se potencian mutuamente. El Dios encontrado en la intimidad es también el que trabaja en la realidad comprometido con ella. La relación con Dios puede darse sin interrupción. Cuando pasamos de la contemplación a la acción, seguimos la misma relación. Las calles, cines, transportes y centros comerciales no son profanos, sino diáfanos para el que sabe mirar. Los gobiernos pueden quitar el nombre de Dios de plazas y calles, pero no pueden sacar a Dios de la hondura de la realidad.

Necesitamos llevar a la oración el ruido del mundo, y acercarnos a las calles y plazas con el sentimiento de la presencia de Dios que deseamos percibir atravesando la cáscara de la realidad. No todo es líquido y fugitivo en la realidad. No hay que vivir tirando a la basura lo viejo para conseguir lo nuevo. El Espíritu, que acompaña a la vida en su carrera desbocada, ofrece continuidad y consistencia a todos los instantes y escenarios.

Esta manera de situarse en la realidad no es fácil. La sociedad nos educa para mirar de otra manera y ver lo que interesa a los dueños de las sensaciones. Consciente de esta realidad, y sin ingenuidad alguna, el servidor de «la vida verdadera» se ejercita en buscar esa presencia de Dios para unir sus manos a las de Él y abrazar juntos la misma espalda encorvada o reparar juntos el mismo bache de la calle.

2. Buscar el mundo en el corazón de Dios y a Dios en el corazón del mundo

El mundo ha nacido del corazón de Dios, que «es amor» (1 Jn 4,8). En su corazón sigue estando y hacia su corazón se dirige. Por eso podemos decir que al movernos por la realidad tenemos que buscar en ella a Dios; y al contemplar a Dios tenemos que ver al mundo en su corazón.

Este es el desafío contemplativo del creyente y es también el fundamento de todo compromiso con la transformación de este mundo. Al abrir los ojos, nos encontramos con la belleza del cosmos, con la bondad de las personas, con fidelidades incondicionales que nos han acompañado durante toda la vida con una gratitud sorprendente y están inscritas para siempre en la columna vertebral de nuestra identidad.

Inevitablemente tropezamos también con el dolor, con las injusticias que nos hacen dudar del corazón humano, con los terremotos que nos estremecen, con los huracanes que arrojan nuestras creaciones... Pero el dolor no es la última verdad. El sufrimiento también alcanza a Dios. El corazón de Dios tiene cicatrices. Sabemos que, al crearnos, Dios no puede crear otros infinitos, sino seres limitados en un escenario limitado. Los límites nos acompañan siempre. Cuando vivimos los límites cortados de Dios, nos vamos desangrando en los rincones de la queja; pero cuando los vivimos en comunión con el Ilimitado, experimentamos la fuerza de la resurrección, que nos rehace por dentro y nos devuelve al mundo para realizar los nuevos sueños que se han ido gestando dentro de nosotros, en medio de las piedras que nos han estado cercando como sepulcros. La experiencia de la resurrección no sólo llega a nosotros como una luz

que se enciende de repente, sorprendiendo nuestros procesos interiores, sino también como una maduración lenta en el árbol de la vida.

Desde esta experiencia de lo humano, que sólo se encuentra en el «sajao» de la realidad, no dejamos que el desencanto propio de nuestra cultura sea el peso que se nos vaya asentando en el corazón, en las coyunturas y en la sensibilidad. Ni la diversión continua ni el consuntismo, que nos suavizan y anestesian la vida con sensaciones superficiales cada vez más audaces y sofisticadas, que nunca cesan de llegar a nuestros sentidos, nos podrán ofrecer lo que sólo se encuentra en el amor comprometido hasta las cruces cotidianas donde experimentaríamos que el Dios crucificado nos acoge y respeta con nosotros, en el éxtasis de la transfiguración.

La contemplación de las crucificados de la historia y el compromiso con ellos nos van a conducir a encontrarnos con Dios, que es Amor, y a adentrarnos en su misterio de una manera siempre más honda, más allá de lo que podemos imaginar.

3. En la visibilidad del Hijo y la discreción del Espíritu

Dice san Ireneo que el Hijo y el Espíritu son las dos manos del Padre. Con ellas crea y nos abraza. Nosotros somos invitados a vivir en el don del Hijo y del Espíritu, en la visibilidad encarnada y en la interioridad inspirada.

Impresiona contemplar a Jesús de Nazaret caminando por las orillas del lago de Tiberíades. Ese galileo joven, artesano y pobre, actúa con una audacia sorpren-

dente. No se apoya en instituciones poderosas, ni en prestigios académicos certificados, ni en seguidores cualificados. Cuando mira la realidad, la ve como un campo maduro para la siega. Contempla cómo el reino de Dios se asoma en la búsqueda de la gente sencilla. Ve que el reino de Dios ha llegado.

No es lo mismo anunciar el reino de Dios como un mandamiento que hemos recibido que hacerlo porque lo vemos crecer en las personas y los acontecimientos. Cuando lo experimentamos, nos impulsa y nos llena de audacia. Jesús hace frente a la sinagoga y a las expectativas desmesuradas del pueblo. Sorprende a los propios discípulos con sus iniciativas. En la subida a Jerusalén para anunciar el evangelio en el centro del judaísmo, donde las instituciones concentran todo el poder para reprimir, él va siempre por delante, tirando de sus amigos (Mc 10,32); y cuando entra en la ciudad, va el primero (Lc 19,36), pobre y humilde.

La novedad sorprendente de Jesús en medio de la sociedad judía emerge del Espíritu que lo habitaba (Lc 3,22) y lo conducía (Mt 4,1). Este es también nuestro desafío. El Espíritu es universal, y su lenguaje, que es el del amor, todos lo entienden y no necesita traducción (Hch 2,8). Su actividad discreta en otras religiones y culturas, en indiferentes y ateos, puede paralizarnos si nos consideramos los únicos depositarios de su sabiduría, pero puede también alentarnos cuando lo vemos actuar sin exclusión alguna. No somos los dueños del Espíritu, sino testigos agradecidos a todas las personas que se abren a su sabiduría y libertad. También Jesús se dejó sorprender por la fe del Centurión que oprimía a su pueblo; por la búsqueda de Zaqueo, el cobrador de impuestos que se enriquecía a base de extorsiones; y por la mu-

jer sirofenicia que se atrevió a contradecirlo y le ensan-
chó el horizonte de su misión.

Visibilidad o discreción, contabilidad o contempla-
ción, eficiencia o gratuidad, autoridad y reconocimiento o
servicio y humildad. En la forma de vivir estas tensiones
en la cultura que promueve el poder para apoderarse y el
brillo para seducir, nos jugamos la manera de sentarnos
en el mundo y la posibilidad de ser testigos vulnerables,
como Jesús, de la buena noticia de parte de Dios.

4. En relación: cercanía y distancia

La encarnación del Hijo nos revela que el evangelio de-
be encarnarse en todas las culturas. También en la nues-
tra. Eso significa que nosotros debemos ser de este mun-
do. La gente debe sentirnos cercanos, amigos, herma-
nos... De Jesús decían sus vecinos: «¿Si es el carpintero,
el hijo de María...?» (Mc 3,1).

Pero al mismo tiempo se admiraban de sus palabras
y se preguntaban: «¿De dónde saca este todo eso? ¿Qué
saber le han enseñado a éste para que tales milagros le
salgan de las manos?» (Mc 6,2). Hay una distancia y una
diferencia que suscitan preguntas sobre una dimensión
de la realidad que Jesús señalaba, pero que ellos no son
capaces de percibir.

Nosotros no huimos de esta cultura que fluye líquida
bajo el impacto de sensaciones seductoras que nunca cesan.
La pertenencia a esta cultura nos da raíces, lengua-
je. Esta cercanía es necesaria. Pero al mismo tiempo ne-
cesitamos tomar distancia si queremos vivir una novedad
que la cercanía podrá transmitir después a nuestra gente

Jesús iba al desierto, al descampado, distanciándose
de la sinagoga, del pueblo y de sus discípulos, para orar
y discernir su manera de acercar el reino de Dios a sus
vecinos. Nosotros necesitamos tomar distancia para dar-
nos cuenta de las sensaciones que han entrado por nues-
tros sentidos y para *discernir* lo que en ellas hay de des-
tructor y lo que hay del Espíritu. Nos situamos gratuita-
mente delante del Señor en la *contemplación* para que
nuestro corazón se vacíe de todo lo que no vale y se en-
sanche para acoger la novedad que Dios nos ofrece. Esta
novedad que recibimos la encarnamos en nosotros para
poder transmitirla al pueblo en la cercanía de la carne y
de la sangre, de la palabra y de las instituciones.

La cercanía y la distancia, la compañía y la soledad,
nos permiten ser al mismo tiempo del mundo y de Dios.
Si falla la cercanía, seremos seres de otro mundo, sin na-
da que interese. Si falla la distancia, seremos asomados
por la cultura y no podremos encarnar la novedad que
Dios nos ofrece para todos.

5. El proceso: urgencia y pausa

La velocidad con que vivimos, la rapidez de los cambios
que experimentamos, nos obliga a movernos con agilidad
si queremos acompañar a un pueblo que va siendo lleva-
do a llenar su vacío con sensaciones siempre nuevas, a
dejar atrás objetos que todavía funcionan para conseguir
los nuevos modelos que impone el mercado, a prescindir
de personas queridas para empezar otras relaciones nue-
vas en los cambios de ciudad o de trabajo, a dejar estilos
de vida conocidos para abrirse a otros nuevos publicita-

dos como innovadores y fuente de felicidad. El amor de Cristo nos urge a acompañar a nuestro pueblo.

Al mismo tiempo, necesitamos introducir en nuestra vida pausas para no ser diluidos en la velocidad que nunca se detiene. En la pausa se sedimenta lo que vale y se evapora la espuma. La inercia de nuestro movimiento, el ritmo de los que viven a nuestro lado y los estímulos que llegan desde fuera nos seducen y se sitúan un metro delante de nosotros, creando un vacío que nos succiona y nos arrastra, haciendo que nos resulte difícil detenernos. Nuestros sentimientos, pensamientos, entrañas y relaciones se vuelven impacientes. Pasamos por la superficie de las personas y de las situaciones como aguacero que se precipita y erosiona sin enlazar la tierra. Nuestros abrazos se quedan a medias, y nuestras respuestas se comen las palabras. Cuando ya no tenemos tiempo para nada, ni siquiera para comer (Mc 6,31), es cuando más necesitamos salir al borde del camino y detenernos.

En algunas ocasiones, nuestro organismo enferma para obligarnos a parar y asentar la vida. Después de una pausa grande, salimos con otra visión de la realidad mucho más sabia y respetuosa de nosotros mismos y de los demás. Grandes aportaciones humanas han salido de vidas detenidas en cárceles, hospitales y destierros.

La cultura nos propone vivir la urgencia y la pausa como dos momentos separados. Primero nos llenamos de estrés, y después nos derrumhamos en una playa. A veces vivimos en una alternancia la prisa y el descanso, como al interrumpir las actividades ordinarias para hacer un retiro, un discernimiento necesario o una peregrinación. Pero lo ideal es que las dos dimensiones se vayan integrando en la vida cotidiana. Cada día hay que vivir la urgencia para crear lo posible, y cada día hay que hacer

la pausa necesaria para que nuestras actividades y encuentros tengan el sabor del evangelio. La pausa debe viajar en la entraña de la urgencia.

6. Ser desde la frontera novedad evangélica en el centro

Las fronteras son las orillas donde la vida se deteriora y acaba, o donde nace y se renueva. Pueden estar situadas entre el mundo rico del Norte y el pobre del Sur; entre las periferias marginadas y las urbanizaciones exclusivas; entre una religión dominante y otras minoritarias... Marcan el dentro y el fuera, la inclusión y la exclusión. También existen fronteras en la investigación científica que señalan la línea entre el saber sobre la realidad y el no saber, entre la salud y la enfermedad incurable, entre el cuidado del ambiente y la destrucción ecológica. Acercarse a las fronteras, hacia la carencia, no sólo es emigrar hacia la negatividad, sino también hacia posibilidades nuevas de vida justa y más humana para todos.

Siguiendo un movimiento contrario a los mensajes que llegan cada día a nuestros sentidos, somos invitados a emigrar hacia las fronteras y a permanecer en ellas, de tal manera que nuestras raíces puedan succionar la vida del humus fértil, pues no existe ninguna situación dejada de la mano de Dios. El mundo saturado declara a veces que hay pueblos a los que hay que dejar morir porque no son viables. El evangelio no declara prescindibles a pueblos y personas. Todo lo contrario. Jesús nace, vive y muere en el abajo de la realidad, y hacia allí tenemos que dirigir la mirada si queremos contemplar a Dios, saber cómo es Él y cómo es una vida profundamente humana.

En el encuentro respetuoso con las periferias podemos descubrir nuevas formas de vida, pero a veces nos perdemos en arenas movedizas, en búsquedas que dicen a los demás y a nosotros mismos por dónde no hay que intentar caminos. Es una apuesta fracasada pero fecunda. No toda búsqueda tiene que acabar en aplausos. La vida nueva descubierta en la periferia se ofrece a todos y viaja hacia los centros, como Jesús viajó desde la Galilea desacreditada y marginal hasta la Jerusalén de las instituciones que controlaban con su poder el futuro del pueblo.

Las periferias sugieren no saber, búsqueda, gestación, silencio, interioridad, barrizales sin linderos, disposición a acoger dentro la intuición de la vida nueva. El centro sugiere visibilidad, institución, seguridad, amplitud de plazas y avenidas. En la cultura que hace girar todos los ojos hacia el centro seductor y bullicioso, hay que emigrar a las fronteras, donde es posible ver mejor la falsedad de las propuestas, sufrir la injusticia que desciende desde arriba y acoger en esa herida la novedad de Dios que resucita.

7. La poda inevitable: persecución y heridación

Las instituciones tradicionales ya no ofrecen el mismo apoyo que brindaban en la modernidad para construir nuestra identidad. La Iglesia es una de las instituciones que han perdido relevancia en muchas partes. Nada hay sagrado en la sociedad secular que sea inmune al humor ácido o la crítica que erosionan aún más la credibilidad.

En la cultura de la información, los periodistas buscan los escándalos y contradicciones de la Iglesia para sacarlos en la primera página de los periódicos. Hay

morbo al presentar a la luz pública los pecados escondidos de personas que se presentan en la sociedad como orientadores morales y espirituales, para transformarlos en escándalo. Algunos medios de comunicación se presentan como piedras de molino que habría que atar al cuello a los escandalosos, conminándoles a que se precipiten en el mar. Se silencia casi siempre el servicio extraordinario que ofrecen tantos cristianos en los lugares más difíciles del mundo. Benedicto XVI decía en su viaje a Malta, el 17 de abril de 2010: «La Iglesia está herida por nuestros pecados». La Iglesia es santa y pecadora al mismo tiempo. Sólo se la comprende bien y se la ama en la experiencia mística que la contempla como prolongación de la encarnación del Hijo en la historia.

La literatura y el cine construyen tramas ofensivas a partir del misterio que envuelve a Dios y de la debilidad de las instituciones eclesiales que lo hacen presente. Muchas viven una liberación al desmontar públicamente imágenes de Dios que los han atormentado durante muchos años. El misterio, que sólo se puede asumir desde la experiencia religiosa, se aborda con ignorancia y medias verdades, y se construyen novelas que encuentran a millones de lectores. La fragilidad del lenguaje y de los símbolos para transmitir la fe en una nueva cultura queda al descubierto. La adhesión simplemente sociológica de muchos cristianos ya no se sostiene. En épocas de gran reconocimiento y poder social, la iglesia institucional ha crecido mucho, pero parte de su crecimiento se asemeja a la higuera estéril, de mucho follaje y ningún fruto.

Tal vez la añoranza de otros tiempos en los que éramos más poderosos, reconocidos e intocables, nos paraliza ahora. Los números no nos van a salir si no vivimos en la gratuidad sin cuentas de Jesús, y las podas necesari-

rias nos dolerán como si nos estuviesen robando la vida en vez de prepararnos para dar más fruto.

Para la vid que sí da fruto ha llegado el tiempo de la poda, pero no somos nosotros los que cortamos. Personas no creyentes o de otras religiones, principalmente, manejan el hacha y las tijeras. La parábola de Jesús es muy gráfica. Las ramas que no dan fruto deben ser cortadas, y las que dan fruto deben ser podadas para que den más fruto (Jn 15,2). Si no son podadas, cada vez se degrada más la cosecha, hasta la esterilidad absoluta. La poda es siempre invernal y dolorosa. Es absolutamente necesaria. Esta parábola tiene un sentido comunitario y se la presenta Jesús a sus discípulos cuando ya se acerca el momento de la pasión. Jesús es el tronco, y los discípulos son los ramientos que van a sentir el filo del acero sobre sus seguridades y expectativas. Resulta más sorprendente la parábola cuando Jesús nos dice que el Padre es el labrador que poda. En vez de atrincherarnos en mecanismos defensivos, nosotros tenemos que responder con la *benedición* de comunidades más evangélicas a los que nos *perseguran* y nos podan, como Jesús le dice a la comunidad de sus discípulos (Lc 6,27-29).

La *benedición* se elabora en la interioridad sin testigos, en la soledad del encuentro con Dios, que nunca se corta ni se detiene. La *benedición* no es sólo una frase que se pronuncia fácilmente, sino una comunidad que sea *benedición* para todos, más parecida al Jesús pobre y humilde que se movía con agilidad por los caminos de Galilea y por la orilla del lago. Si vivimos en la certeza de Jesús, no necesitamos forzar pertenencias ni reconocimientos.

Esta parábola pascual de la comunidad se complementa con la de la pequeña barca que atraviesa el lago en medio de la noche. En los momentos de persecución o de

grandes crisis en la historia de la Iglesia, las humillaciones nos han hecho más humildes, y las pequeñas comunidades se han identificado con esa barca frágil en medio de la noche, sacudida por las olas amenazantes del lago. No hay que temer: Jesús camina sobre las aguas y se sube a nuestra barca. Hay que remar al unísono, todos unidos, hacia la consistencia evangélica para construir el reino de Dios.

8. El fuera y el dentro de la alegría necesaria

Hace unos días, leía un artículo en un periódico de alcance nacional: «La alegría carece de prestigio intelectual. No verán ustedes a un escritor que manifieste su alegría abiertamente». ¿Qué puede decir esta afirmación sobre nuestra cultura? ¿No se manifiesta fuera la alegría porque no existe dentro, o porque, si se manifiesta, desafina con el discurso sin trascendencia de la queja?

La estimulación de los sentidos con sensaciones placenteras nos permite disfrutar con un goce epidérmico. Se promueve el éxtasis químico que eleva hasta la cumbre y precipita después en el vacío. La hipermedicación de la existencia ofrece una pastilla específica para cada uno de los síntomas, golpes o insomnios. Es muy humano quitar el dolor, curar las enfermedades y aliviar los síntomas desagradables, como Jesús mismo hizo en el evangelio. Pero la alegría no es lo opuesto al dolor, sino a la tristeza, al desencanto, al sinsentido. Aunque impregna toda nuestra persona, su origen está más ligado al espíritu que al cuerpo. Hay muchos dolores, como el de dar a luz, una vida nueva, que pueden darle calcañal a la

alegría. La cultura promueve el gozo de la acumulación sin medida de bienes, de celebridad y de poder, que supone competencia y exclusión, victoria y rendición.

La alegría aparece en el evangelio de tal manera que sería difícil de creer si no la hubiésemos encontrado en la vida de muchas personas que no tienen razones para estar alegres según los criterios de nuestra cultura. Su alegría parece una locura a muchos «sensatos». La joven María, campesina de Nazaret, canta su alegría al sentir que la mirada de Dios se posa con cariño sobre ella y le cambia la vida (Lc 1,47). Jesús ora radiante de alegría cuando constata que el Padre revela el misterio del reino a los pobres e ignorantes y se lo esconde a los sabios y poderosos (Lc 10,21); comunica a los pobres que encontrarán la alegría del reino en medio de las persecuciones de que serán objeto por ser luz que se consume iluminando y sal que se disuelve para dar luz y sabor a la historia (Mt 5,12); después de lavar los pies a sus discípulos, promete la alegría a los que sirvan a los hermanos de la comunidad en los gestos sencillos de la convivencia (Jn 13,17); y cuando resucita, ofrece la alegría a todos los que estaban encogidos por el miedo y la tristeza creando una comunidad alegre y servidora (Lc 24,41).

Todas estas expresiones de la alegría están situadas dentro de un proyecto de salvación que interesa a todos y a toda la creación. Y se alimentan de un amor fiel que atraviesa los siglos y trasciende la dicha del instante. Es el corazón del reino que ilumina los rostros.

Esta alegría pascual forma parte esencial del mensaje del Resucitado, que los discípulos empiezan a transmitir en medio de las amenazas y castigos de los dirigentes judíos. Es una expresión de que Jesús no sólo resucita para sí mismo, sino para todos nosotros. Es un don

del Espíritu. En nuestro tiempo de incertidumbre somos responsables de la Alegría del evangelio que nos dejó Jesús.

COMUNICACION

Si tú eres
el Dios humilde
que te escondes,
¿me atreveré yo
a revelarte
en el rigor insuficiente
de mis palabras?

Si tú eres
el Dios humilde
que te comunicas,
¿trataré yo
de enmudecerte
con el silencio puritano
de mi boca cerrada?

¡Bienvenido seas,
silencio divino,
expresándote
en nuestra palabra
tan humana!

*4 de abril de 2010
Domingo de Resurrección.*